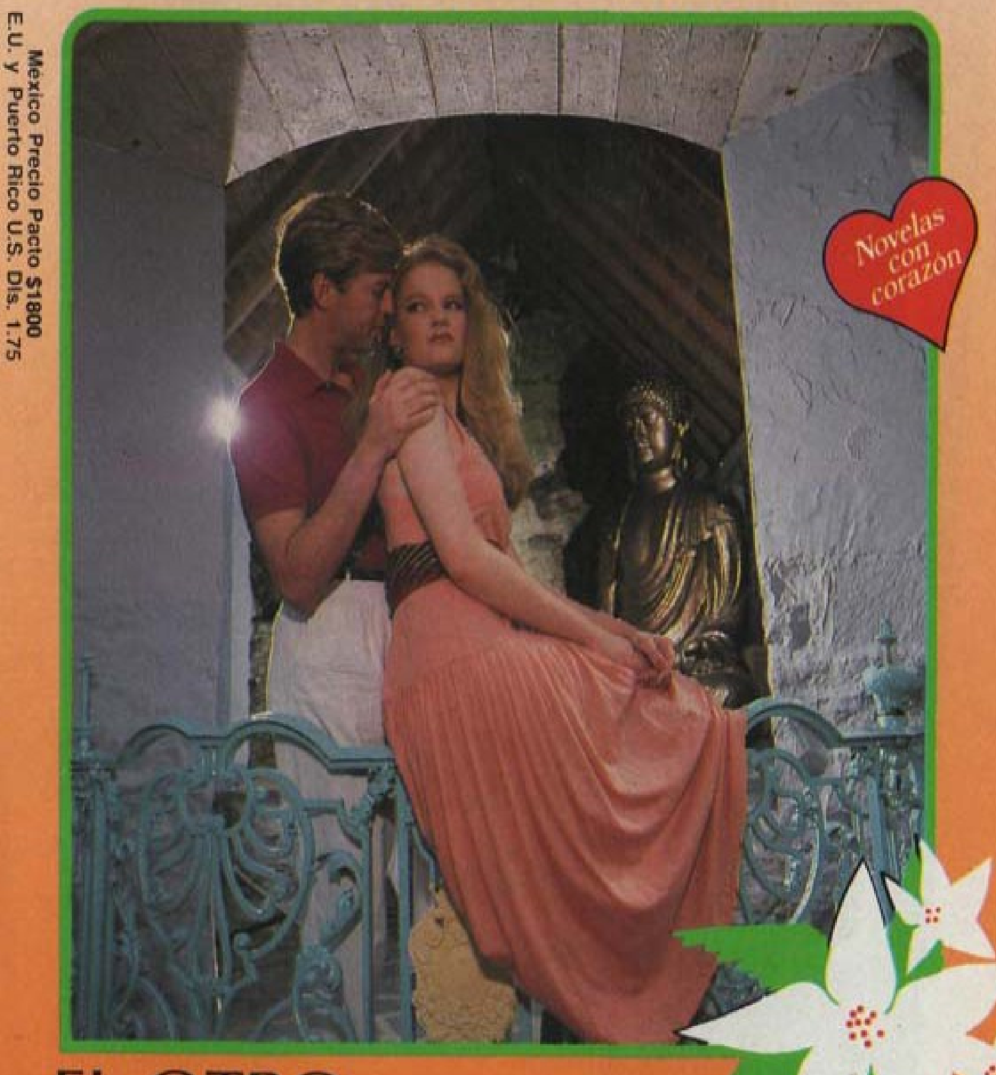
JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

México Precio Pacto $1800
E.U. y Puerto Rico U.S. Dls. 1.75



EL OTRO

Angela Carson

El otro

Angela Carson

El otro (1991)
Título Original: Another man's ring (1990)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: **Jazmín 797**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Compton y Judi Bartlett

Argumento:

Judi sabía que no quería casarse con Robert… pero dos pares de padres y el presunto prometido estaban firmemente alineados en contra de ella.

Por eso, cuando surgió una oferta de trabajo en Tailandia, Judi aprovechó esa oportunidad para escapar. Su trabajo como secretaria del irascible Nick Compton fue un desafío mayor de lo que ella había esperado.

Judi no pudo evitar preguntarse si habría saltado de la sartén al fuego. Sabía que podía con el trabajo, pero sospechaba que tratar con Nick no sería sencillo.

Capítulo 1

—No sé qué hacer, Louise. Debo impedirlo de alguna manera, y no sé cómo.

—¿Impedir qué?

—Que yo me case con Robert.

—Pero apenas te acabas de comprometer.

—Lo sé. El viaje que hicimos para celebrar nuestro compromiso me permitió percatarme de algunos hechos irrebatibles, y no me gustó ni uno solo de ellos.

Judi se estremeció, ensombrecidos sus ojos castaños por el recuerdo de ese desastroso viaje a la India que la hizo cambiar de opinión, dejándola en el dilema que ahora enfrentaba.

Su amiga Louise aventuró con cautela:

—En estos días los matrimonios no duran mucho.

—Si alguna vez me caso, mi matrimonio durará toda la vida —prometió Judi con vehemencia—. Pero no será con Robert.

—¿Ya le dijiste cómo te sientes?

—Todavía no. Primero debo ver cómo salgo de esto. Él está muy entusiasmado con el compromiso. Pero ahora sé por qué yo no siento igual.

—Sin duda se comprometió contigo porque te ama —observó Louise, captando el significado del tono despectivo de Judi—. De todos modos los compromisos no son algo definitivo. Se les toma como un período de prueba. Deja que pase un poco de tiempo, hasta que se haya aplacado la conmoción, y entonces, si sigues pensando igual, devuélvele su anillo y dile que su matrimonio no resultaría bien.

—No es tan fácil como parece —contestó Judit sombríamente—. Nuestros respectivos padres sufren una fiebre de boda, alentados por Robert. Planean efectuar la ceremonia antes de la Navidad.

—No creí que tú la quisieras tan pronto.

—Ahora ya no la quiero nunca. Pero no parece contar lo que yo quiero o dejo de querer.

—¿Su prisa se debe a alguna razón especial? —inquirió, Louise con delicadeza. Judi dirigió a su amiga un rápido vistazo, indignada.

—¿Quieres decir que si espero un hijo? No, nada de eso. No lo haría antes de casarme.

—Entonces, no veo por qué…

—Se trata sólo de un asunto de negocios, no de amor —repuso Judi con amargura—. ¿Sabes que la familia de Robert es propietaria de una gran cadena de ferreterías? Pues bien, se ha hablado, desde hace algún tiempo, de establecer vínculos más estrechos entre su firma y los supermercados de mi padre. Al parecer la competencia de afuera se está recrudeciendo, y para contrarrestar a la oposición les daría buen resultado fusionarse. Mi matrimonio con Robert es una manera apropiada de lograr que el contrato no se malogre.

—No creo que tu familia sea tan calculadora. ¡Parecían ustedes tan felices antes de comprometerse!

—Yo lo estaba. Era el ejemplo clásico de vivir en el paraíso. Pero fui muy tonta. Es que no tenía razones, entonces, para sospechar que Robert tuviera motivos ocultos para brindarme atenciones. Se mostraba muy cariñoso; parecía no ser suficiente el tiempo que pasaba conmigo. Su padre le permitía ausentarse del trabajo todo el tiempo que quisiera para que pudiéramos estar juntos. Era una sardina destinada a atrapar un atún. Nuestros respectivos padres nos alentaban cuanto podían, y yo fui lo bastante ingenua para creer que sólo les interesaba mi felicidad. Ahora conozco su juego.

—¿Estás segura de no equivocarte?

—¿Equivocarme? —Judi rió secamente—. Nada de eso. Empiezo a despertar. Curiosamente, fue la publicidad que rodeó a nuestro compromiso lo que me abrió los ojos. ¿Recuerdas los encabezados?

Louise asintió pensativa. Los recordaba vividamente, y la hicieron dudar a ella también.

"Vínculo entre dos gigantes de High Street", decían, y los artículos que aparecían abajo de los titulares habían hablado más de la fusión que de la felicidad de la pareja.

—Los brindis en nuestra fiesta de compromiso siguieron el mismo tenor —prosiguió Judi con desaliento—. El primero fue por la propuesta fusión, y luego por Robert y por mí, como mero cumplido.

—Podían haber estado un tanto entusiasmados por tener ambas cosas al mismo tiempo —repuso Louise.

—Yo misma traté de convencerme de eso. Pero mientras Robert y yo estuvimos de paseo en la India, supuestamente celebrando nuestro compromiso, él pasó la mayor parte del tiempo en discusiones de negocios con las varias empresas con las que su compañía tiene nexos allá, mientras yo aplanaba el piso en las oficinas exteriores, esperando que él saliera. De lo único que podía hablar era del brillante futuro que esperaba a las dos compañías. Debió referirse a mi futuro… nuestro futuro —las palabras se le atragantaron a Judi, pero luego de pasar saliva un par de veces, hizo un esfuerzo por continuar —. Era como si, ahora que tenía todo lo que quería, Robert se alejara de mí. Todos los días lo llamaban por teléfono de su oficina para informarle del progreso de las negociaciones de la fusión, y cuando todo estuvo listo para la firma, interrumpió el viaje para poder estar presente y agregar su firma al contrato. Me siento como el pergamino en que se elaboró el pacto. Y desde que regresamos, Robert ha mostrado sus verdaderas intenciones. Todo está después del negocio. No tiene tiempo para esto o aquello, a causa de las reuniones. No tiene tiempo para mí…

—Defiéndete —le aconsejó Louise a Judi con firmeza—. Frena los preparativos para la boda hasta que hayas tenido tiempo de tranquilizarte y de reconsiderar la situación. Una boda antes de la Navidad es apresurar las cosas un poco. Aun tus padres deben darse cuenta.

—Nada de eso. Nuestros padres van aún más de prisa. Incluso ya decidieron que nuestro primer hijo debe ser un

niño que se hará cargo, eventualmente, de las firmas mancomunadas. Y la precipitación se debe a razones financieras. Las acciones de las dos compañías han subido de precio a causa de la noticia de nuestro compromiso, y quieren "consolidar un clima favorable" antes de la primera asamblea general anual de la firma fusionada. Creo que es la correcta fraseología de negocios, que ya empieza a infectarme a mí ahora.

Un rastro de histeria invadió la voz de Judi al continuar:

—Me siento atrapada, Louise. La presión es tremenda, y empeora cada día que pasa.

—Habla con tus padres.

—Sabes que eso no es posible. Son más tercos que Robert y su familia. Pero no creí que se atrevieran a usarme de esta manera.

Louise deseó no haber hecho la inútil sugerencia, y guardó silencio mientras Judi continuaba:

—He tratado de frenar las cosas, pero mi madre se niega a escucharme. Empiezo a sentirme como un peón en un horrible juego de ajedrez.

—No puedes permitirles seguir adelante, si te sientes de esa manera —insistió Louise—. No debes dejar que te usen como cemento para unir a Inversiones Bartlett y ¿cómo se llama la otra empresa? No importa lo mucho que las familias deseen la fusión. Bebe un poco de café mientras buscamos una solución. Louise pasó a su amiga una taza con la aromática bebida. Sus ojos bondadosos se endurecieron cuando el líquido casi se derramó, por el temblor de la pequeña mano de Judi. La tensión que denotaba el estremecimiento hizo que la mente de Louise trabajara con la velocidad del rayo, de modo que propuso una salida:

—Si no puedes ir contra la marea, entonces sumérgete bajo la superficie, ponte fuera de la vista de todos durante un tiempo. Eso deberá tranquilizarlos, y darte a ti tiempo para considerar las cosas. No pueden celebrar una boda sin la novia.

—¡Ojalá pudiera! —exclamó Judi esperanzada—. El problema está en hallar un sitio donde ocultarme.

—Puedes venir con mi esposo y conmigo a nuestra excursión.

—En realidad mi fuerte no es hacer caminatas de larga distancia. Además, ¿no vas a visitar a unos parientes de tu esposo en un sitio remoto en el curso de tu paseo?

—Sí, en Shropshire.

Louise asintió con la cabeza y Judi continuó:

—De momento estoy harta de mi familia. No creo poder soportar más parientes, no importa a quién pertenezcan.

Esbozó una sonrisa de disculpa para suavizar la aspereza de sus palabras. Estaba enfadada y amargada por la forma en que había sido usada y lo demostró al agregar con desgano:

—Una isla desierta sería ideal para mí, ahora.

—Voy a usar mi varita mágica en tu beneficio —Louise agitó una mano con majestuosidad—. No te puedo ofrecer una isla desierta, pero dentro de una semana serás transportada a Tailandia —anunció.

—¿Tailandia? Debes estar bromeando.

—Lo digo en serio —Louise dio un trago a su café, y apoyando los codos en el escritorio, explicó—: La escuela de lenguaje será tu alfombra mágica.

Habló con orgullo del pequeño pero exclusivo negocio que tenía, para beneficio de los hijos de diplomáticos y hombres de negocios establecidos temporalmente en Inglaterra, que había adquirido bien merecida fama y que tenía ahora una permanente lista de espera de alumnos.

La necesidad de ampliar su establecimiento la había hecho pedirle ayuda a Judi, recordando que su amiga y condiscípula había tomado un curso de secretaria, sólo porque le resultaba menos laborioso usar una máquina de escribir que redactar a mano sus notas escolares.

Por sus esfuerzos mancomunados había florecido la pequeña empresa, la que, a juicio de Louise, podía ahora ofrecer a su amiga la ruta de escape que buscaba. Louise

prosiguió:

—¿Recuerdas a los dos hijos del hombre de negocios tailandés? ¿Los que estaban en segundo año? —Judi asintió y Louise continuó—: Mientras estuviste en la India hubo algunos cambios. Su padre fue llamado a su país para ocupar un puesto más importante. Como su esposa está a punto de dar a luz, la envió a casa con anticipación, a fin de que su hijo nazca en su propio país, y él se iba a llevar a los otros dos niños dentro de una semana.

—¿Después de todo, no se va él?

—Sí, pero más tarde. No pudo terminar antes con sus asuntos aquí. Pero los niños están tan emocionados con el nacimiento del hermanito que quieren estar en su casa cuando llegue. El padre no quiso frustrar los anhelos de los chicos, así que me pidió que le consiguiera a alguien que los acompañe a su hogar; él los seguirá una vez que termine aquí sus asuntos. ¿No quieres ser su acompañante? —preguntó haciendo un guiño.

—¿Lo dices de veras, Louise? Es precisamente lo que necesito. Aunque el encargo no me mantendrá alejada mucho tiempo —al percatarse de este hecho, su entusiasmo inicial se desvaneció.

—No tienes que regresar de inmediato. Luego de entregar a los niños puedes quedarte a disfrutar de unas vacaciones. Parece que las necesitas.

Su paseo con Robert por la India había sido tan breve que el bronceado de su tez ya se había esfumado. Cosa que no había ocurrido con las dudas que la asaltaron y que aún la atormentaban. Judi comentó con pesar:

—Robert querría venir conmigo, pues podría haber allá algunas oportunidades de hacer negocio.

—Sin duda asistirá a la feria comercial con tus padres y los de él, ¿no?

—Claro, lo había olvidado —exclamó Judi, iluminándosele el semblante.

—Bien, entonces deja una nota diciendo que te pedí que

acompañaras a dos alumnos a su casa, en una urgencia. No es estrictamente cierto, pero, en vista de las circunstancias, me parece justificado. Di que regresarás pronto y olvida especificar cuándo, o de dónde.

—Robert vendrá aquí a averiguar a dónde fui.

—La escuela estará cerrada por las vacaciones, y yo puedo desaparecer en mi excursión con unos días de anticipación, así que no tendrá suerte. ¿Qué opinas de esa solución a tus problemas? —Louise sonrió, y los ojos de Judi resplandecieron en respuesta.

—¿Cómo obtendré los documentos para viajar? —Louise no se atrevía a permitirse alentar esperanzas.

—Los hombres de negocios tailandeses pueden valerse de sus influencias, como lo hacen los magnates de este lado del océano —contestó Louise escuetamente.

La intervención del negociante extranjero fue eficaz, porque una semana más tarde Judi abordaba un vuelo de las Líneas Aéreas Tailandesas, acompañada de dos niños y sintiendo el culpable deseo de mirar sobre su hombro para asegurarse de que ni sus padres ni su prometido la seguían.

Su nota de despedida, escrita precipitadamente y, dictada por Louise, yacía en el estudio de su padre, esperando su regreso de sus vacaciones; mas ahora que su escapatoria estaba consumada, la mente de Judi estaba confundida por pensamiento conflictivos mientras transcurrían las largas horas de vuelo.

Nerviosamente daba vueltas al gran diamante solitario de su anillo de compromiso. Quiso dejarlo en casa, pero de haberlo hecho y si su madre lo encontraba en el cajón de su tocador, habría causado gran sensación; por lo que, luego de reflexionar al respecto, había conservado el anillo y decidido depositarlo en la caja fuerte del hotel en cuanto llegara.

Sabía exactamente de qué estaba huyendo. Pero, ¿a dónde iba a parar?

Hasta que se comprometió, se había contentado con ayudar a Louise a hacer un éxito de la escuela de lenguaje y con disfrutar de su vida social con Robert y su círculo de amigos, mientras su futuro se presentaba halagador ante ella, aunque no le prestaba mucha atención.

Ahora sí lo tenía muy presente. Inevitablemente tendría que regresar a Inglaterra. ¿Y luego qué? Sin tomar en cuenta a Robert, ¿qué quería Judi realmente de la vida?

¿Quería permanecer indefinidamente en la escuela de lenguaje, pasando los años como su administradora? Las perspectivas que se le presentaban eran tan sombrías como la de pasar el futuro con Robert. Tal vez estando ya en Tailandia obtuviera la respuesta.

Al término del viaje se tributó a los niños una cálida acogida, a la mañana siguiente. Su tío rescató al pequeño grupo del clamor de taxistas en el aeropuerto de Bangkok, donde hacía un calor abrumador, agradeciendo Judi la oportunidad de refugiarse en el lujoso automóvil que los esperaba, el cual estaba provisto de aire acondicionado.

La suicida forma de conducir de los automovilistas de Bangkok la hacía cerrar los ojos. Cada chofer se pegaba al claxon sin disminuir su velocidad, confiado en que el escándalo que producía le diera derecho de paso. Como los demás hacían lo mismo, se producía un ruido tan grande que puso de punto los nervios a Judi.

El tío de los niños sonreía, impertérrito. Judi envidió su habilidad para conservar la calma, y luego tuvo que esforzarse para aceptar su oferta de llevarla al hotel donde la familia le había reservado a ella un par de noches a expensas de ellos.

Los niños y su tío viajarían al campo, a su casa, a la mañana siguiente, dejando a Judi a su suerte. Así, pasó a su segunda experiencia, de la algazara del tránsito de Bangkok a la calma del vestíbulo del hotel, prometiéndose aprovechar lo mejor posible su tiempo en este país que nunca antes había visitado.

El hotel que habían escogido para ella era un reflejo de la

riqueza de la familia tailandesa.

Su pasaje de avión no tenía fecha fija de regreso y había solicitado una visa de turista por el máximo de tiempo permitido, pues no tenía una idea clara de cuánto tiempo podría alargar su dinero. Sólo sabía que no regresaría a Inglaterra hasta que se viera obligada a hacerlo.

Ya de mejor ánimo y después de registrarse en el hotel, dictó un télex a Louise, en la escuela, para hacerle saber que sus dos pequeños alumnos estaban ahora a salvo al cuidado de su madre.

A continuación, hizo que le guardaran su anillo de compromiso en la caja de seguridad del hotel. Sintió que se le quitaba un gran peso de encima al aceptar el recibo por su alhaja, y al firmar el registro experimentó una agradable sensación de libertad.

Cuando guardaba su bolígrafo en su bolso, escuchó que una voz masculina profunda preguntaba en inglés a la recepcionista:

—¿Nos podría usted proporcionar una secretaria? Sé que debía avisar con anticipación, pero nos acabamos de enterar de que la joven que iba a unirse a nuestro grupo tuvo que renunciar a última hora, y necesitamos que nos ayuden de inmediato.

Como tenía que esperar que la recepcionista le entregara la llave de su cuarto, no quedó más remedio a Judi que aguardar y escuchar cuando la chica preguntaba cortésmente:

—¿Qué clase de trabajo de secretaria se requiere, señor?

—Mi jefe necesita a alguien dispuesta a viajar con él, que tome dictado en cualquier momento. Debe hacer una descripción sintetizada de cada fotografía que él tome, y éstas deben ser mecanografiadas y cotejadas. Él no puede perder el tiempo en esas cosas.

—Trataré de conseguirla, señor Metcalf, pero será difícil. Todo nuestro personal de oficina ha sido prestado a esa gran conferencia internacional que se celebra en la ciudad. Tal vez obtengamos una de otro hotel, pero lo dudo.

La recepcionista suavizó sus palabras con una amplia sonrisa, y Judi se preguntó si todas las mujeres tailandesas eran tan bellas y serenas como las que había visto hasta el momento. Se sentía positivamente torpe junto a la gracia exquisita de las nativas.

El hombre llamado Metcalf frunció al ceño al contestar:

—Necesitamos una chica experimentada. Debe ser capaz de tomar dictado en taquigrafía con rapidez, y es esencial que hable inglés perfectamente porque los folletos se escribirán en ese idioma. Las traducciones que se necesiten se harán en la oficina central.

Al enterarse del trance del desconocido se le ocurrió a Judi una loca idea, y antes de que el sentido común interfiriera se volvió impulsivamente a enfrentar al hombre y dijo:

—Yo puedo tomar taquigrafía a casi doscientas palabras por minuto, también hablo inglés perfectamente. Y estoy disponible y quiero el empleo.

—Señorita, esas palabras en este país podrían causarle problemas de inmediato —declaró el hombre de semblante áspero cuyos ojos inquisitivos se volvieron para examinar a Judi. Brevemente revisó su peinado corto, su cabello castaño que relucía como oro; luego pasó a examinar su cuerpo pequeño, que Judi sabía, para su disgusto, que la hacía parecer varios años más joven de lo que era.

Obviamente el nombre recibió esa impresión, porque agregó con énfasis:

—Necesito una secretaria con experiencia.

Judi se sonrojó. El primer comentario de su interlocutor la había impactado, y el segundo la inquietó.

—No quería decir… Yo… —las palabras de la chica se interrumpieron; pero al instante él reordenó sus pensamientos.

—No quise ofenderla. Pero debe usted tener cuidado. No parece tener edad suficiente.

—Tengo veintitrés años —interrumpió Judi, lamentando ya su impulso. No tenía idea de quién era ese señor, qué era

su equipo, ni de dónde venían, mucho menos qué hacían en Tailandia. El hombre habló cortando la racha de pensamientos de Judi.

—De modo que tiene usted veintitrés años —ignorando el gemido de indignación de Judi, tomó el pasaporte de ella, lo abrió e inspeccionó las páginas—. Está usted aquí como administradora. ¿Qué es lo que administra?

—Una escuela de idiomas.

—¿Lenguajes, no? ¿Habla usted tailandés?

—No. Administro. No enseño.

—¡Qué lástima! Hubiera sido una ventaja. Pero no es esencial —sonrió. De pronto y sin saber por qué, Judi se dio cuenta de que también sonreía—. Soy David Metcalf —agregó, tendiéndole la mano—. Llámeme Dave. Usted es… mmm, Judi Bartlett. ¿Qué hace en Tailandia? ¿Está de vacaciones?

—No, vine acompañando a dos alumnos que regresaban a su casa. Ya los entregué a su familia y estoy en libertad de permanecer aquí un tiempo. Sin querer, escuché que necesita usted una secretaria.

—¿De modo que está usted sola por aquí?

—Sí.

No era prudente admitir tal cosa en un país extraño, aun a una persona que obviamente era un compatriota, pero era algo de lo que pronto se daría él cuenta, así que no tenía objeto pretender otra cosa. Pero Judi no consideró necesario explicar la causa de su reticencia a regresar a su patria. La suerte parecía estarle sonriendo, así que se alegró de haber solicitado una visa amplia, mientras miraba a Dave con esperanza. Si obtenía ese empleo, aunque fuera temporalmente, se beneficiaría más de ello que su jefe.

—Es un problema más de Nick que mío —explicó Dave—. Él será quien diga la última palabra luego que la conozca, aunque creo que ustedes dos se llevarán bien —echó un vistazo otra vez al pasaporte de Judi—. Veo que es usted Sagitario.

—¿Qué?

—Sagitario —los ojos agudos pestañearon—. Es un signo del zodiaco. Usted cumple años en diciembre.

—¡Oh, eso! ¿Qué tiene que ver?

—Mucho, en Tailandia. Aquí saben mucho de astrología. ¿No lo sabía?

La expresión de él no le permitía a Judi saber si hablaba en serio o no.

—Esta es la primera vez que estoy en Tailandia —dijo Judi con tono defensivo. Él asintió con la cabeza.

—Se ve fácilmente que no ha pasado usted mucho tiempo en un clima cálido —al decir esto observaba apreciativamente la delicada tez de la chica, haciéndola sonrojarse. Sonrió y agregó—: Venga a conocer a Nick, a ver qué dice él. Le informo que es un Leo.

—¿Qué se supone que signifique eso?

—Que ustedes dos se llevarán bien —repuso él confiado, agregando—: Ambos son signos de fuego —como si al llevarse bien no fueran a producirse algunas chispas interesantes.

La mirada de Judi interrumpió sus fantasías, haciéndolo encogerse de hombros.

—Como quieras —dijo él, tuteándola—. Pero funciona, aunque no lo creas —tomó la llave de ella de manos de la recepcionista, mirando el número antes de entregarla a Judi —. Tu cuarto está en el mismo corredor que el nuestro. Te acompañaré y en el trayecto te explicaré de qué se trata todo.

Sus explicaciones fueron alentadoras, ayudando mucho a ahuyentar el recelo que sentía por haber pedido el empleo. Dave le dijo:

—Cuatro personas integran nuestro equipo. Mejor dicho, habrían sido cuatro si se hubiera presentado la secretaria. Una importante empresa de viajes nos pidió preparar una serie de folletos sobre giras por Tailandia.

Mencionó el nombre de una afamada empresa de viajes que hizo que Judi levantara las cejas. Sabía que las vacaciones que ofrecía esa agencia eran muy diferentes de las ordinarias giras en paquete. Eran equivalentes a las Grandes Giras

dedicadas a los muy ricos que no se medían en los gastos, con relucientes folletos que eran obras de arte. Antes que ella pudiera hacer algún comentario, Dave agregó:

—Pet y yo formamos parte de su personal regular. Yo hago los arreglos de viaje para las giras. Y Pet se ocupa de los alojamientos, alimentos y cosas por el estilo. Nick trabaja por su cuenta. Él dirige el equipo por su íntimo conocimiento del país. Toma las fotos para el folleto y prepara los datos históricos que van con éstas, razón por la que necesita una secretaria.

—¿Hay que investigar los hechos relativos a todo lo que fotografía?

—No, sólo apuntarlos en taquigrafía, mientras él toma la foto. De esa manera, ambos pueden unirse fácilmente al final, sin posibilidad de error. Nick es un perfeccionista y una autoridad en el Lejano Oriente. Es el profesor Nicholas Compton, para darle su título completo, con una serie de letras después de su nombre; la agencia de viajes tuvo mucha suerte al conseguirlo. Es escritor independiente, fotógrafo, conferencista… y otra cosas más. Puede elegir los trabajos que hace. La agencia logró que hiciera este trabajo porque él ama a Tailandia, y no creyó que otro fotógrafo le pudiera hacer justicia.

Judi digirió en silencio la información. El único profesor que conocía era viejo y barbado, lo que aumentaba su confianza. Aunque éste parecía ser arrogante.

Leo, el león, se cree la gran cosa y piensa que sólo él puede tomar buenas fotografías, reflexionó Judi con desdén. Bueno, sería diferente a ordenar libros de texto para la escuela, y conservaría sus fondos, lo que le permitiría estar fuera del alcance de Robert y la familia de ella más tiempo del que podría haberlo estado de otra manera. Dave no parecía ser de los que se dejan sorprender, y parecía creer en la astrología, por lo que tal vez hubiera algo de cierto en ella. Tal vez por eso Robert y ella eran incompatibles. Y quizá, sólo quizá, él y sus respectivas familias pudieran considerar esa

como una buena razón para que ella no se casara con él.

Ahora era ella quien estaba fantaseando. Encogiéndose de hombros, Judi desechó sus pensamientos cuando su acompañante se detuvo delante de una puerta y le preguntó:

—¿Quieres ir primero a tu cuarto o entras a conocer a Nick de inmediato?

—Entraré a que me presentes con él —respondió Judi. Era mejor celebrar la entrevista para saber su suerte antes de instalarse.

Después de abrir la puerta, Dave dijo con voz alta:

—Oye, Nick, estás de suerte. Te encontré una secretaria. Toma dictado en taquigrafía velozmente y, lo que es más, está disponible de inmediato —no agregó "y dispuesta", pero miró a Judi para incomodarla amablemente. Esta vez, a ella no le importó—. El profesor Nick Compton —presentó, señalando con la mano hacia el hasta el momento invisible ocupante del cuarto, a la vez que se apartaba de delante de Judi para no tapar la vista a la chica.

Judi parpadeó. El profesor podía estar de suerte, pero definitivamente ella no, decidió azorada. Este profesor en particular no era viejo ni barbado. Era joven y vigoroso, de treinta y dos o treinta y tres años de edad cuando más, y estaba bien afeitado. Judi lo miró con manifiesto desaliento.

Ya conocía a Nick Compton. Se habían conocido, varios meses antes, en un desastroso incidente que dejó en su auto estimación una huella que aún dolía.

¿Recordaría él su encuentro aquella nevada mañana de la última primavera? Por su parte, a ella le era imposible olvidar la leonada cabeza con su espesa cabellera ondulada sobre su alta frente, y los ojos profundos, ardientes como rescoldos de fuego en ese rostro enjuto, que la inmovilizaron en su sitio y la hicieron desear poder refugiarse detrás del corpulento Dave.

Leo era descripción perfecta del profesor, pensó conmocionada. La última vez que se habían encontrado, él le había rugido con furia inequívoca. Ella había contraatacado y

su breve encuentro había dejado una herida que aún dolía.

Nick Compton dirigió a Judi una larga mirada que pareció durar eternamente, antes de poner en claro que él también se acordaba.

—Ya nos conocemos —dijo a su colega, agregando para Judi—: Espero que su habilidad como secretaria sea mejor que su destreza para conducir.

No se abstenía de atacar ahora, como lo había hecho en aquella ocasión. Las esperanzas de Judi de obtener el empleo se esfumaron, pero animosamente se defendió.

—No fue mi culpa. Cualquiera resbala sobre el hielo endurecido.

La muchacha se daba cuenta de la mirada de asombro de Dave, y consideró que su fe en los signos del zodiaco no tenía mucho fundamento.

—Yo no resbalé.

La arrogante declaración atizó la ira de Judi. Miró furiosa a ese individuo, de quien unos segundos antes había esperado que le ofrecería un empleo.

—Su automóvil pesa más que el mío. Se agarra mejor al suelo.

—Su miniauto pega duro.

—No causé ningún daño a su automóvil. Y le ofrecí disculpas.

¿Qué más podía decir, habiendo sido ella la que había golpeado el flamante parachoques del Jaguar V12 descapotable, nuevo, de ese hombre, en el estrecho espacio del estacionamiento de la ciudad?

Aun en la temperatura bajo cero que hacía a la sazón, había advertido Judi que el automóvil tenía el capó bajado, y la carrocería baja, metálica, color carmesí, reflejó la rapidez con la que su airado propietario había salido del asiento del conductor para hacer reproches a Judi y expresarle su opinión sobre su manera de conducir.

Ese desafortunado incidente automovilístico no le daba derecho a transferir su opinión sobre la manera de conducir

de ella, a Judi misma como persona.

Los ardientes ojos ambarinos de él veían a través de ella y leían todo respecto a Judi. Haciendo un esfuerzo, la muchacha apartó su mirada de la de él y se dirigió a Dave.

—Iré a mi cuarto ahora. Te equivocaste. No resultó.

Había empezado a alejarse cuando Nick Compton dijo entre dientes:

—¿Siempre se retira cuando hay dificultades?

La burla hizo detenerse en seco a Judi. Dijo:

—Sé cuando algo no tiene remedio.

—Como quiera —contestó él, encogiéndose de hombros—. Una secretaria que se derrite en cuanto sale de un hotel con aire acondicionado no me sirve para nada.

—No me afecta el calor. Ya he estado en climas cálidos. De hecho, acabo de regresar de la India.

—¿Y bien?

Su fría mirada notó la falta de bronceado en Judi, lo cual la molestó.

—Estoy dispuesta a aceptar el empleo, si me lo ofrece —dijo la chica.

—Usted me serviría siempre que soporte el calor y la humedad, y aun así pueda hacer un buen trabajo.

Le serviría. Como si fuera una pieza de su equipo fotográfico. Judi no necesitaba que Dave le dijera que el profesor sería infinitamente exigente.

Por lo menos era sincero, reconoció ella. No trataba de ocultar sus motivos, como había hecho Robert. Su prometido la había usado descaradamente, lo mismo que la familia de ella. Todavía se sentía aturdida por ese trato que le habían dado, y ahora el dolor se estaba convirtiendo en resentimiento contra ellos y en profundo alivio por no haber permitido que Robert hiciera un uso definitivo de ella, como lo había intentado cuando estuvieron en la India, sin duda para sellar el negocio entre las dos firmas. Torció los labios al recordar su firme respuesta:

—No, Robert.

—Pero estamos comprometidos.

—Todavía no estamos casados. Y yo no soy de esa clase.

De haber cedido a sus pretensiones, le habría sido imposible liberarse, en tanto que ahora sería solamente difícil y desagradable… Apartó de su mente los futuros enfrentamientos, encarando el presente con determinación.

—No me derretiré. Y en cuanto a mi trabajo tendrá usted que confiar en mí, profesor Compton, como tendré que hacerlo yo a mi vez —dijo dulcemente, y tuvo la satisfacción de ver encenderse los ojos dorados.

Obviamente el erudito profesor no estaba acostumbrado a que le hablaran de una manera tan irrespetuosa. La reacción que provocó en él dio a Judi gran satisfacción.

Mirándolo subrepticiamente, la chica se preguntó hasta qué grado podría confiar en Nick Compton. Con su cuerpo artético y el inusitado color de su tez parecía un animal hermoso, que sin duda se percataba bien de ello y del impacto que causaba en los miembros del sexo opuesto.

Pese a su antipatía por él, Judi también sintió ese impacto, y le complació ser inmune al mismo. Por el momento, de todos modos, estaba harta de los hombres, aunque fueran muy bien parecidos.

—Estamos de acuerdo, entonces —dijo Nick interrumpiendo los pensamientos de ella—. Te veré a la hora de comer y te diré cualquier otra cosa que necesites saber.

Él la despidió con altivez propia del rey de las bestias. La resentida Judi le quitó el título de rey y sólo le dejó el de bestia, cuando se vistió para comer más tarde.

No dudaba de su habilidad para hacer cualquier trabajo que su nuevo jefe le pudiera encargar, considerando demasiado buena la oportunidad de participar en una gira de conferencias por este exótico país, para desperdiciarla.

Decidió ser secretaria de Nick sólo el tiempo suficiente para efectuar el recorrido. Así tendría tiempo para decidir sobre su futuro cuando regresara a casa, lo que a su vez le

facilitaría terminar su compromiso matrimonial y capear la tormenta que se produciría tarde o temprano. Le faltaba conocer a la otra miembro del equipo. Se preguntó cómo sería Pet. ¿Era Pet un término de afecto, o una contracción de su nombre? Nick dijo, al tomar asiento a la mesa en la silla directamente opuesta a Judi:

—Pet fue a probar la comida del Golfo esta noche. La conocerás mañana.

Miró él apreciativamente el fresco vestido color crema de tela de algodón de Judi, junto con su alegre chaqueta que era una prenda apropiada para combatir el fresco de la noche en esta época de fines de la temporada de lluvias. Judi la había comprado en la India, y sabía que le quedaba bien, lo que le hizo soportar confiada la mirada de él hasta que Nick le desvió al menú, diciéndole:

—Pide lo que gustes.

—Ordenaré lo mismo que tú.

De haber estado sola, Judi habría ensayado los platillos tailandeses sólo después de consultar con el camarero porque, como nunca antes había estado en el país, no estaba segura de su contenido.

Robert siempre comía platillos ingleses, aun cuando estuvieron en la India. Ahora Judi no quiso arriesgarse pidiendo algo que al final no pudiera comer.

Dave sonrió y comentó:

—Ten cuidado. A Nick le gusta la comida tailandesa, picante y condimentada.

—Deja que la pruebe, si quiere —terció Nick, desafiando a Judi al verla titubear, con la cuchara puesta arriba de un humeante platillo, unos minutos después—. Es alimento para atrevidos.

¿Había seleccionado comida deliberadamente para ponerla a prueba?

Judi levantó los ojos para mirarlo entre las largas, sedosas pestañas de ella que reflejaban en sus puntas los destellos dorados de su cabello. Vio su cabeza angosta, inteligente, con

sus orejas ligeramente puntiagudas, que le daban una apariencia satánica que estaba de acuerdo con la opinión que tenía de él hasta el momento.

El aroma de los condimentos se elevaba de su plato provocando su olfato, tentándola a aventurarse. Nick la contemplaba desde el otro lado de la mesa, desafiándola, y de pronto Judi supo que el reto no se refería solamente a comer el alimento que él había elegido.

La situación se hizo pesada entre ellos. Nick permanecía absolutamente quieto, sin tocar su propio plato, esperando en silencio que Judi hiciera algo.

Alimento para los atrevidos…

El instinto advertía a Judi que si probaba y se quemaba la boca, no había garantía de que Nick le ofreciera consuelo a su dolor.

No pudo evitar preguntarse en qué consistiría tal consuelo. Como en respuesta, su mirada pasó a la línea perfectamente dibujada de los labios de él, cuyas comisuras estaban hacia arriba ahora, en satírica sonrisa a expensas de ella.

¿Serían ellos los que aliviarían el ardor de su boca?

Sabía con firme convicción que ellos tratarían de hacerlo. Y cuando lo hicieran, una probada no sería suficiente, y el castigo sería mayor, con mucho, al placer.

Sólo ella podría decidir.

Nick esperaba sin moverse. Como en un sueño, Judi sintió que su cuchara descendía al plato. Aún bajo la observación de él, ella hundió la cuchara en el contenido, lo llevó a su boca y probó.

La salsa quemó su lengua. Las llamaradas consumían su garganta y alcanzaban el paladar. Judi estaba convencida de que sus dientes debían estársele derritiendo por el intenso calor. Gemía y se ahogaba y empezaron a correr lágrimas por sus ojos. Estiró la mano para servirse un poco de agua, con la cual apagar el horno que ardía dentro de ella.

En medio de su pánico y agonía oyó reír a Nick, y lo odió con odio tan grande que la impresionó. Si de esa forma se

desquitaba por el golpe que le dio a su flamante automóvil, lo había logrado ampliamente, y todo era su propia culpa por caer en la trampa que él le había tendido.

Luego de beber un poco de agua, el ardor se atenuó un poco, permitiéndole recobrar algo de su compostura, porque Nick no podía saber cuan acelerado estaba su pulso. No sabía si alegrarse o lamentarse de haber probado la comida. Se sentía excitada y peculiarmente temerosa.

Pero, cosa extraña, experimentó una incontenible urgencia de volver a probar la comida, sin importarle las consecuencias, aunque sólo fuera para demostrarle a esa imposible criatura que no tenía miedo. ¿Qué era lo que Dave había dicho de ellos? Que ambos tenían signos astrológicos de fuego, aunque ella no sabía qué significaba eso. De una cosa estaba segura, y era que en cada ocasión en que habían chocado había sido ella, Judi, quien había resultado quemada.

Se prometió que la próxima vez sería Nick quien resultara chamuscado.

Capítulo 2

Dave presentó a Pet en el desayuno, la mañana siguiente.

—Petra Welsh, te presento a Judi Bartlett, la nueva secretaria de Nick —anunció. Una mujer de mayor edad, ya sentada a la mesa, levantó sus ojos azul pálido al tomar asiento Judi al lado de Dave.

Pet no hizo intento de darle la mano a Judi, contentándose con inclinar ligeramente la cabeza. Dijo:

—Pensé que había tenido que llorar para venir a última hora.

Como bienvenida, el comentario no valió gran cosa. Judi contestó con laconismo.

—Nunca haría tal cosa.

—La secretaria que contratamos en un principio no pudo venir —intervino Dave—. Y Judi se ofreció a reemplazarla.

—Dije a Nick que no necesitaría una chica en este viaje. Le propuse auxiliarlo con la mecanografía.

—Agradece que no haya aceptado tu sugerencia —repuso Nick, deslizándose en el asiento vacío junto a Pet—. Ya tienes bastante con tu propio trabajo. Yo quiero algo más que un poco de mecanografía.

Recalcó "quiero" sin decir "necesito". Y su mirada directa a Judi, mientras hablaba, le hizo saber a ella que él había escogido sus palabras deliberadamente. Se preguntó con inquietud qué implicaba la diferencia a juicio de él. Sentía que su mirada escudriñaba su rostro haciendo salir el rubor a sus mejillas, por lo que, de prisa, bajó los ojos, usando sus largas pestañas a guisa de escudos contra la mirada enigmática.

Su trabajo no sería sencillo con este hombre, pero estaba contratada como su secretaria y sus deseos y necesidades debían ser mantenidos dentro de sus límites, decidió. Le alegró la oportuna llegada del camarero, que puso fin al tema y cambió la conversación a la comida al tomar el hombre los

pedidos.

Mientras Nick endulzaba su café, preguntó a Pet:

—¿Qué te pareció el Golfo anoche?

—Las instalaciones son de primera —contestó Pet—, y la comida es excelente. Lo voy a poner en mi lista de preferidos.

Era obvio que Pet disfrutaba de esa parte de su trabajo, decidió Judi. Las delgadas ropas de algodón de la mujer se tensaban en todos los sitios equivocados. Judi estimó que andaría por los cuarenta años, a pesar de su cabello rubio cuidadosamente retocado, una edad muy impropia para descuidar las calorías, como era patente.

Tal vez la clástica figura de Judi tuvo algo que ver con la fría acogida que Pet le había tributado. O más probablemente, como parecía tan ansiosa de ayudar a Nick con su trabajo, pretendía al fotógrafo.

Dave tenía una edad más apropiada, si quería un hombre, pensó Judi. Además, él también era agradable, lo que era ganancia. De los dos hombres, Judi prefería infinitamente a Dave, aunque no de esa manera especial. Su cuadrado cuerpo, endurecido por las incomodidades de los viajes por todo el mundo, no volvería a ver los cuarenta años. Judi se sintió complacida de formar parte del equipo.

Nick presentaba incógnitas insondables. Judi lo observaba subrepticiamente. No necesitaba ser muy perspicaz para comprender que pronto se encontraría en dificultades, si intentaba desentrañar el misterio de esas profundidades, y la actitud hostil de Pet no estaba dirigida exclusivamente a Judi, sino a cualquier mujer más joven que ella y bien parecida que se presentara como amenaza.

Nick no había hablado aún de sus planes para el día, y por lo tanto no había dicho si Judi figuraba en ellos. Como si le hubiera leído el pensamiento, remedió la omisión diciendo:

—Quiero tomar una o dos de las más convencionales fotos de Bangkok hoy. ¿Cuáles son tus planes, Pet?

—Ir contigo.

—No tiene objeto que estés en este calor si no tienes que

hacerlo. Judi hará todo lo que yo necesite. Tú tienes que examinar un par más de hoteles, y si te sobra tiempo podrías aprovechar la oportunidad de descansar antes que vayamos al interior del país.

¿Era una concesión para la mayor edad de Pet?, se preguntó Judi con una sonrisa interior, que sin embargo debió translucirse en su expresión porque Pet la miró con enojo desde el otro lado de la mesa, en tanto que Nick agregaba:

—Con todo, a Dave le caería bien que lo ayudaras. Él revisa los arreglos finales de viaje de la gira número uno, y necesitará que alguien vea qué comodidades hay para las mujeres durante el viaje.

Mujeres. Judi rechinó los dientes. Nick Compton no solamente era una bestia, sino que también era antifeminista. Sin embargo, la alusión pasó inadvertida para Pet, porque insistió:

—No me tomará mucho visitar los otros hoteles. Podría reunirme contigo más tarde.

Pet debía darse cuenta de la situación, pensó Judi, observando con interés cómo empezaba a fruncirse el ceño de Nick. Con todo, su voz siguió siendo amable, aunque firme, al contestar:

—Nos reuniremos esta tarde. Me decía Dave que nos habías hecho reservaciones en ese gran restaurante que ofrece espectáculo.

—Si, es bueno. Me gustará que lo veas.

La última frase de Pet excluía a Judi y a Dave. Su vitriólica mirada siguió a Judi a la puerta cuando Nick se puso en pie, diciendo:

—Si ya terminaste tu desayuno, Judi, es mejor que nos vayamos mientras hay un fresco relativo. Espero que tengas zapatos cómodos.

—Te dije que estaba bien equipada. Ya sé lo que es vivir en un clima caliente.

—Pero aún te falta mucho que aprender —la reprendió él.

El episodio del picante todavía le causaba escozor. Su boca

y su garganta se habían normalizado esta mañana, Nick había dicho:

—No puedo permitir a un miembro del equipo que se resienta por un malestar estomacal. De ahora en adelante, apégate a lo que puedas soportar.

¿Fue su intención que la advertencia la aplicara a él mismo y al alimento?

Judi se volvió a mirarlo, pero su semblante permaneció inexpresivo, sin revelar nada, mientras agregaba:

—Te encontraré en la oficina de recepción en diez minutos.

Él llegó antes que ella. Judi lo examinaba al descender por la escalera exactamente diez minutos después, ya que no quiso ser vista esperándolo humildemente, aunque tampoco quería tardarse y darle la oportunidad de criticarla.

Judi se sorprendió del poco equipo que Nick llegaba. Tocante a ella su técnica fotográfica se limitaba a apretar el botón de la cámara y esperar que todo saliera bien, pero luego de ver a los turistas cargados de cámaras, como si fueran árboles de Navidad móviles, la sorprendió la pequeña bolsa que colgaba del hombro de Nick.

Lo único que denotaba su profesionalismo era la cámara de aspecto costoso, que había visto en la mesa de su cuarto el día anterior y que ahora descansaba en el extremo de su correa contra su musculoso pecho, lista para ser usada al instante.

Levantó él su leonada cabeza cuando Judi apareció y la contempló con frialdad mientras ella descendía.

Confundida, Judi deseó que Dave, o aun Pet, se presentaran y le hablaran. Cualquier cosa que llamara su atención y le hiciera apartar sus ojos de ella, sería bienvenida. Su mirada silenciosa hizo que sus pies se volvieran torpes. Tropezó y, temerosa de caer como un bulto poco digno a los pies de él, se apoyó con la mano en el barandal, odiando el rápido destello de diversión que iluminó su cara, haciéndole saber a ella que él sabía que era la causa de su inseguridad.

Haciendo un esfuerzo recobró la compostura, resistiendo el impulso de apresurarse.

—Estoy lista, si tú lo estás —dijo Judi.

En respuesta, él le tendió una tarjeta de cartón.

—Pon esto en tu bolso antes de partir, por si accidentalmente nos separamos durante el día.

Judi tomó lo que él le daba. Era una tarjeta del bastidor de la oficina de recepción, que tenía el nombre, la dirección y el número telefónico del hotel.

—No necesito esto. Recuerdo el sitio donde me alojo.

—De todos modos mételo en tu bolso y no lo pierdas —le ordenó él—. No estamos en España. No se habla mucho inglés en Tailandia. Aun con los conductores de taxis podrías tener dificultad para darte a entender; pero estas tarjetas están impresas en inglés y tailandés y te sacarán de problemas, si te llegas a perder. Haz lo que te digo y no discutas. No tengo tiempo ni la inclinación de andar buscando a una secretaria perdida.

Judi tuvo que recordarse a sí misma que eso era ella era ahora, su secretaria, y no tenía que molestarse cada vez que él le pidiera que hiciera algo. Sólo era que las peticiones de Nick tenían la inequívoca forma de órdenes, lo que incomodaba a su espíritu independiente.

Bajo la mirada vigilante de él ella abrió con reticencia su bolso de mano para guardar la tarjeta. Él asintió satisfecho.

—Allí estará segura, mientras no pierdas el bolso.

Judi levantó la cabeza, airada, pero él contuvo la respuesta de ella, haciendo la observación:

—Veo que trajiste tu propia cámara.

No pudo negarlo ya que estaba en su bolso; era un modelo popular, de los que se vendían en una de las tiendas de su padre y con garantía de tomar fotos perfectas.

Nick no trató de ocultar que el juguete lo divertía. Judi apretó los labios mientras cerraba el bolso.

—Se me olvidó que la tenía en el bolso.

La verdad era que no la había olvidado. Había planeado que mientras Nick tomaba fotos profesionales, captando los mejores ángulos de lo que quisiera retratar, ella podría, colocada en un sitio cercano donde no estorbara, tomar instantáneas que mostraría a sus amigos cuando regresara a su casa.

—La dejaré en el hotel, si lo prefieres —propuso Judi a regañadientes.

—Tráela, si quieres. Tú serás quien la cargue, no yo. Y esto también —la entregó una libreta gruesa y algunos bolígrafos, y agregó—: Primero iremos a Lak Muang. Es mejor que te informes al respecto antes que partamos. Te dará una idea de lo que se espera que hagas.

—¿Lak Muang? —la pronunciación de ella era una imitación pasadera de la de él. Abrió la libreta y se aprestó a tomar dictado.

—L-a-k… —deletreó él—. Es mejor escribir con letra manuscrita los nombres. No quiero tener que desentrañar tu interpretación en montones de notas, más adelante.

Judi estaba demasiado ocupada con su dictado para replicar. Él espetaba sus palabras con la rapidez de una ametralladora.

—Piedra de la fundación de la ciudad… tradicional sitio de reunión… se cree que la piedra tiene el poder de conceder deseos.

Nick aceleró el dictado hasta el límite de la velocidad de ella, deliberadamente, estaba segura Judi, y se alegró de su costumbre de tomar dictado del radio de vez en cuando para mejorar su habilidad como taquígrafa, lo que le permitió ahora mantener el ritmo de él, mientras que una taquígrafa rápida ordinaria se habría quedado atrás sin remedio.

Como miraba hacia abajo, Judi no notó el brillo en los ojos del hombre, conforme su bolígrafo se deslizaba veloz por la superficie del papel, y se detuvo solamente dos palabras detrás de él cuando Nick terminó, y permaneció dispuesta, esperando, sin aparente incomodidad, que él continuara.

—Eso es todo por ahora —dijo él bruscamente—. Cuando regresemos, mecanografía cada pie en una hoja separada de papel, por si acaso quiero agregar algo después.

¿Esto la excluía de la próxima cena y espectáculo de la noche?, se preguntó Judi, sabiendo que de ser así Pet quedaría encantada, pero su orgullo no le permitió preguntarle a Nick al respecto, para que no fuera a pensar que suplicaba que le permitiera acompañarlos.

—Vámonos. Tomaremos un taxi —dijo Nick.

—¿Quieres que lleve algo? —inquirió Judi con falsa humildad.

—Ninguna mujer carga mi equipo —repuso él mirándola directamente por sobre su hombro.

No ocultaba el hecho de que no le confiaría a ella su precioso equipo. Judi espetó de inmediato:

—Yo sólo choco con automóviles. No dejo caer las cosas.

—No importaría mucho que lo hicieras. La mayor parte de mí equipo es a prueba de golpes. Sólo es que no creo en la liberación femenina; por lo menos no hasta ese grado.

Judi se preguntó en qué grado este macho antifeminista creía en eso, y si el propio Nick era tan a prueba de golpes como decía que lo era su equipo. Sería un juego peligroso averiguarlo. Esa idea la hizo experimentar una sensación de emoción. Si le aburría ser su secretaria sería divertido hacer el intento.

Resistió el impulso de caminar dos sumisos pasos atrás de él, cuando Nick giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta, mas para su pena descubrió que no tenía opción: tomaba a sus más cortas piernas más tiempo y un trote poco digno, ir al paso con él.

Al salir, uno de los taxistas que esperaban clientes abrió la puerta de su vehículo e hizo seña a Judi para que ocupara el asiento. Se percató de que Nick esperó a ver qué hacía ella. Judi evitó cruzar su mirada con la de Nick y pretendió no darse cuenta de la invitación del taxista, permaneciendo al lado de su jefe, demostrándole así que conocía las costumbres

orientales al esperar que primero él regateara el precio.

Lo escuchó, fascinada, hacerlo. El regateo fue breve y enconado, pero Judi no pudo entenderlo porque Nick hablaba rápidamente y con fluidez la lengua tailandesa, una desventaja desde el punto de vista del taxista, ya que no podía alegar que no entendía a su presunto cliente.

Sin embargo, la sonrisa del hombre no desapareció, y al término del alegato ocupó su asiento detrás del volante, con una alegría que indicaba que estaba satisfecho con la cantidad ofrecida.

—Ya puedes abordar el taxi —dijo Nick a Judi.

Judi se agachó para entrar en el oscuro interior, que no obstante la temprana hora matutina, se sentía bastante caliente, haciendo que la humedad le cosquilleara la piel.

Su incomodidad aumentó cuando el fotógrafo se deslizó junto a ella. Judi contuvo el aliento. Una cosa era que Nick se sentara al otro lado de la mesa cuando comían, descubrió, y otra que estuviera cerca de ella en el estrecho confín de un taxi.

El taxista lanzó su vehículo a la corriente del tránsito, viró en una esquina sin reducir la velocidad y zarandeó a sus dos pasajeros como si fueran un par de dados en un vaso de cuero. Judi buscaba dónde sostenerse al resbalar sin remedio por el asiento.

—Los taxistas aquí son peores que los de Francia —comentó.

—No puedes quejarte. Nada se compara con tu forma de conducir.

La respuesta de Judi se convirtió en un gemido, cuando él la rodeó con sus brazos en el momento en que iba a caer en el piso del vehículo.

—Eso se llama ser oportuno —dijo él, en tanto que ella reía nerviosamente.

Él la volvió a poner en el asiento, como si no pesara ella más que un niño; pero no volvió a soltarla. Mantuvo un brazo encima de ella, como si fuera un cinturón de seguridad

viviente. El contacto hizo estremecerse involuntariamente a Judi.

El brazo de Nick, desnudo hasta arriba del codo por llevar arremangadas las mangas de su camisa de caqui, yacía bronceado y vigoroso a través del regazo de Judi, y un buen mechón de cabello leonado contrastaba con el tono oscuro de su piel. El contacto del brazo equivalía tener un cable eléctrico de alta tensión a través del pecho de ella. Enviaba impulsos que quemaban peor que lo que había hecho el picante la noche anterior y dio un nuevo y profundo significado a la advertencia de Nick: "Apégate a lo que puedas manejar".

Judi se acomodaba inquieta en su asiento. Rápidamente abandonó su decisión de tratar de impresionar a ese hombre. Las conmociones que estaba recibiendo ella eran más de lo que podía manejar, y si él no apartaba su brazo pronto, temía que la quemadura que le dejaría no podría quitarse tan fácilmente como la que le causó el picante.

Con dificultad apartó sus ojos del brazo de él, pero descubrió que había hecho mal en hacerlos descansar en el cuello abierto de su camisa, desabotonada hasta la cintura a causa del creciente calor del día, revelando provocadoramente un bien formado torso que, a diferencia del de Pet, no tenía un solo gramo de más.

Su pulso empezó a hacerse violento, y se le ocurrió, disgustada, que habría sido mejor que Pet los hubiera acompañado, después de todo. En ese momento escuchó con alivio al chofer decir:

—¡Llegamos! —liberándola de sensaciones que rápidamente estaban quedando fuera de control.

Nick quitó su brazo de encima de ella, brazo que causó sentimientos tan confusos como la salsa picante tailandesa. Pagó al chofer y dijo a Judi con firmeza:

—Ya anotaste la descripción para esta foto, así que puedes pasar el tiempo posando para mí. Ese vestido verde y blanco que llevas hace perfecto contraste con los trajes de las

danzarinas.

Nick fue lo bastante sincero para admitir que era el vestido y no a Judi al que quería en su foto. De pronto las chicas empezaron a danzar.

Judi casi se olvidó de su jefe mientras contemplaba extasiada la gracia exquisita de las jóvenes artistas. Sus vividos trajes flotaban el ritmo de la música y moldeaban los esbeltos cuerpos que se movían con fluida gracia, ofreciendo un bello espectáculo.

Judi pensó que si se perdía de la función nocturna, no le importaría. Esa danza al aire libre, bajo un cielo de cobalto, sin duda superaba a cualquier cosa que se efectuara bajo techo.

Nick interrumpió estas consideraciones de Judi, diciéndole con tono perentorio:

—Saca tu cámara y tómales una foto.

Judi dio un salto al tomar conciencia de la presencia de él.

—¿Quieres decir que no te importa? —preguntó.

—No me interesa que tomes realmente una foto. Si no quieres la foto de las bailarinas, sólo finge que lo estás haciendo. Quiero tomarte una foto estando tú apuntando tu cámara a las chicas.

Judi experimentó un curioso estremecimiento de placer al darse cuenta de que esta vez quería fotografiarla a ella, no a su vestido. Pero antes de poder disfrutar de esta sensación él la mató con la brutal explicación:

—Es buena idea incluir a alguien que obviamente es una turista en una o dos de las fotos del folleto, para demostrar a los presuntos clientes que pueden captar las mismas cosas con sus propias cámaras de cajón.

Su tono despectivo se dirigió a la cámara elegida por ella. Una respuesta acre subió a los labios de Judi, pero antes que pudiera salir a la superficie, él suavizó su ofensa agregando:

—Tienes aspecto de una turista típica. La clásica señorita inglesa, con su correcto vestido y sombrero. Tu boca estaba casi tan abierta como tus ojos, mirando danzar a las

muchachas.

¡Vaya sinvergüenza! Judi le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cómo esperabas que viniera ataviada? ¿Con un bikini? —replicó, agregando—: No vine a posar para tus fotografías. Me contrataste como secretaria, no como modelo.

—Te contraté como miembro de mi equipo, en el que todos cooperamos. Si no lo haces, vete —le dijo tajante. Judi se sonrojó.

Lo último que quería de momento era perder el empleo cuando apenas empezaba a desempeñarlo; un vistazo subrepticio al duro rostro de Nick le hizo ver que quería decir exactamente lo que había dicho, sin importarle lo que ella decidiera.

Tragó saliva, contó hasta diez y dijo:

—¿Dónde quieres que me ponga?

Le chocó a Judi la mirada de triunfo en los ojos de él.

—Colócate allí, frente al vendedor de jaulas de pájaros. Él proporcionará un poco de interés de fondo. Hasta allí está bien —explicó, luego que Judi retrocedió unos pasos—. Ahora, vuélvete hacia mí. Gira un poco más en dirección de las bailarinas —y así siguió hasta que ella sintió ganas de gritar.

El calor aumentó hasta que le pareció a Judi que estaba parada en medio de un horno. El sudor corría por su rostro, pero cuando ella levantó la mano para enjugarlo, Nick le gritó bruscamente:

—No te muevas. Echarás a perder mi foto.

Los transeúntes se detuvieron a mirar. Un grupo de turistas discutió abiertamente acerca de Judi, sin cuidarse de bajar la intensidad de sus voces.

—Tal vez es una chica de portada de revista —aventuró uno. El otro contestó con una risita:

—No lo creo, tiene puesta mucha ropa para aparecer en la página 3.

Se alejaron, riendo entre ellos. Judi se retorció con

embarazo. La lente de la cámara de Nick se burlaba de ella como un ojo fisgón, una extensión del ojo de Nick pegado al visor, hurgando en sus pensamientos más recónditos. Estar sometida a observación la hizo inquietarse, viéndolo ella sonreír con leve movimiento sardónico de sus labios al presenciar su incomodidad.

Un frenético piar surgió entre los cautivos de las jaulas de bambú apiladas detrás de ella, lo que acrecentaba el aprieto de Judi. Y cuando Nick le dijo:

—Por favor, trata de verte un poco contenta. Se supone que eres una turista que la está pasando bien —la paciencia de Judi se agotó.

—¿Cómo puedo estar contenta estando parada junto a estas pobres criaturas? —lanzó una mirada de angustia a las aves, guardando silencio. Al instante Nick bajó la cámara y se acercó a Judi.

—Suelta una, a ver si eso te hace sonreír.

—¿Que suelte a una? —ella lo miró, sin comprender.

—Para eso las venden, para ponerlas en libertad —sacó una moneda del bolsillo y compró una jaula, y le explicó la contradicción de la operación al poner el objeto en las manos extendidas de ella—. La gente cree que gana un mérito si libera a un ave. Lo que significa que el vendedor tiene una constante corriente de clientes, y así puede vivir bien y los pájaros no permanecen mucho tiempo cautivos. Cuando sueltas a uno aquí, es costumbre formular un deseo al hacerlo. ¿No recuerdas el pie de foto que te dicté antes de salir?

—No creo en eso del deseo —contestó Judi asintiendo con la cabeza—, pero me alegro de poner en libertad al pájaro.

—Quita la clavija de la puerta de la jaula, así —Nick demostró cómo hacerlo, agregando—: No hagas nada hasta que te diga —retrocedió un poco con la cámara lista—. ¡Ahora! —dijo cuando estuvo a distancia adecuada. Obediente, Judi sacó la clavija, la puerta de bambú se abrió y el piante cautivo saltó a la puerta y de allí voló a la libertad.

Involuntariamente, Judi levantó el rostro para ver alejarse

al ex cautivo hacia el sol, sonriendo por el gozo que le causaba verlo libre.

Nick se acercó, tomó la jaula y la devolvió al vendedor, diciendo:

—Fue estupendo. Será una excelente foto. Ahora, vayamos a un lugar más fresco antes que te derritas.

—Sería algo muy inconveniente para ti, si ocurriera —replicó Judi. Nick rió y, tomándola del brazo, dijo:

—Sécate la cara y vamos a beber algo antes de continuar.

Judi tenía la impresión de haber estado activa durante horas. Y se sorprendió cuando al ver su reloj descubrió que todavía era mediodía. Usó la excusa de buscar en su bolso su pañuelo para limpiarse la cara, a fin de librarse de la mano con que Nick tomaba su codo, lo que le causaba un cosquilleo por el brazo que amenazaba con hacer inútiles sus músculos.

—Aquí es —Nick la guió a un recinto fresco, bajo ventiladores que giraban en el techo.

Judi se excusó para ir al salón de damas, donde se lavó el rostro y brazos con agua fresca y perfumada. Al regresar a la mesa con Nick se sentía más dueña de sí misma. Su jefe ya había ordenado bebidas para ambos.

Judi contempló con manifiesta sospecha el contenido de su largo vaso, lo que divirtió a Nick.

—Eso no te quemará la boca.

—No es divertido hacer bromas con el alimento y la bebida de otra persona.

Endureciendo su semblante, él le reprochó la acusación.

—No hubo broma con el picante de anoche. Tú misma lo pediste. Dave te lo advirtió.

En un arranque de reto, ella no había hecho caso de la advertencia. Titubeante, llevó el vaso a sus labios. Nick la tranquilizó.

—Es jugo de fruta. Nada más. Te prometo que no te picará.

Curiosamente, Judi lo creyó aun antes de sorber el líquido

dulce y refrescante, que le hizo recobrar las fuerzas mientras se deslizaba por su reseca garganta. Se reclinó en el respaldo de su silla y admitió:

—Sabe bien.

—Bebe muchos líquidos hasta que te acostumbres al calor.

—Estoy acostumbrada al calor. Te lo dije…

—¿Unas vacaciones anuales en la Costa Azul y una visita en toda la vida a la India? —inquirió él con tono burlón.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Judi asombrada.

—No lo sabía —repuso él sonriente. Judi quiso darse de puntapiés a sí misma por haber caído tan fácilmente en la trampa.

—Necesitas vivir en un clima determinado para habituarte a él.

Ambos rieron y al terminar sus bebidas se había establecido entre ellos una relación que media hora antes ella no hubiera creído posible.

Ahora estuvo más dispuesta a cooperar cuando él la puso frente a su cámara al tomar fotos de un templo, poco después. Incluso a ella le pareció divertido pretender que era una turista, y su sonrisa no era forzada esta vez al encarar la lente, y se hizo aún más brillante cuando Nick aplaudió, comentando:

—Aprendes rápido.

Se ensombreció un poco cuando reflexionó sobre lo que estaba aprendiendo acerca de este inquietante desconocido que era su jefe ahora, y lo que era más alarmante aún, sobre las reacciones de ella respecto a él.

Se percataba vividamente de la presencia de él junto a ella mientras caminaba por el tranquilo patio del templo, un oasis de paz después del ruido y algazara de las calles que acababan de dejar, aumentando su silencio más bien que interrumpiéndolo el tañer de campanas, movidas por brisa ligera.

Hicieron una pausa para que Nick tomara una rápida instantánea, cuando una bandada de palomas se elevó

repentinamente por los aires. Viéndolas, Judi murmuró:

—Excepto por el sol, podríamos estar parados en la plaza Trafalgar.

—Incluyendo a los leones —convino Nick señalando una bestia esculpida de aspecto feroz que montaba guardia cerca de ellos—. Se supone que están ahí para ahuyentar a los malos espíritus.

Según Dave, Nick era del signo del León. Esto se reflejaba en sus maneras autocráticas, su color leonado y el carisma que actuaba como un imán, atrayendo profundidades ocultas en ella cuya existencia nunca sospechó antes y que la asustaban más que cualquier espíritu acechante.

—¿Nos permiten entrar en el templo? —preguntó Judi.

—Sí, pero debes quitarte los zapatos primero.

El olor dulzón, enfermizo del incienso pendía pesadamente en el aire. Judi temblaba al caminar con los pies descalzos por el suelo de frescos mosaicos, y no pudo decidir si se debía al contraste entre el calor húmedo del exterior y el fresco interior, o al inquietante contacto de la mano de Nick en su brazo desnudo cuando tiró de ella, para que se detuviera junto a él para apreciar mejor la inmensa estatua de Buda, que les sonreía con silenciosa benevolencia.

Cuando salieron, otra vez se pusieron los zapatos y Nick le dictó una historia resumida del templo.

—Es suficiente para tu primer día de trabajo —dijo Nick —. Es una introducción para la visita que haremos mañana a los mercados.

—Me haces aparecer como un motor de automóvil reacondicionado.

Nick rió de buena gana, destruyendo su breve cordialidad con su respuesta:

—Cualquier motor que te tuviera en el volante necesitaría mucho reacondicionamiento.

—No estabas obligado a prepararme para nada —contestó Judi con los labios apretados—. No soy una tierna planta que necesite cuidados especiales.

—No te estoy consintiendo. Todo, lo que quiero son esos pies de fotografías mecanografiados, lo mismo que mis notas manuscritas. Tendrás mucho que hacer cuando regresemos al hotel—. Pide algo de comer —le indicó Nick cuando estuvieron de nuevo en el hotel—. Yo voy a almorzar en mi cuarto. Te mostraré dónde está el equipo, para que tomes lo que necesites.

El cuarto estaba provisto de un par de mesas, en una de las cuales Nick depositó su equipo fotográfico: en la otra había una máquina de escribir, no diferente de aquella eléctrica a la que Judi estaba acostumbrada a usar en la escuela de lenguaje.

—Cualquier cosa que no entiendas, pregúntamelo después —recomendó Nick—. Estaré ocupado en las próximas horas.

Lo que significaba que no había que molestar al jefe. Recalcando la naturaleza dependiente de su posición, Judi bajó la vista al fajo de papeles manuscritos que Nick le había dado a mecanografiar, y le aseguró cortante:

—No te perturbaré en lo más mínimo, si puedo evitarlo.

Un segundo después ella sintió con asombro cómo los dedos de él le tomaban el mentón, obligándola a mirarlo.

—Esa es la frase más falsa del año —dijo él, agregando algo en tailandés que ella no entendió, aunque el tono era profundo y provocativo, estando acompañado de una sonrisa que la hizo sonrojarse de inmediato—. Tú perturbarías a cualquier hombre que se precie de serlo, de los nueve a los noventa años de edad, Judi —añadió, él suavemente, y su cabello formó una cortina leonada que opacó el cuarto cuando inclinó la cabeza y apretó sus labios contra la azorada boca de ella, antes de que pudiera emitir una respuesta.

Capítulo 3

Los labios le ardieron a Judi más que si hubiera comido una salsa muy picante. Se llevó las manos temblorosas a su rostro, cuando Nick la soltó. La leve risa de él la provocó mientras él cruzaba la puerta que comunicaba con su cuarto y la cerraba detrás de sí.

Judi se hundió sin fuerzas en la silla detrás de la máquina de escribir. En vano se repetía a sí misma:

—Cualquiera pensaría que nunca antes te han besado.

Muchas veces la habían besado otros pretendientes, antes de Robert. ¿Por qué ese beso de Nick habría de tener un efecto tan devastador en ella ahora?

Con impaciencia frotaba su boca con el dorso de su mano, tratando de borrar el entumecimiento que los labios de él habían dejado en los de ella. Miró con rapidez cuando la puerta volvió a abrirse y reapareció Nick con una carpeta de papel manila en la mano.

Rápidamente Judi apartó su mano de su cara, pero no antes de que Nick hubiera visto el movimiento; su mirada se burlaba de ella, pero todo lo que dijo fue:

—Cuando hayas mecanografiado los papeles, júntalos con los otros en la carpeta.

La puso en la mesa y desapareció otra vez, dejándola sonrojada y con ganas de arrojarle la carpeta a su espalda.

Con inmenso esfuerzo Judi logró resistir el impulso. De haber sucumbido a él, habría tenido luego que arrodillarse para recoger los papeles del suelo, y su orgullo se rebelaba ante la posibilidad de que Nick volviera a cruzar la puerta y la encontrara arrodillada delante de él.

Sin duda eso lo divertiría bastante, pero no la había empleado como su bufón, así que con semblante contrito hizo un esfuerzo para volver tras la máquina de escribir.

Sus latidos se hacían eco del firme ritmo de las teclas de la

máquina de escribir, al dedicarse ella a trasladar los manuscritos a tipo de imprenta, esforzándose desesperadamente en recobrar la calma y apaciguar sus nervios.

Se puso rígida cuando escuchó un golpe en la puerta del corredor exterior, pero su tensa orden de "entre", reveló sólo a un camarero que empujaba un carrito frente a él. Ella pensó que era tonto esperar que fuera Nick, pues él no llamaría a la puerta.

Miró el carrito, pues no había ordenado almuerzo para ella. Sus pensamientos desorganizados no consideraban aún las necesidades mundanas, y su estómago anudado se revolvía ante la sola idea del alimento.

—¿No se habrá usted equivocado de cuarto? —preguntó, pero el camarero no tardó en despejar sus dudas.

—El profesor Compton lo ordenó para usted —dijo, quitó las servilletas que cubrían el alimento y, sonriente, se retiró.

Judi examinó con desgano la comida: emparedados, fruta. Y una gran jarra con café fuerte. ¿Pensaba Nick que ella necesitaba una bebida restauradora después de haberla besado?

Apretó los puños y al hacerlo tocaron las teclas de la máquina de escribir. El aparato emitió un zumbido de protesta, recordándole que todavía tenía trabajo que hacer. Tal vez el café podría ayudarla, después de todo.

La fuerte bebida la reconfortó. Probó un emparedado y descubrió que tenía hambre. Escogió otro, lo puso en la mesa junto a ella y empezó a trabajar.

Para su sorpresa, Judi pronto quedó absorta en el contenido de las páginas. La concisa redacción demostró que era verdadera la descripción que hizo Dave de Nick como una autoridad acerca del país, y llamó su atención tan completamente que no se percató del paso del tiempo.

Sus dedos volaban por las teclas de la máquina, ansiosos de conservar el paso con sus ojos conforme devoraban una mezcla de leyenda y relatos de viajes que la tuvieron

fascinada hasta la última palabra.

Nick no podría hallar errores en la presentación del material, decidió Judi con justificado orgullo.

Se inclinó para acomodar una pila de hojas que insistían en deslizarse por un ángulo, y un grueso rizo de su cabello cayó frente a sus ojos, bloqueando su visión. Como tenía ambas manos ocupadas, Judi sacudió la cabeza para apartar el mechón de su campo de visión, pero al agacharse el manto de cabello volvió a su posición anterior.

Judi lanzó una exclamación de impaciencia, pero antes de poder quitárselo de enfrente otra vez, él se apartó por su propia voluntad y humildemente dejó de estorbar su visión.

En el cuarto no había una corriente de aire lo bastante fuerte para moverle el cabello. El eficiente servicio de aire acondicionado hacía innecesarios los ventiladores. ¿Entonces, qué?… Asombrada, miró hacia arriba, directamente a la cara de Nick.

—Yo… tú… no te vi venir —balbuceó. Tampoco lo había oído acercarse, pero eso no era de sorprender. Su ágil manera de andar era tan silenciosa como la de un gato, y se necesitaría sensibilidad de radar para captar el sonido de sus pisadas en el suave suelo. ¿Cuánto tiempo había estado él allí, observándola? Sus dedos jugueteaban ociosamente con los mechones de cabello que había quitado de la cara de ella, estableciendo un enlace sedoso entre arabos. Judi sintió que el cuero cabelludo se le erizaba cuando él se enrolló el cabello en los dedos, haciendo rizos.

Ondas de una clase completamente diferente fluían entre ellos, golpeando a la puerta de sus sentidos. Judi entró en acción de inmediato. Con un rápido tirón sacó la última hoja de la máquina, olvidando en su confusión, quitar los pasadores que mantenían al papel en su sitio.

El fuerte tirón produjo un áspero ruido en la máquina. La protesta mecánica cortó la tensión entre ellos, y Nick soltó el cabello, diciendo:

—Yo tomaré los papeles.

—No he revisado la mecanografía aún.

Judi abrazó la carpeta con los papeles, a guisa de escudo entre ella y Nick, y lo miró con recelo desde atrás de ellos.

—Yo tengo que leerlos, de todos modos, y no puede haber grandes errores. No hubo ninguno en las últimas hojas. Lo sé porque las estuve leyendo mientras las escribías.

Las últimas hojas… ¿Cuántas habrán sido? Le hacían ver que Nick había estado detrás de ella sin ser notado durante algún tiempo, mirándola trabajar. ¿O viéndola simplemente?

Nick se inclinó adelante e instintivamente ella retrocedió, pero se contuvo al momento, reprochándose a sí misma: no seas tonta. Quiere los papeles, no a ti.

No obstante lo leve que fue el movimiento de ella, Nick lo captó y lo interpretó a su manera; al percatarse de la risa que mostraban los ojos dorados de él, Judi supo que su interpretación había sido correcta y que él se había anotado otro punto a su favor.

Tensamente, empezó ella a decir:

—Si hay correcciones que hacer, márcalas y devuélveme las hojas.

—Las dejaré en la mesa junto a la máquina, cuando vayamos a cenar esta noche.

—Las tendré listas cuando regreses.

Una fuerte sensación ilógica de desengaño invadió a Judi. Eso significaba que no iría al restaurante con Nick, después de todo. Nick interrumpió sus pensamientos de frustración, diciendo:

—¿Qué te hace pensar que no vas a venir con nosotros?

—Van a cenar y a ver el espectáculo.

—Todos vamos a evaluar el espectáculo, a ver si vale la pena de llevar a verlo a los miembros de las giras turísticas, y la opinión de cada miembro del equipo es valiosa. Estamos aquí para trabajar, no para divertirnos.

Judi estaba a punto de contestarle, pero un vistazo a las líneas dominantes del rostro de Nick, que revoloteaba

incómodamente cerca de ella, la decidió a no hacerlo; él continuaba:

—Dondequiera que vaya el equipo, tú vas también. No contrato a una secretaria para luego tener la molestia de andar cargando una grabadora.

Nick era maestro en el arte de humillar a la gente, y el resentimiento hizo presa de Judi, tanto por la facilidad con que parecía llevar las emociones de ella de un extremo a otro, como por su actitud autocrática.

—¿A qué hora se supone que esté lista para salir? —preguntó ella con seriedad.

—¿Para qué me preguntas si Pet dijo que a las 7?

Judi no había oído decir nada de eso, pero a fin de no iniciar una larga discusión no rebatió a Nick. Se limitó a preguntar con acritud:

—¿Quieres que haga algo antes de entonces?

La mirada que le lanzó él de soslayo hizo ruborizarse a Judi, y el rubor aumentó cuando él estiró la mano para tomar la carpeta de papeles, para decirle, a la vez que sonreía, burlándose de su confusión:

—Sólo recuerda llevar una libreta de notas y bolígrafo en tu bolso, y —al llegar a la puerta del corredor la abrió y se volvió para encararla, de modo que él no vio, en el corredor, como sí pudo hacerlo Judi, un destello de cabello agresivamente rubio , y un vestido de algodón estampado con brillantes colores, muy tensado en las costuras, mientras su propietaria se detenía brevemente al verlo a él—, ven viéndote bonita —terminó él provocativamente, y cerró la puerta.

Pero no lo hizo antes de que Judi tuviera tiempo de ver la ira reflejada en la cara de Pet, lo que auguraba una noche poco tranquila.

La primera andanada fue disparada poco después de que entraron en el restaurante, menos de dos horas luego. El

propietario les dio la bienvenida en la puerta, claramente ansioso de obtener la aprobación de su establecimiento y cosechar los beneficios turísticos que seguirían.

Juntó las manos en el amable saludo tailandés para Nick, reconociendo instintivamente a la alta, aristocrática persona como el jefe del equipo. Su proceder no pasó inadvertido para Pet, quien sonrió como si personalmente hubiera sacado a Nick de un sombrero.

Nick devolvió el *wai* con gracia natural que no pareció fuera de lugar pese a su apariencia occidental. Judi pensó que él embonaba dondequiera que estuviera, como un camaleón, y no pudo decidir si era una cualidad que envidiaba o que le despertaba sospechas.

Pet volvió también el *wai*, pero su acción pareció torpe y forzada, como si tratara de ubicarse a la fuerza en un cuadre en el que no quedaba bien, como una pieza equivocada de un rompecabezas.

Sin saber qué hacer, Judi se contentó con sonreír. Preguntó a Dave, mientras penetraban en el fresco y tenuemente iluminado restaurante:

—¿Debí contestar al *wai*? No estaba segura de qué hacer.

—Mejor no… —empezó a decir Dave.

—Si no estás segura de qué hacer en Tailandia —interrumpió Nick—, limítate a sonreír —y agregó con una sonrisa propia—: La tuya debe abrirte paso en cualquier país del mundo.

Su inesperada sonrisa hizo sentirse complacida a Judi, aunque pareció producir el efecto de elevar la temperatura de Pet al punto de ebullición. Esta dijo cortante:

—Los fuereños no entienden estas cosas. Hay grados para la altura de las manos en un *wai*, según la persona a quien se saluda. Si lo intentas y lo haces mal, podrías causar una ofensa. Esto me pone en mi lugar, pensó Judi con los labios apretados y con el convencimiento de que Pet podía ofender sin intentarlo.

El propietario del restaurante los condujo a una mesa baja,

colocada de modo que pudieran ver bien el espectáculo mientras comían.

La cubierta de la mesa estaba tan cerca del suelo que recordó a Judi las costumbres de comer de los japoneses, y los cojines colocados alrededor de ella confirmaron el parecido. Frunció el ceño. Sólo había tres cojines.

Nick observó al mismo tiempo el faltante.

—Necesitaremos otro cojín —dijo al propietario—. Somos cuatro, no tres.

—En seguida traen otro —el hombre dio una orden a un camarero que andaba cerca y luego volvió a dirigirse a Nick —. La señorita Welsh sólo ordenó mesa para tres.

Pet lo hizo para ponerla en aprietos, de eso estaba convencida Judi, y su sospecha la confirmó la mirada de malicia que le dirigió la otra mujer, mientras se disculpaba diciendo:

—Me olvidé que tenemos una cola con nosotros.

Como si Judi fuera un apéndice indeseable y no parte del equipo.

—Asegúrate de no cometer el mismo error cuando arregles una gira para clientes —advirtió Nick.

—He estado haciendo esto tanto tiempo que no cometo esta clase de errores —contestó Pet con apretada sonrisa.

Pet había ganado y perdido, reflexionó Judi, y se había merecido una reprimenda de Nick. Por lo tanto el encuentro número uno había resultado empatado. Sonrió al camarero que le dio el cojín extra y, siguiendo la indicación de Nick, se sentó con gracia en el suave y blanco asiento, poniendo las piernas debajo de ella con la pulcritud de un gatito.

Sus años de vigorosos entrenamientos en el gimnasio local le habían dado una excelente flexibilidad, que mantenía su esbelto cuerpo erecto como el tallo de una flor, y adoptó este novedoso modo de sentarse a la mesa sin la menor incomodidad.

Pet se vio obligada a bajar su mucho mayor volumen en torpes etapas, y se mantuvo en una posición lo más recta que

pudo apoyándose en una mano, de modo que presentaba un desgarbado contraste con Judi.

Automáticamente, los cuatro adoptaron la misma disposición que usaron al sentarse en el hotel, con lo que Pet quedaba al lado de Nick y Dave y Judi juntos, con Judi enfrente de Nick.

Judi casi deseó estar sentada al lado de Nick para no tener que verlo. Era marcadamente bien parecido, y su atuendo blanco tropical formal tenía el efecto de oscurecer su tez y de hacer resaltar el contraste de su cabello leonado.

Los ojos de ella parecían encontrar en él un imán irresistible, y cada vez que miraban arriba, los de él parecían estar descansando en ella con un brillo desconcertante, que captaba la confusión que causaban y disfrutaban el poder de crearla.

Desesperada, Judi apartó la mirada y la dirigió a sus alrededores, tratando de evitar los ojos de Nick. A pesar de la tradicional decoración tailandesa, la cocina era internacional. Así que, con cautela, ordenó platillos franceses. Encontró el alimento soso y falto de interés en comparación con la comida local, y lo mismo pensó del espectáculo que siguió, no obstante que suscitó aplausos entusiasmados del resto de los comensales.

Judi aplaudió, pero sin entusiasmo, y se preguntó qué le estaría ocurriendo. A todo el mundo le encantó. Y no supo cómo contestar cuando Nick preguntó a los miembros del equipo, cuando terminó la función:

—¿Qué les pareció como atracción para una de las giras?

Pet ya había dejado en claro cuál era su opinión sobre el espectáculo, y no pudo ocultar la contrariedad que le causaba que Nick pidiera el parecer de los demás, en particular el de Judi, sospechó ésta.

—Es bueno. Lo que se necesita. A los turistas les gustará, en especial esta decoración tailandesa auténtica —contestó Dave con entusiasmo.

Nick preguntó:

—¿Y tú, Judi?

Ella debía cooperar o marcharse. No quería contestar, pero no deseaba tampoco la alternativa, de modo que, atrapada entre los imposibles, tomó su copa de vino y sorbió lentamente a fin de darse tiempo para pensar.

¿Cómo debía contestar? Nick la miraba fijamente, notando su falta de entusiasmo, como notaría si tratara de responder de modo no comprometedor.

Pero si le decía que hallaba al espectáculo falto de lustre, ¿qué razón daría para sustentar su opinión? ¿La falta estaba en ella o en el espectáculo? ¿Por qué había perdido el gusto por el alimento y la danza? Urgentemente trató de decirse a sí misma que fue porque había visto la otra danza al aire libre, engalanada por el brillante sol. Sin mucho éxito, trató de suprimir la idea de que podría ser porque entonces había estado sola con Nick.

Judi lo miró por encima del borde de su copa de vino, y la expresión de impaciencia de él le advirtió que no estaba dispuesto a esperar la respuesta. Dio otro sorbo para darse ánimo y decidió decir la verdad. Así, Nick no podría caerle en falta después.

—La comida es impecable —el tono de su voz era parejo, defendiendo su derecho a comer comida francesa en vez de tailandesa, si lo deseaba—. Sólo que me parece que la danza que vimos esta mañana fue mucho mejor. El espectáculo fue bueno, pero creo que careció de algo más. Tal vez la danza al aire libre ganó con el ambiente.

Judi no había querido implicar que ella y Nick habían estado juntos presenciando la danza de aquella mañana, pero algún diablillo hizo que sus palabras sonaran de esa manera.

De hecho, Nick había visto la danza sólo a través de su visor; además, había colocado a Judi a cierta distancia lejos de él, como parte del paisaje general para su foto, pero eso no lo sabía Pet, así que interrumpió la respuesta pensativa de Nick, "ese es un punto que hay que considerar”, con el colérico comentario:

—¿Qué sabes tú de lo que quieren o no quieren los turistas? Es mejor dejar esta clase de investigación a los profesionales.

Judi envió a la mujer una mirada exasperada. Le venía bien el calificativo de arrogante, pensó irritada. Realmente, era una mujer imposible. Si quería a Nick se podía quedar con él; se sintió tentada a decírselo allí mismo para evitar malos entendimientos y que el resto de la gira pudiera continuar en paz. Pero si Pet estaba decidida a provocar una pelea, Judi no pensaba permanecer indefensa. Replicó:

—Sin duda los turistas son los que deciden al final. Deben hacerlo si quieres que regresen. Supongo que eso es lo que pretendes, ya que los turistas son la base de tu sustento.

Judi contraatacó con dureza; Pet se lo habla buscado, y si descubría que su oponente contestaba, tal vez se sintiera menos inclinada a pelear. Judi continuó su acoso:

—Como profesional blandes un hacha para traer turistas a estos lugares. Yo no. Yo veo las cosas desde el punto de vista de tus clientes, lo que debe hacer que mi opinión sea más valiosa que la tuya —ignoró un gruñido apagado de Dave, que estaba a su lado, y agregó con deliberación—: Nick dice que soy una turista típica —como si hubiera sido un cumplido y no precisamente lo contrario.

Las arrugas que surgieron alrededor de la boca de Pet, que ni siquiera su pesado maquillaje pudo disimular, indicaron a Judi que su respuesta había surtido afecto; pero, sin intimidarse, Pet contraatacó:

—Los turistas no pueden pasarse todo el tiempo caminando por las calles. Tienen que sentarse alguna vez, y quieren entretenimiento mientras comen.

—Aunque quizá no deseen sentarse en cojines —sugirió Judi—. Imagino que la mayoría de tus clientes ya no son muy jóvenes; de lo contrario no podrían permitirse pagar tus astronómicos precios, y tendrían problemas para descender al nivel del suelo, y el de balancearse mientras comen.

Cuidó de no decir: los mismos problemas que tú, mas el

rubor que apareció en el rostro de Pet hizo ver a Judi que aquella había captado el mensaje, lo que la hizo pensar, con vergüenza, que no debía haber sido tan mala.

Agredir iba contra la naturaleza normalmente cordial de Judi. Tal vez esa naturaleza se había endurecido un tanto, desde que había sido tan cruelmente usada por Robert y su familia. Antes de que Pet pudiera contestar, sin embargo, Dave terció:

—¿Por qué no plantearlo en el folleto como alternativa de la cena en el hotel, y dejar que sean los clientes quienes elijan?

Dave era un diplomático, pensó Judi, y sintió alivio cuando el mismo Dave agregó:

—Si vamos a regresar al hotel, Nick, es mejor que lo hagamos ahora, pues el cielo empieza a verse ominoso.

—¿Caminar de regreso? —exclamó Pet al oír la sugerencia de Dave—. Creí que…

—Tú puedes regresar en taxi, si quieres —dijo Nick—. Yo quiero tomar algunas fotos de la ciudad por la noche.

Típicamente, el fotógrafo había llevado consigo su cámara. Esta siempre se hallaba a su lado, como si fuera un tercer brazo. Así como él esperaba que ella cargara siempre su libreta y su bolígrafo, pensó Judi. Nick la miró como si pudiera saber lo que ocurría en la mente de ella, y le dijo:

—Espero que seas capaz de tomar dictado en la oscuridad, mientras caminas.

Esto significaba que esperaba que Judi regresara a pie con él. Las palabras de Nick hicieron que Pet cambiara de opinión.

—Si vas a caminar, yo también lo haré —decidió.

Había una distancia de algo más de cinco kilómetros al hotel, y probablemente más si Nick tomaba algunas instantáneas de paso; pero ese era problema de Pet. Judi se encogió de hombros y contestó a Nick:

—No necesito luz para tomar notas —anunció confiada, como si estuviera acostumbrada a tomar taquigrafía en la oscuridad, de pie, desde siempre en su vida.

—Si vamos todos a caminar, vámonos —dijo Nick poniéndose en pie con un elástico movimiento.

Judi hizo otro tanto, sin necesitar de la mano que le tendía Dave para ayudarla, por lo que se la extendió a Pet en vez de a Judi, y tiró hasta que aquella se puso de pie, pero mantuvo su mano firmemente prendida de la de ella, con lo que Pet se vio obligada a mirar cómo Nick ayudaba a Judi a acomodarse el chal, adquirido en la India, sobre sus hombros, a la vez que le decía:

—Camina junto a mí, para que pueda dictarte mientras andamos.

A Pet no le quedó más remedio que ir con Dave. Judi notó que éste retenía la mano de su compañera, y mirándolo a la cara observó una mirada de satisfacción que le hizo presentir, con rápida intuición, que Dave estaba enamorado de Pet.

Otro triángulo, pensó, deprimida de pronto. Dave quería a Pet y Pet quería a Nick, y… Era una réplica de la situación de ella y Robert, sólo que la tercera parte de su triángulo había sido puramente financiera, lo que la hacía menos perdonable.

Exhaló un suspiro que ocultó agachándose para sacar su libreta y su bolígrafo de su bolso. Preguntó a Nick con voz apagada:

—¿No quieres dictar los elogios al restaurante ahora?

—Aquí no. Parece demasiado obvio. El propietario querrá saber qué estaba yo escribiendo. Si me rehúso a decírselo, pensará que se trata de un comentario adverso, y si le muestro el texto y luego no aparece en el folleto por falta de espacio o por alguna otra razón, se preguntará por qué no salió. Es mejor hacerlo cuando regresemos al hotel.

Judi asintió e hizo intento de tomar el chal que se le había resbalado mientras se enderezaba. Al escapársele de la mano la prenda, la de Nick descendió a su hombro, impidiéndole caer el suelo. Ella emitió un suspiro al entrar la mano de él en contacto con su piel.

El material del chal era extremadamente delgado y se sentía como si no hubiera nada entre el hombro desnudo y la

palma de la mano de Nick. El efecto fue eléctrico. Judi tuvo el irracional impulso de verificar si el calor de su contacto había chamuscado el fino tejido de la prenda. Un fragor distante provocó una exclamación de Dave:

—¡Eso fue un trueno!

Judi pensó indignada que ya había sido tocada por un rayo. Se apresuró a seguir a Dave y a Pet, que se dirigían ya a la puerta.

Nick quedó atrás, a decir algo al propietario del restaurante. Luego de ver el semblante del anfitrión, Judi dedujo que Nick le estaba agradeciendo la comida y el entretenimiento, con la característica cortesía que parecía ser parte integral de él, aunque ella no podía entender lo que decía, ya que Nick ofrecía el cumplido adicional de hablar en la lengua del propietario.

Afuera del restaurante provisto de aire acondicionado, el calor era opresivo, empeorado por la tormenta que se cernía en la atmósfera. Nick volvió a preguntar a Pet:

—¿De verdad no quieres regresar en un taxi?

No incluyó a Judi en su ofrecimiento, y ésta no sabía si tomarlo como un cumplido a su mayor resistencia o como una inhumana falta de consideración de parte del fotógrafo, que quería que sufriera la molestia de caminar con él.

—Dije que caminaría —contestó Pet de mal modo. Nick se encogió levemente de hombros y sin decir más encabezó la marcha, a un paso que no hacía concesión al calor o a la fatiga del fin del día.

El orgullo, o más bien el infantil deseo de probar su vigor, hizo que Judi se mantuviera al parejo con su rápido andar sin quejarse, ni cuando él alargó la de por sí pesada caminata con un par de desviaciones para tomar más instantáneas que aun el ojo no profesional de Judi estimaba excepcionales, tomando lo usual desde un ángulo inusitado, con el ojo perceptivo del artista.

En una ocasión, usó a Pet y a Dave como siluetas.

—Manténganse juntos y miren sobre el canal —les pidió,

indicando a Dave, al ver que no estaban parados lo bastante cerca para su gusto—: Rodéala con tu brazo. Así está bien. Ahora, conserven esa postura un momento.

Mientras él enfocaba la cámara, una idea germinó en la mente de Judi. Sin saberlo, Nick hacía el juego a Dave, y éste obedecía las instrucciones del jefe del equipo con obvia satisfacción.

Al ver Judi a Dave abrazar a Pet, estimó que le debía algo por haberla relacionado con este empleo, con lo que le daba tiempo extra para decidir sobre la nueva vida que quería para ella, cuando rechazó la anterior al no quedarse en Inglaterra. Y si ella podía ayudarlo a lograr lo que él deseaba, le habría correspondido por haber hecho lo mismo para ella.

Judi guardó la idea en el fondo de su mente mientras volvían a caminar, y se concentró en el esporádico dictado de Nick usando la luz que encontraba cuando pasaban junto a alguna ventana o frente a clubes o restaurantes, a fin de evitar que las líneas de escritura se encimaran.

La tormenta se desencadenó cuando estaban a unos cuantos metros del hotel. Todos habían estado tan absortos en colocarse en posiciones estratégicas, para que Nick pudiera tomar una foto, que no notaron que las nubes arriba de ellos se hacían cada vez más pesadas.

El sofocante calor parecía una gruesa sábana sobre ellos, calentando el aire al grado que era difícil respirar, hasta que, con la rapidez con que se corre un cierre de cremallera, las nubes se abrieron dejando caer un torrente de agua.

Por instinto, cada uno de los hombres tomó a una muchacha y corrió en busca de refugio en el más cercano quicio de puerta, Judi sintió cómo sus pies dejaban el suelo al tomarla Nick en sus brazos y cubrieron la distancia en tres largos saltos.

Unos momentos después, Dave y Pet desaparecieron en otra puerta a corta distancia de Nick y Judi, en la misma calle. Nick volvió a poner a Judi en tierra pero mantuvo un brazo alrededor del hombro de ella, atrayéndola hacia él para

protegerla del rocío que rebotaba del suelo.

Un relámpago, seguido de un potente trueno, convirtió el aguacero en un diluvio. Judi olvidó sus inhibiciones y se acurrucó contra Nick. Este miró los grandes ojos de ella y levantó una mano para acomodar con delicadeza el chal sobre la cabeza de su secretaria, un gesto de protección contra los elementos que fue curiosamente reconfortante.

—Pareces una novicia, con tu chal —dijo Nick.

Judi no se sentía como una novicia. No se sentía como cualquier cosa que pudiera identificar, porque nunca había conocido sensaciones como las que estaba experimentando ahora.

Sensaciones tan elementales como la tormenta en sí la inundaban tan impetuosamente que, en comparación, hacían palidecer al monzón, y asustada más por la tormenta desencadenada en su interior que por la que azotaba las calles vacías, Judi se pegó a Nick, temblorosa.

Él sintió el estremecimiento y la apretó más contra él, empeorando de esa manera la situación. Interpretando mal la causa, él la consoló:

—No te asustes; la tormenta pasará en pocos minutos.

Judi sabía que la tormenta que más temía no desaparecería tan complacientemente como el fenómeno natural, y tembló más, por miedo a algo que desconocía.

La tormenta cesó tan repentinamente como había comenzado, pero la secuela los dejó con un problema. Las calles estaban ahora cubiertas por varios centímetros de agua, más que suficientes para cubrir sus tobillos si se aventuraban a caminar por ellas.

Y el hotel estaba en el lado opuesto de la calle.

Dave y Pet se les unieron. Dave dijo con tono de queja:

—Estamos empapados. No podíamos caminar con tanta rapidez como tú y nos sorprendió la lluvia antes de llegar al quicio de la puerta. Así que es mejor que chapoteemos.

Sin decir más se lanzó al torrente, tirando de Pet. Nick exclamó:

—¡Qué buena foto! —y diciendo y haciendo apuntó su cámara a la pareja metida en el agua.

Las luces del hotel dibujaban largas sombras en las relucientes aguas, haciendo que Judi se maravillara.

—Nadie tendrá una foto como ésta —comentó.

—La empresa de viajes no querrá publicar esta foto en su folleto turístico, con toda seguridad —repuso Nick, mostrando sus blancos dientes—, aunque las giras se inician hasta que ha terminado la época de lluvias, por obvias razones.

—¡Bien hecho! El drenaje no puede evacuar toneladas de agua al momento.

—Es culpa, principalmente, de los jefes del gobierno —explicó Nick—. El drenaje más eficiente que tenían eran los canales, pero con el tránsito moderno y la llegada de muchos turistas, las autoridades pensaron que era buena idea llenar muchos canales para convertirlos en caminos. Ahora padecen por su equivocación.

Colgando su cámara en el hombro, agregó:

—Ven. Vámonos.

—¿No podemos esperar a que baje un poco el nivel del agua? No estamos mojados y no me agradaría caminar por esa mezcla de basura y agua.

—Pasarán varias horas para que se desaloje el agua —contestó Nick con brusquedad—. No voy a esperar tanto tiempo. Y si te paras sola en el quicio de una puerta en Bangkok a esta hora de la noche, interpretarán mal tu actitud. Pero si no quieres mojarte…

Con presteza se arremangó los pantalones hasta las rodillas para en seguida tomar a Judi en sus brazos, cargándola sobre el torrente para que no se mojara.

Era demasiado tarde para desear haber seguido el ejemplo de Pet y haberse metido en el agua. Nick la tenía firmemente sostenida para que no pudiera zafarse, aunque deseara hacerlo.

La coronilla de la cabeza de Judi descansaba abajo del mentón de Nick y, al mirar arriba, ella notó con asombro que

en la punta de la barbilla tenía él una pequeña hendidura. Judi experimentó una extraña y fugaz sensación al mirar la oquedad, acrecentada por la descontrolada conducta de su corazón, el cual parecía estar tratando de ir más rápido que las palpitaciones vigorosas y regulares que llegaban a sus oídos a través del lino blanco de la chaqueta de él.

Inmovilizada en los brazos de Nick, Judi podía sentir la mirada dura de Pet sobre ella desde la escalinata del hotel, donde Pet y Dave contemplaban a Nick cargar a Judi a través de la calle. El rostro de Pet era un estudio de desagrado, cuando Nick subió la escalinata y puso en el suelo a Judi, seca y limpia en contraste con el aspecto sucio y desgarbado de la mujer de mayor edad.

Nick aconsejó alegremente a sus empleados:

—Vayan a darse una ducha ambos, antes de que empiecen a tener escalofríos.

En seguida el fotógrafo se quitó las sandalias, dejándolas escurrirse en un porta paraguas. Luego caminó descalzo al lado de Judi, saludando con gran aplomo a grupos de huéspedes del hotel dispersos en el vestíbulo, los cuales estaban impecables en sus atuendos nocturnos.

Judi lo miró a hurtadillas, divertida. No podía menos que admirar la confianza con que pasaba él por una situación que nueve de diez personas, incluyéndola a ella, habrían considerado altamente embarazosa. Su diversión afloró en una risita al llegar al cuarto que Nick usaba como oficina.

—¿Qué te parece cómico? —inquirió él.

—Tú —los ojos de ella danzaron hacienda encenderse las profundidades de los ojos dorados que la miraban a ella—. La mayoría de la gente que anduviera descalza, con los pies lodosos, se habría metido ocultándose por la puerta trasera, esperando no ser vista.

—Yo no soy la mayoría de la gente.

Esa era la frase más justa del año, pensó Judi, quien exhaló un gemido cuando de pronto la tomó por los hombros atrayéndola hacia él.

—El pie de foto sobre el restaurante… —balbuceó—. Dijiste que querías dictarlo cuando regresáramos.

—Eso puede esperar hasta mañana temprano. Ahora tengo cosas más importantes que hacer.

Cualesquiera que hubieran sido esas cosas, él también parecía dispuesto a hacerlas a un lado por el momento. Bajó la cabeza y buscó la boca de ella para darle un largo beso explorador.

Al primer contacto de los labios de él, los de Judi se abrieron, así como se hablan apartado las nubes de la tormenta, y el surgimiento de la emoción que la había azorado tanto en la puerta de la tienda, imitó a la lluvia y se vació por el hueco como inundación incontrolable.

Contra su voluntad, los labios de Judi respondieron; entonces el beso de Nick se hizo más profundo, tomando la boca de ella con una fuerza que se negaba a ser rechazada, y, desamparada, Judi comprendió que las cosas no volverían a ser las mismas para ella nunca más.

La inundación arrastró lejos los últimos frágiles velos de su condición de muchacha, y liberó la de mujer, que estaba dormida, y que ni siquiera su compromiso con Robert había hecho florecer.

El beso de Nick proporcionó el calor necesario para infundir vida a la semilla, que una vez surgida de sus ocultos confines, debía florecer o marchitarse.

Al cabo de un tiempo interminable, Nick la soltó. Judi lo miró con sus ojos muy abiertos.

El cabello de él parecía relucir como un sol por encima de ella, reflejando el fuego de sus ojos. Judi se encogió ante el fiero calor que amenazaba consumirla, chamuscando la vida de la tierna planta antes de que hubiera tenido tiempo de crecer y florecer.

Capítulo 4

Al despertar Judi la mañana siguiente, se había trazado ya un plan. Ayudaría a Dave y a si misma al mismo tiempo.

Los besos de Nick de la noche anterior la habían impresionado con una fuerza que no podía haber previsto. Él había dicho que podría usarla; pero no de esa manera, prometió ella.

Su sensibilidad acrecentada, y las nuevas emociones despertadas por la tormenta, debían haberla dejado más vulnerable de lo acostumbrado. Se disculpó pensando que todo se debía a que estaba en el trópico. O tal vez sería una reacción provocada por Robert.

Reconoció claramente que cualquiera que fuera la razón, iba a necesitar un antídoto para el penetrante carisma de Nick, y rápidamente, si esperaba regresar indemne de su paseo por Tailandia.

Torció los labios ante la ironía de haber huido a Tailandia para escapar a las consecuencias de un compromiso, para verse involucrada casi de inmediato en otro. No dudó que fueran sólo sus sentimientos los que se hallaban perturbados. A Nick no le importaba una cosa u otra. Los hombres podían besar y marcharse sin que el encuentro les dejara ninguna impresión duradera. Pero esta vez Nick se había topado con la víctima equivocada.

Se conocía ya lo suficiente para poder controlar los sentimientos que la asaltaran, y le importaba Nick tan poco como a éste le importaba ella.

Coquetearía descaradamente con el empleado de Nick, y si su conducta ponía celosa a Pet y la hacía ver los atractivos de Dave y de lo que se estaba perdiendo, mucho mejor. Esa parte debía ser bastante fácil. Pet sentiría celos de cualquier hombre que se fijara en cualquier mujer, excepto en ella, pero si el plan funcionaba con Dave, valdría la pena y esperaba que, al mismo tiempo, eso sirviera para diluir el efecto que Nick

estaba teniendo en ella.

Su experta manera de besar había hurgado hondamente en las emociones de ella, las cuales nunca antes habían sido inquietadas, y la transición de muchacha a mujer despierta había sido rápida y dolorosa. Culpó amargamente a Nick por agregar esa herida a la vapuleada que ya había recibido de Robert.

Cuando abrió los ojos al nuevo día, Judi sabía que era una chica diferente de la que se había despertado en esa misma cama la mañana anterior. Se sentía diferente. Con más vida. Más vibrante. Más fuerte. Ahora no tendría empacho en devolver a Robert su anillo, o en afrontar la ira de sus padres.

Sacó las piernas fuera de la cama y fue hasta el espejo del tocador. ¿Se veía diferente? Los mismos grandes ojos la miraron, desde la misma cara pequeña de forma de corazón, aún sonrojada por el sueño, y atractivamente bronceada ahora, a pesar de usar un sombrero para cubrirse del sol.

Había una sutil diferencia, sin embargo. Abrió más los ojos, tratando de localizarla, y reconoció la diferencia en ellos mismos, sin poder definir con exactitud qué era lo que miraban.

A pesar de la enérgica ducha que se había dado, el cambio estaba allí cuando regresó para cepillarse el cabello. Inquieta, esperó que Nick no pudiera notarlo y adivinar la causa, cuando bajara al vestíbulo.

Sería tonto negar que él tenía atractivos físicos, y mucho más tonto rendirse a ellos. Pero si la transición de muchacha a mujer le dolía, podía hacer que funcionara en ambos sentidos. Nick no encontraría tan fácil ganarse a una mujer como lo haría con una muchacha.

He dejado de ser ingenua, se aseguró Judi a sí misma, y se encaminó abajo con pisadas enérgicas y confiadas.

Se topó cara a cara con Nick en la puerta del comedor del hotel, y descubrió, para su desaliento, que las mujeres eran tan vulnerables como las muchachas, cuando trataban con hombres.

El aumento de perspicacia en ella hacía que lo viera más atractivo. Por suerte se trataba sólo de atractivo físico, se consoló Judi mientras Nick se hacía a un lado para dejarle el paso libre, y sintió que su corazón daba los ahora familiares brincos cuando al pasar junto a él, rozó el brazo con el cual mantenía abierta la puerta.

Ella rehuyó el contacto y evitó el destello burlón en los ojos de él, que se mofaban de la incomodidad de ella, y en cambio se encontró con la fría mirada de Pet, quien ya estaba sentada a la mesa.

Entonces se le ocurrió que debía estar agradecida a Robert, ya que su compromiso con él era todo lo que necesitaba recordar para procurar no involucrarse en otra relación sentimental. La próxima vez, si llegaba a haberla, se comprometería en sus propios términos tras considerar fríamente las perspectivas. Dave dijo sin ambages cuando se sentaron:

—Pedí a Pet que hoy me ayude a organizar los arreglos de viaje para la gira por el interior del país. ¿Puedes prescindir de ella, Nick?

—Claro, puedes emplear sus servicios —masculló Nick.

Al ver la mirada adolorida de Pet, Judi pensó en cuan crueles pueden ser los hombres.

—¡Qué encantador! —exclamó Judi dirigiendo una mirada melancólica en dirección de Dave, envidiando a Pet por haber sido ella la elegida para ayudarlo.

El comentario rebotó en las facciones ásperas de Dave sin producir efecto visible. Judi pensó apesadumbrada que las cosas iban ser más difíciles de lo que había creído. Pero la respiración fatigosa de Pet le dijo que por lo menos había dado en un blanco. En dos, si interpretaba bien el ceño fruncido de Nick. Este dijo, bruscamente:

—Judi viene conmigo —como si Dave hubiera tratado de solicitar también la ayuda de la chica. Este asintió con la cabeza, impertérrito.

—Pet y yo podemos arreglárnoslas. No necesitamos a

nadie más.

Él podría no necesitar a nadie, pensó Judi, pero Pet sí, y estaba destinada a sufrir otro desengaño por lo que pareció que podría ser su último día en Bangkok, cuando Dave preguntó:

—¿Está bien, Nick, que arregle nuestro viaje a Chiang Mai al mismo tiempo? Hoy terminarás con tus fotos del mercado, ¿o necesitas otro día para completarlas?

—Con hoy bastará.

—¿Y qué hay de nuestros cuartos aquí?

—Los conservaremos. Es mejor que andar cargando nuestro equipo por todas partes.

Eso significa que puedo dejar mi anillo de compromiso en la caja de seguridad del hotel, pensó Judi con alivio; mas pronto olvidó la alhaja indeseada al decir Pet:

—No entiendo por qué quieres tomar fotos de Bangkok. La firma debe tener muchas en sus archivos ya.

—Pero ninguna tomada por mí —replicó fríamente Nick.

¡Qué arrogante era! ¡Cuan seguro estaba de sí mismo y de la superioridad de su propio trabajo sobre el de otras personas! Se hizo el silencio en la mesa; ella jugueteaba con su rebanada de pan tostado, contemplando a Pet acabar con su desayuno.

¿Sería que la pena hacía comer demasiado a Pet? El sufrimiento no había afectado así a Judi, aunque sabía lo que era sentirse de ese modo.

Dave ponía toda su atención en notas garabateadas en el reverso de varios sobres.

—Uno de estos días ordenaré este embrollo —refunfuñó.

—Permíteme pasar a máquina tus notas —se apresuró a ofrecer Judi, como si considerara un privilegio hacer esa tarea.

—Lo harás más tarde, si te queda tiempo después de mecanografiar lo mío —terció Nick. En seguida terminó su café y ordenó—: Es hora de que partamos.

Está mostrando quién es el jefe, supuso Judi, a la vez que enviaba a Dave una sonrisa de disculpa que esperaba hiciera el efecto deseado y pusiera a su campaña en buena situación, antes de levantarse de su asiento, con lo que esperaba fuera una convincente muestra de reticencia a seguir a Nick a la puerta.

Su reticencia no logró convencerla ni a ella. Estaba tan deseosa de ver los mercados como cualquier turista, y visitarlos en compañía de alguien tan conocedor como Nick era un regalo adicional, que ni siquiera los clientes del guía de las giras disfrutarían.

Ella había añorado explorar los mercados mientras estuvo en la India, pero cada vez que había sugerido la idea a Robert, éste siempre había tenido un negocio que atender, de modo que al final no había tenido tiempo más que para un poco de paseo, y eso, de prisa.

Desechó el vestido que se había puesto ayer. No quería dar a Nick la oportunidad de mofarse y llamarla nuevamente una turista típica. Guando bajó al vestíbulo con sus pantalones de algodón leonados, zapatos de suela de cuerda y su blusa leonada, muy parecida a la que él llevaba, aunque abotonada más alto cerca del cuello, suscitó una inclinación de cabeza aprobatoria.

—Pareces lista para trabajar —comentó Nick, haciendo sentir a Judi una irracional oleada de placer que debió reflejarse en su expresión, porque él se apresuró a añadir—: ¿Es lo que esperas?

—¿Te refieres a nuestro recorrido por los mercados? Sí, es lo que espero —puso muy en claro su posición de que eran los mercados y no la compañía de Nick lo que ella anhelaba, y los labios de él se curvaron al reconocer la intención de ella.

—Claro que me refiero a los mercados —contestó sarcástico, y la miró ruborizarse antes de agregar—: Deja de pelear y disfrutemos de ellos juntos. No habrá tiempo para hacerles otra visita.

Judi agradeció que Nick hubiera decidido andar en vez de

tomar un taxi. La tregua alivió la tensión entre ellos y el trabajo ofreció una segura neutralidad, aunque lo bastante frágil para ser destruida por otro viaje como el que habían soportado ayer.

Las calles estaban agradables en las primeras horas de la mañana, y limpias por la tormenta de la noche anterior, y el aire todavía estaba relativamente fresco.

Un monje, con túnica de color azafrán, estaba sentado en cuclillas bajo el sol, contrastando peculiarmente su cabeza afeitada con sus rasgos juveniles y su tazón para limosnas delante de él. Judi dijo impulsivamente:

—Espera un momento mientras le doy algo —hurgó en su bolso en busca de su monedero.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz con el mundo y vagamente quería darle las gracias a alguien. El monje le serviría para eso estupendamente.

Encontró una moneda, pero, antes de poderla entregar, Nick estiró una mano y se la quitó de entre los dedos.

—La tomaré yo —dijo él, y la entregó al monje.

—¡Vaya, qué te parece! —explotó Judi—. Si querías darle algo, ¿por qué no lo hiciste con tu dinero? Habría recibido dos limosnas.

—Porque no me diste tiempo —replicó Nick, a la vez que contestaba la reverencia de agradecimiento del monje con una cortesía similar.

—Yo misma quería darle la limosna —reiteró Judi, furiosa.

—Y así lo hiciste. Y sin duda obtuviste mérito por hacerlo —no había burla en la voz de Nick, sino respeto por la filosofía de otros, mientras continuaba—: Las mujeres no deben dar limosna directamente a un monje. Sí hubieras esperado un momento, él habría tendido un lienzo delante de ti para que pusieras tu moneda, y entonces él la habría tomado de allí —él miró el rostro indignado de ella—. Así son las cosas aquí. Agradece que evité que cometieras un error social. Como dijo Pet, esas cosas son difíciles para que una

persona de otra cultura las entienda, pero a la tierra que fueres…

Pet no había dicho "otra cultura". Dijo "un extraño"; la mención de su nombre provocó entre ellos cierta frialdad. Nick vio que la duda e incertidumbre ahuyentaban la indignación, y la consoló.

—No dejes que eso te preocupe —dijo—. La gente es muy tolerante en Tailandia. Si tú misma hubieras dado la limosna al monje, habría aceptado tu bondad y te habría perdonado tu ignorancia. Pero es mejor no ofender, si puedes evitarlo.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Yo te guiaré —prometió Nick con tono casual, y lo hizo tomándola del brazo para llevarla a un autobús acuático que estaba al lado del canal—. Esto nos llevará al mercado flotante —explicó—. Tuvieron que trasladarlo a cierta distancia cuando los canales del centro de la ciudad fueron llenados y desaparecieron.

¡El gozo de Judi por no tener que tomar un taxi se fue al pozo! Pero los asientos de rejilla de madera daban más espacio y la lancha, cubierta con toldo, no era tan reducida como un taxi, llevando además otros pasajeros. Aunque Nick puso un brazo en el respaldo del asiento de ella, no intentó rodear sus hombros en público.

¿Sería ese otro tabú?, se preguntó Judi. Mucho después se enteró de que sí lo era. Por el momento, le complació la separación.

Judi estaba tan absorta que se sorprendió cuando Nick, poniéndose en pie, dijo:

—Hasta aquí llegamos.

Recordando el ardor de sus besos de la noche anterior, se sintió tentada a preguntar si eso se aplicaba también a sus relaciones, pero no se atrevió a hacerlo, dedicándose en cambio a contemplar el abigarrado conjunto de lanchas que servían como puestos de venta flotantes, para refrenar sus ideas desgobernadas.

Había pocos turistas, observó Judi; el calor era aún

demasiado intenso para los gustos occidentales; mas, por el momento, ella pudo desentenderse de eso, fascinada por este novedoso método de hacer compras semanarias. Se pegó al lado de Nick, sin querer perderse ni un instante de esa escena multicolor y muy concurrida; él se detenía ocasionalmente para fotografiar y dictarle a ella un breve pie de foto.

—Fruta durian… d-u-r… ¿Qué pasa? —hizo una pausa al dejar Judi su pluma y tomar su pañuelo para cubrirse con él la boca y la nariz.

—¡Uf! ¡Qué horrible olor!

Una peste fétida subía desde una lancha cargada con una fruta de apariencia espinosa que Nick estaba describiendo. A Judi no le parecían otra cosa que erizos verdes. Tosió y se quejó:

—Ese lanchero debía dejar su negocio. Su fruta se ha podrido.

—No hay nada de eso —la contradijo Nick, y para disgusto de ella se inclinó para pedir al comerciante una de las frutas ofensivas, la que le mostró a ella con la mano extendida.

—¡Devuélvela! —pidió ella echándose atrás—. ¡Huele horrible!

—Puede tener mal olor, pero sabe estupendamente —Nick sacó de su bolsillo una navaja. Abrió una de las hojas que usó para cortar la dura cáscara verde, esquivando con destreza las espinas de aspecto ominoso. Le ofreció un trozo de la fruta—. Pruébala.

Judi se rebeló. Contestó:

—No puedes engañarme para que coma eso, como hiciste con la salsa picante.

—Te he dicho que no hago bromas infantiles. Tú misma ordenaste la salsa.

Ella no había ordenado la forma en que Nick hacía bromas con su corazón. Ahora fundaba su reticencia en el olor. Tercamente, rehusó el pedazo de fruta.

—Te estás perdiendo de algo bueno —dijo Nick—. La

población local la considera exquisita. Es la más cara de toda la fruta que puedes comprar por aquí, lo que debe decirte algo.

Lo que la fruta decía a Judi era horrendo. No se atrevía a imaginarse a qué sabía. El formidable olor atacaba su nariz con la misma fuerza con la que el carisma de Nick atacaba sus sentidos, y atormentada por ambas cosas, preguntó:

—No te creo. Si es tan exquisita, ¿por qué no vi ninguna en el avión o en el hotel?

—A causa del olor, naturalmente. Es equiparable al ajo en cuanto a olor, y tú disfrutaste anoche de un plato aderezado con ajo en el restaurante —encogiéndose de hombros, Nick cortó un pedazo de la fruta para sí, se lo metió en la boca y lo saboreó con deleite—. Mmm, delicioso. También quita la sed —agregó.

Era sádico. Judi descubrió de pronto que tenía la garganta y la boca secas. El calor había aumentado sin que se percatara ella, pero ahora se dejaba sentir con fuerza. Y tema que esperar a que Nick propusiera ir a algún restaurante para refrescarse; pero como él acababa de saciar su sed, la posibilidad de que eso ocurriera se alejaba.

No parecía haber un restaurante en las cercanías. Se volvió a Nick una vez más, para encontrar su mano aún extendida, ofreciéndole todavía el trozo de fruta.

La fruta apestaba, y su orgullo, lo mismo que su nariz, se rehusaba a aceptarlo, pero la mirada divertida de Nick la desafiaba y su garganta pedía a gritos ser humedecida.

—Contén la respiración y cómetela —la incitó él. Él puso la fruta en la mano de ella, sin las espinas, que había cortado para que no la lastimaran.

Sus labios resecos y la sed la impulsaron a hacer lo que él le pedía, así que se puso el pañuelo en la nariz y mordió la fruta.

La suculenta carne cedió al ataque de los pequeños dientes de Judi: era cremosa y húmeda, e increíblemente deliciosa. La incredulidad la hizo abrir mucho los ojos. Nick comentó:

—Ahora sabes por qué a los nativos les gusta tanto. Toma más.

Era néctar en su boca reseca. Judi se tragó su orgullo y aceptó un segundo trozo, y su lengua y su garganta pudieron regresar a sus deberes, refrescadas lo suficiente para amenazar:

—Si dices "te lo dije", te arrojo al canal.

—Inténtalo —sugirió suavemente Nick; sus miradas se cruzaron como espadas desenvainadas. Judi sabía que si ella atacaba primero. Nick no tendría empacho en contraatacar, y su espada sería mucho más afilada que la de ella. Se apresuró a ceder terreno y murmuró:

—En otra ocasión —tras lo cual buscó en su bolso un cojincillo para limpiarse, y se dedicó diligentemente a quitarse de las manos y la cara los rastros del jugo de la fruta.

Cuando Judi recobró suficiente ánimo para mirar a Nick, éste le dijo:

—Si ya terminaste de lamerte como los gatos, iremos al mercado de la calle. No está lejos, y podremos almorzar allí en un restaurante chino que conozco. Ya tengo todas las fotos que necesito de aquí.

—Ya terminé —contestó Judi, quien respiró más libremente cuando volvieron a las calles dejando a su zaga el canal. Nick caminaba en silencio, lo que hizo que Judi hiciera un comentario trivial para romper el mutismo:

—Luego de verte tomar todas esas fotos, debo tener un folleto de la empresa como recuerdo —dijo la joven, provocando una mirada de soslayo de Nick.

—El trabajo que estamos haciendo ahora es para los folletos del año próximo. No saldrán a la circulación sino hasta la primavera.

Judi se sintió deprimida de pronto. ¿En dónde estarían todos para entonces? ¿Qué estarían haciendo? ¿Y con quién? Nick interrumpió sus conjeturas de esta manera:

—En lo tocante a recuerdos —dijo—, un folleto parece un artículo modesto. ¿No hay otra cosa que quisieras llevar a tu

casa?

"A ti", fue la respuesta que se quedó en la punta de la lengua de la muchacha, quien con esfuerzo dominó el travieso impulso, asustada, mientras se preguntaba qué podía haber provocado esa reacción.

Los objetos que había en un puesto cercano le sugirieron la respuesta. Contestó:

—Me gustaría llevarme una de esas muñecas vestidas como danzarinas clásicas, como las que vimos ayer.

El mercado callejero se extendía en derredor de ellos, más calmado que el mercado flotante, ya que allí cada uno de los comerciantes contaba con su propia posición y anunciaba sus mercancías a gritos.

El resultado era ensordecedor, pero efectivo. Judi se dirigió a un puesto donde vendían muñecas. Ella no deseaba en particular una muñeca, pero ésta servía para distraerla de pensamiento ingratos. Además, podría regalársela a la sobrinita de Louise.

—Esas muñecas son corrientes. Si quieres una que conserve su valor, compra una muñeca Piya. Las hacen artesanos, y, naturalmente, son más costosas.

Judi lo miró sorprendida. ¿Tendría Nick la misma forma de ver las cosas que Robert, quien siempre pensaba en el dinero? Ella creía que Nick era una persona a la que no le importaba el valor monetario de nada, excepto, quizá, su equipo de trabajo, pero su instinto podía estar equivocado.

—Quiero una de estas —replicó ella tercamente, y entregó algunas monedas a cambio de la muñeca, agregando con tono explicativo—: Tiene una cara amistosa.

—Te han estafado —la criticó Nick.

El comentario quedó justificado con una revisión más detenida del juguete, pero Judi defendió su acción con mayor entereza.

—Si tiene valor estimativo para mí, he pagado el precio correcto, no importa lo que tú pienses. No todos consideramos las cosas desde el punto de vista del dinero.

—Tienes mucha razón —convino Nick, dejando a Judi sin saber si lo había juzgado mal o no; pero él no le dejó tiempo para cavilar al respecto—. ¿Necesitas tanto una cara amistosa, que tienes que comprar una muñeca para tenerla? —preguntó.

Ella enderezó la cabeza, pero, cosa curiosa, no notó intención burlona en la expresión de él, sino una sincera curiosidad que la hizo levantar sus defensas contra él y contestar aliadamente:

—Tengo montones de amigas en mi casa. Quiero la muñeca para la sobrina de una de ellas.

—Asegúrate de que no es peligrosa antes de darla a una niña —advirtió Nick—. A veces hay alfileres sueltos y otras cosas en esas baratijas para turistas, que no están asegurados como debe ser.

¡Qué curiosa mezcla de hombre era! Un momento parecía ser duro como el hierro, y al siguiente instante mostraba una inesperada conmiseración que desbarataba sus defensas y la dejaba expuesta a…

Judi puso alto bruscamente a sus pensamientos. Nick llenó el vacío con la pregunta, engañosamente amable:

—¿Para ti, dónde está el hogar?

Sorprendida con la guardia baja, Judi contestó:

—En Londres, o cuando menos, vivimos en las afueras de Londres, en los límites de Surrey.

—País de corredores de bolsa —farfulló Nick. Judi apretó los labios y se sintió extrañamente reacia a contestar, cuando él insistió—: ¿Quiénes son esas personas?

—Mis padres y yo. ¿Pensaste que hablaba de un pretendiente?

La pregunta de él era un insulto. Ella resentía que él creyera tener derecho a averiguar sus antecedentes. Eso no tenía nada que ver con él. No había la menor razón para que ella le dijera lo que él quería saber. Había toda clase de razones por las que ella de pronto no quisiera hacerlo, aunque si la urgieran para que se explicara, no podría haber nombrado una de ellas.

Frenó nuevas preguntas de él, haciéndole la que él le había hecho a ella.

—¿Y para ti, dónde está el hogar?

Él contestó de inmediato.

—Shropshire. Ahí está la casa de la familia. Mi tía y mi tío viven en ella ahora; es una extensa construcción irregular. Yo uso un ala de ella. De ese modo podemos llevar vidas completamente separadas sin estorbarnos.

Eso sonaba como si se tratara de una granja, o tal vez un vicariato, pensó Judi vagamente, y formuló otra pregunta.

—De seguro pasas mucho tiempo fuera de tu casa. Dave dice que eres una autoridad en el Lejano Oriente. Y estabas en Londres cuando chocamos.

—Cuando chocaste contra mí, querrás decir.

Él no cedía un milímetro. Interceptó la mirada airada de ella con frialdad que reafirmaba su falta de culpa e incitaba la belicosidad de Judi, y antes de que ella pudiera pensar en una respuesta, agregó:

—Conservo un departamento en Londres, cerca de Marble Arch. Hago mucho trabajo a comisión, lo mismo que escribo y doy conferencias. El departamento me sirve de oficina y sitio de trabajo, y me ahorra la molestia de reservar cuartos de hotel cuando voy a la ciudad.

Tener un departamento cerca de Marble Arch reflejaba la preferencia de automóvil de Nick, pensó Judi. Ambos eran enormemente costosos.

—¿Te gustaría vivir siempre en el Oriente? —preguntó Judi.

—No, me gusta aquí, pero mis raíces están en Shropshire, y no viviría en otra parte permanentemente. Mi departamento es un sitio conveniente. No es mi hogar.

Ese era otro aspecto de Nick desconocido para ella. Tenía un profundo amor al hogar que lo hacía regresar a sus raíces. Cuando ella regresara a las suyas, reflexionó Judi, también necesitaría un retiro en el cual refugiarse de la tormenta que, sin duda, se desencadenaría sobre su cabeza cuando

devolviera a Robert su anillo. Dejó para después el problema, diciendo:

—Louise, mi amiga que tiene una escuela de lenguas, está de vacaciones en Shropshire, con su esposo. Me pidió que fuera con ella.

—¿Quisieras haberlo hecho?

Habría sido agradable que él hubiera dicho: "Me alegra que no lo hayas hecho", omisión que produjo disgusto a Judi. Si hubiera ido con Louise no lo habría conocido, y no sabía ella si se alegraba o si se lamentaba de cómo se habían desarrollado las cosas.

—Tuve que acompañar aquí a los niños —contestó.

—¿Conoces el lugar donde vivo?

—No. Nunca he estado allí, aunque a menudo pensé que me gustaría visitarlo algún día.

—Ese día vendrá cuando partamos de aquí.

Judi enderezó la cabeza, azorada.

—No iré contigo a Shropshire —puntualizó.

La mirada de él se volvió de acero, de pronto.

—Conviniste en terminar este trabajo.

—Lo sé. Pero supuse que terminaría cuando partieras de Tailandia. Dijiste que serían dos o tres semanas aquí. No mencionaste nada de que el trabajo continuara en Inglaterra.

—Todo el tiempo que pasamos en este país se emplea en la recolección del material del folleto. La labor pesada, de juntar las fotos con sus pies, tiene que hacerse en algún sitio menos costoso. La agencia de viajes no paga sumas astronómicas de hotel durante más tiempo del absolutamente necesario.

Le temblaron las rodillas a Judi. La posibilidad de continuar con Nick más tiempo no se le había ocurrido. Era algo perturbador, emocionante. Su pulso se aceleró, y trató de controlarlo diciendo:

—Cuando regrese a casa me necesitarán en la escuela de lenguas.

No era cierto. La escuela estaría cerrada varias semanas, pero su espíritu independiente se rebeló ante la arrogante suposición de Nick, de que tenía derecho de dictar sus movimientos durante un período indefinido de tiempo.

—Las escuelas no abren sino hasta el término del otoño. Esto te da unas semanas, tiempo suficiente para terminar lo que comenzaste.

Las erráticas palpitaciones de Judi hicieron que insistiera tercamente:

—Tengo planeadas otras cosas.

—¿Has pensado ir de vacaciones?

Judi sabía que él podía leer la respuesta en la cara de ella. No sabía mentir fácilmente, y se le notaba cuando lo hacía. La brusca insistencia de Nick:

—¿Y bien —la obligó a contestar:

—No —con reticencia.

Si esa era la actitud llena de confianza de toda una mujer, no parecía estar dando resultado. Debió ser más firme, decirle que consiguiera a otra persona cuando regresara a Inglaterra. Decidió decírselo.

—Puedes conseguir fácilmente otra secretaria.

—Otra persona no sabrá qué pie corresponde a su fotografía. Tú apareces en la mayoría de las fotos, así que no me necesitaras para explicarte cuál corresponde. Te necesito para que hagas sola el trabajo, si es necesario, mientras yo me ocupo de otras cosas.

Él no explicó qué eran esas otras cosas. Judi estaba demasiado indignada para preguntárselo. Replicó con desdén:

—No necesitas llevarme hasta Shropshire para eso. ¿Qué me dices de tu departamento de Londres? Yo podría viajar todos los días a la ciudad, como lo hago para ir a la escuela.

—El departamento está siendo redecorado.

Él tenía una respuesta para todo, y recurría al trabajo para impedir que Judi buscara más excusas. Parecía querer una fotografía de casi todos los puestos que habían visitado, y

dictaba, con gran rapidez, casi el doble de información que había usado en otros pies de grabado. De seguir así le tomaría más de unas cuantas semanas relacionar toda la información que estaba reuniendo ahora, cuando regresaran a Inglaterra.

El calor aumentaba, haciendo que las manos de Judi se pusieran pegajosas por el sudor. A pesar de las manchas de humedad que obscurecían la camisa de él, no mostraba señales de incomodidad, y el contraste entre el fastidio de ella y la calma de Nick hacía que Judi lanzara golpes más duros a las moscas que revoloteaban frente a su cara.

—Quisiera tener uno de esos rayos mágicos para acabar con estos horribles insectos.

—Mejor prueba esto.

Él aspecto tranquilo de él era una burla para la incomodidad de ella. Nick fue a un puesto cercano para comprar un objeto que abrió y entregó a Judi, con el comentario:

—Este abanico es mucho más femenino que una pistola de rayos.

Él abanico era bastante grande y brillante, pintado con vistosas mariposas. Judi lo agitaba agradecida frente a su cara; el aire fresco que acariciaba sus calientes mejillas estaba impregnado con el aroma a sándalo de la madera usada para las delicadas varillas del abanico. Le proporcionó alivio instantáneo e hizo que las moscas se fueran a buscar otras víctimas. Exhaló agradecida:

—Dios te bendiga por esto. Ya puedes continuar.

—¿Continuar trabajando, o es una invitación a jugar?

La sonrisa de él la provocaba. Durante un fugaz momento Judi se preguntó qué haría él si ella dijera "jugar", y pensó asustada, ¿qué me ha pasado? Debe ser consecuencia del sol.

Se abanicó frenéticamente para refrescar sus rojas mejillas, pero el suave sarcasmo de Nick llegó detrás del abanico y a través de la piel de ella, para tocar nervios ya demasiado conscientes de él.

—No te puedes esconder de mí detrás del abanico, Judi.

—¿Quién dice que eso trato de hacer? Pensé que ibas en esta dirección —Judiase volvió a otro lado, fingiendo mirar un callejón entre los puestos del mercado—. Todavía no recorremos este lado del mercado.

—Yo ya lo hice. Y no vamos por ese lado del mercado. Huele.

—Puedo hacer frente a la fruta durian; ahora sé lo que es.

—Esa es el área de la carne, no de la fruta, y los olores son mucho más fuertes. Provienen del pescado seco y partes inmencionables del cerdo. Además, hay millones de moscas. Mejor vente por acá.

La ruta tomada por Nick los llevó a flores exóticas, que muchachas con rostros que igualaban a su mercancía, tejían en guirnaldas.

Judi gimió de placer y se estremeció cuando Nick dijo:

—Algunas de estas guirnaldas se destinan a los santuarios, pero no todas —no dijo para qué eran, pero Judi ya no pudo preguntar, cuando él compró una y la dejó caer alrededor de sus hombros—. Ese es otro recuerdo —le dijo con tono grave —. Ayudará a borrar el de los olores.

—Todo me encanta, incluso los olores —declaró Judi firmemente. Sabía que decía la verdad. Todo era parte del cuadro mágico. Pero, ¿quién era la pintura? ¿El mercado, o Nick?

Judi se rehusó a contestar su propia pregunta. En cambio, dijo:

—Nunca he estado en un mercado oriental, antes.

—¿Ni siquiera cuando estuviste en la India? —su sorpresa era evidente.

Judi movió negativamente la cabeza. No había visitado los mercados con Robert, y la conducta de su pulso ponía en duda la prudencia de visitarlos ahora con Nick.

El perfume de la guirnalda llegaba a su nariz. Se mezclaba con el marcado aroma de la madera de sándalo de su abanico.

El intenso olor de la fruta cítrica competía con el de las especias secas, todo lo cual creaba una mezcla intoxicante que

mareaba a Judi.

Judi se tambaleó levemente. Un vendedor de piezas de pollo secas, ensartadas en ramas de bambú, le dio a ella la idea de atribuir su debilidad a la falta de alimento. Como si le leyera el pensamiento, Nick miró su reloj.

—Ya es hora de comer, pero no ese pollo. ¿Te gusta la comida china?

—Tengo tanta hambre que estoy dispuesta a probar cualquier cosa.

—¿Aun comer con palillos?

Nick los manejaba con destreza de experto, mas para Judi era una nueva experiencia. Sus esfuerzos de aficionada para atrapar piezas de la fritura, dejaban más alimento en el plato que en su boca.

El problema se resolvió cuando el sonriente propietario del restaurante ofreció a Judi un tenedor y un cuchillo.

¿El contacto más prolongado con Nick aumentaría el apetito que ella sentía por la compañía de él, después de que regresaran a Inglaterra?, se preguntó con inquietud, y fingió tener por su comida un interés que ya no sentía, para eludir la pregunta.

El propietario saludó a Nick como a un viejo amigo, sentándolos junto a la ventana, a la que describió como "su mesa de costumbre, profesor", de modo que pudieran ver la escena callejera mientras comían.

Conversaron sobre temas banales mientras comían. Judi comentó:

—Tendremos que hacer un folleto muy voluminoso para que quepa en él todo lo que hemos reunido. Debo de haber tomado docenas de datos esta mañana.

—No todo es para el folleto —contestó, displicente, Nick —. También estoy escribiendo un libro sobre este país. Mucho del material que estamos recabando se dedicará a él.

La palabra "estamos" hizo experimentar a Judi una sensación agradable. Un libro era más personal y más duradero que un folleto turístico; formar parte de él la hizo sentirse bien.

—La fotografía de Dave y Pet —agregó—, vadeando el torrente, por ejemplo, formará parte del libro y no del folleto, por razones obvias.

Una conmoción en la calle se centró ante un puesto cercano. Nick supuso atinadamente que se trataba de un ladrón. Segundos después, de entre la turba escandalosa surgió un joven que huía, lo que confirmó la suposición de Nick.

Algunas personas lo persiguieron, pero el calor disipó pronto su ira, y la gente reanudó sus actividades como si nada hubiera ocurrido.

—Es lo mismo en todas partes, aun aquí —dijo Judi, ensombreciéndosele el semblante.

—La naturaleza humana es la misma en todo el mundo —dijo Nick.

—La naturaleza humana no debía tratar tan mal a otras personas. Esto convierte a la civilización en una mentira.

Una amargura que no pudo controlar empañó la voz de Judi. Los ojos de Nick se entrecerraron, atentos al rostro de ella.

—Tú aceptas las debilidades humanas. De no ser así, ¿por qué no usas alhajas cuando viajas, excepto un reloj de pulsera barato?

Por esa misma razón, pero la mirada de Nick no descansaba en el cuello de ella, advirtió Judi con sorpresa, pues debía estar adornado con un collar, ni en su muñeca, que no llevaba brazalete, sino en el dedo anular de su mano izquierda, que no llevaba ningún anillo.

Lo que era en sí una mentira viviente, ya que no estaría moralmente libre sino hasta que hubiera devuelto a Robert su anillo.

Capítulo 5

La guirnalda de Judi empezaba a marchitarse cuando regresaron al hotel. Ella la miró con tristeza. Tal vez si la ponía en agua, pensó, se recuperaría.

Ella quería conservar la guirnalda para siempre, junto con la muñeca y los palillos, pero Nick movió negativamente la cabeza.

—Pierdes tu tiempo —sentenció—. En el trópico las flores duran sólo un día.

Hoy aquí, nada mañana. ¿Así era como Nick consideraba el amor? Ese pensamiento cruzó por su mente y la sumió en la depresión, mientras iba a su cuarto para refrescarse antes de empezar a mecanografiar las notas tomadas por la mañana.

Pet llegó antes de que Judi entrara en su cuarto. La mujer de mayor edad miró el puñado de recuerdos y comentó sarcásticamente:

—Basura de turistas.

Con la mirada abarcó a Judi en su descripción, quien se enfureció interiormente mientras Pet continuaba antes de que ella pudiera replicar:

—Se supone que esas guirnaldas deben ser regaladas por alguien. No las compra una para sí.

—No las compré —espetó Judi, y dejando a Pet de pie con la boca abierta en el corredor, cruzó la puerta de su cuarto, cerrándola de golpe. Pensó que había que dejarla imaginar lo que quisiera sobre eso, a la vez que se preguntaba qué significado tendría la guirnalda que Nick le había puesto alrededor del cuello.

La pregunta la inquietó mientras mecanografiaba las notas, y siguió siendo un misterio cuando Nick fue a recoger el trabajo más tarde, regresando de inmediato a su cuarto para continuar con su propio trabajo. Se presentó brevemente a la hora de la cena, pero volvió a su cuarto en seguida para

seleccionar el equipo que necesitaba llevar consigo en su próximo viaje a Chiang Mai. Judi aprovechó la oportunidad para conversar con Dave, lo que evidentemente contrarió a Pet. La mujer estaba acostumbrada a ser "uno de los chicos" del equipo, y no le agradaba que la desbancaran, supuso Judi, redoblando sus esfuerzos en ese sentido. Sólo cuando Dave mostró indicios de incomodidad, desistió.

—Iré a hacer el equipaje —dijo la muchacha, y con una sonrisa provocativa a Dave y una leve inclinación de cabeza para Pet, les dio las buenas noches y pensó satisfecha, mientras se encaminaba a su cuarto, que ese había sido un buen comienzo. Mañana haría otro intento.

Su conducta puso a Pet en un aprieto cuando se reunieron frente al minibús estacionado ante el hotel, la mañana siguiente. Cada uno llevaba una maleta pequeña, con los artículos básicos necesarios para pasar unos días fuera del hotel. Nick llevaba más equipaje a causa de su equipo fotográfico. Les pidió con firmeza:

—Pongan atrás sus pertenencias y entren al vehículo. Yo conduciré al principio. Y pueden estirarse a gusto, porque hay bastante espacio.

Judi observó con interés para ver si su estrategia había producido resultados y la mujer mayor de edad querría sentarse junto a David, con la intención de reclamarlo para sí también. ¿O trataría de ocupar el asiento al lado de Nick?

Tras breve vacilación Pet se desplomó en el asiento situado junto a Nick. ¡Si Pet supiera que me está haciendo el juego!, pensó Judi complacida. La mirada aguda de Nick notó que la joven llevaba el abanico que él le había dado el día anterior, y comentó:

—El aire es más fresco en las montañas. Te sentirás más a gusto en Chiang Mai.

Ella nunca se sentiría cómoda estando al alcance de Nick, La reacción de Judi al despertar aquella mañana y ver los recuerdos de su recorrido por los mercados, le advirtió que cuanto más alejada estuviera de Nick, mejor.

Desde el momento en que abrió los ojos, instintivamente palpó en su derredor, buscando los palillos, con la ansiedad con que un niño busca para ver si aún están allí sus regalos de cumpleaños. Sólo que los sentimientos de ella no eran los de un niño e, intranquila, arrojó los palillos al fondo de su maleta y escapó a la ducha, donde encontró marchitas las flores de la guirnalda, como Nick le había dicho.

Con manos temblorosas tomó la guirnalda, lamentando el hecho de que no pudiera hablar y decirle con qué fin había sido elaborada y comprada. La extraña conducta de su pulso le dijo que sería mejor que permaneciera en la ignorancia. Notó que un capullo no se había secado del todo, así que lo arrancó lo guardó con los palillos, mientras depositaba el resto de las flores en el cesto de los desperdicios, a sabiendas de que antes de que regresara se llevarían la basura.

Ignorando los muchos asientos vacíos del minibús, Judi se acomodó junto a Dave, fingiendo no advertir su mirada de sorpresa.

—Es mejor no sentarse muy separada —dijo sonriendo, alentada por la mirada de disgusto de Pet.

El paisaje empezó a cambiar conforme se alejaban de la ciudad. El camino subía gradualmente por las estribaciones de las montañas distantes, dejando atrás la pegajosa humedad de las llanuras.

Todavía hacía calor, pero, como Nick le había prometido, el aire se hacía más fresco a medida que subían por las colinas. Judi respiró profundamente, solazándose con la frescura, y retornó con renovado vigor a su campaña.

El panorama le dio una excusa perfecta para hacer preguntas a Dave, quien las contestaba pacientemente, aunque por desdicha no poseía los vastos conocimientos de Nick, ni su sensible habilidad para extraer de ellos los aspectos de interés humano, que hacían de sus excursiones fotográficas una experiencia tan inolvidable.

Nick no hacía intento de participar en la conversación. Concentraba su atención en el maltrecho camino a medida

que se adentraban en el campo. Pet le dirigió la palabra una o dos veces, pero obtuvo sólo respuestas monosilábicas que eventualmente la hicieron caer en malhumorado silencio, lo que le dio mucho tiempo para reflexionar en su error de haber permitido que Judi se sentara junto a Dave y monopolizara su atención.

Después de una escala para descansar y almorzar, Dave se hizo cargo del volante. La languidez de Judi se desvaneció temporalmente, ante la expectación que le suscitó la espera para ver qué asiento escogía Nick en la parte de atrás del minibús.

¿Iría a sentarse junto a ella, en el lugar que había ocupado Dave? Presentía la tensión que rezumaba Pet, haciéndole saber que la mujer de más edad sentía la misma expectación que ella. Judi sintió también el triunfo silencioso de Pet cuando Nick, calmadamente, ocupó el asiento directamente opuesto al de ella y se tendió sobre él, de modo que era imposible que nadie más intentara compartirlo con él.

¿Sería acaso un desaire deliberado, para asegurarse de que ella no cruzaría el pasillo para sentarse junto a él? El despecho y desengaño hicieron presa de Judi, quien se despreció por albergar tales sentimientos. No quería sentarse junto a Nick. Pero no teniendo ya el volumen de Dave como parachoques, su asiento le resultaba demasiado grande para su pequeño cuerpo, y cuando el minibús reemprendió la marcha se encontró rebotando como un chícharo en su vaina.

Desesperada, Judi imitó a Nick y se acurrucó contra el rincón del asiento, con la espalda hacia la ventanilla, maniobra que la puso de frente a Nick a través del pasillo.

Con curiosa emoción se percató de que Nick ya estaba dormido, con la habilidad del viajero experimentado que duerme la siesta para conservar su energía para lo que pueda necesitarla más adelante.

Dave tenía fija la mirada en el camino y Pet estaba demasiado ocupada cuidándose de los saltos causados por los baches. Judi, a salvo de observación de los demás, podía

estudiar a gusto a Nick.

Dormido, su rostro parecía curiosamente vulnerable. Su respiración cobró una peculiar cualidad contagiosa, mientras los ojos de ella descansaban en las facciones relajadas de él. Se advertía aún su fuerza, pero el sueño borraba su severidad y le quitaba diez años de edad; y las arrugas de la risa alrededor de sus ojos y sus labios, que indicaban que reía mucho cuando estaba con sus amigos, eran más evidentes ahora que no estaba consciente para controlarlas.

No obstante que puso la bolsa de su equipo debajo de su cabeza, como almohada, el movimiento del vehículo la hacía oscilar. Judi sintió un gran deseo de poner un brazo en derredor de la cabeza de Nick para que no se zarandeara, de apoyarla contra su hombro para poder acariciar los ondulados cabellos leonados que caían en mechones sobre su frente.

Relajado por el sueño, su mandíbula se había entreabierto un poco, al igual que sus labios, y sus dientes relucían al impacto de un rayo de sol que entraba por la ventanilla del autobús. La hendidura del mentón no era tan evidente desde donde estaba sentada Judi. Exhaló un gemido cuando, al levantar los ojos, vio que los de él la estaban observando.

—¿Cuál es el veredicto? —masculló.

Judi se puso rígida. Sintió que sus mejillas enrojecían y luego se ponían blancas. De prisa, giró las piernas en el asiento y quedó dando la cara al frente del autobús, de modo que presentaba un perfil menos revelador a la mirada de Nick.

—Yo… este… —musitó.

Un bache la salvó. En ese momento las ruedas del minibús cayeron en un gran hoyo, y la resultante sacudida hizo castañetear los dientes a Judi. Afortunadamente, su lengua no estaba entre ellos, de lo contrario habría quedado incapacitada para contestarle, pero le dio un segundo de gracia para recuperarse y le pudo dar la respuesta perfecta:

—Culpable. Estos baches son el colmo. Son capaces de romperle a una todos los huesos del cuerpo.

Se sintió orgullosa de la forma en que había esquivado la

pregunta de Nick, pero notó el brillo en los ojos de él, lo que e hizo saber que el ajuste de cuentas no había quedado cancelado, sino sólo pospuesto.

Poco después llegaron a Chiang Mai; Dave se detuvo en un hotel que parecía el equivalente de su alojamiento en Bangkok. Aliviada, Judi tomó su maleta.

Nick le indicó que no hiciera eso.

—Este es el hotel para turistas. No nos vamos a quedar aquí, sólo vamos a cenar. Nuestros alojamientos son más básicos en este viaje, y están más arriba en las colinas. De esa forma no tendremos que perder tiempo regresando aquí cada noche.

Cuando reanudaron el viaje, Judi se preguntó con desasosiego qué había querido decir Nick cuando describió su alojamiento como básico.

El camino se convirtió en poco más que un sendero selvático. Espesa selva se levantaba a ambos lados de ellos, y si Judi no hubiera estado tan cansada del viaje, habría disfrutado del canto de las abundantes aves que veía volar entre los árboles.

Todo lo que su cansado cuerpo anhelaba por el momento era una larga zambullida en un baño caliente, para aliviar sus músculos adoloridos, y la comodidad de una cama blanda después. Las chozas de bambú dispuestas en círculo, en un amplio claro de la selva, no parecían ofrecer nada de eso, y un horrible presentimiento se apoderó de Judi al detener Dave el minibús frente a una de ellas. Este se dirigió a Nick para decirle:

—Alquilé un *bungalow* grande para todos nosotros. De esa forma podrás trabajar en la estancia, y los dormitorios son lo bastante grandes para compartirlos sin que nos molestemos demasiado uno a otro.

Ella y Pet se molestarían mutuamente en una sala de exhibición vacía, estimó Judi, y experimentó el maligno deseo de sugerir que se acomodaran revueltos, y se preguntó cómo quedarían las cosas en tal caso. Nick interrumpió esos

pensamientos rebeldes, diciendo.

—Siéntanse en casa. Ustedes, muchachas, escojan el cuarto que quieran, y Dave y yo acamparemos en el otro.

Acampar no era la palabra justa, descubrió Judi con alivio cuando siguió a Pet al dormitorio más cercano. La mujer mayor arrojó su maleta en la cama más próxima a la ventana y espetó a Judi:

—Tomaré esta cama —le dirigió a la joven una mirada de reto. Fue el segundo error del día de Pet. La otra cama estaba lejos de la luz, pero se hallaba más cerca del cubículo de la ducha, lo que aprovechó Judi de inmediato.

Salió poco después, sintiéndose completamente refrescada, para hallar a Pet tendida en su cama, evidenciando el cansancio en cada línea de su cuerpo. Al instante, Judi sintió compasión por ella. Podía serle antipática Pet, pero su corazón, naturalmente compasivo, no podía evitar experimentar conmiseración por el trance de la mujer de más edad.

Cuando Pet tuvo veinte años, recorrer el mundo arreglando giras exóticas para otras personas debió parecerle un empleo encantador, pero ahora que andaba por los finales de sus treinta, con menos energías y tras haber hecho lo mismo interminablemente año tras año durante un par de décadas, el trabajo debió haber perdido al atractivo de antaño, y a juzgar por el aspecto de Pet estaba encontrando el oropel claramente manchado.

Judi procuró dar un tono conciliatorio a su voz para preguntar:

—¿Estas muy cansada? Ha sido un día largo. El agua está magnífica y reconfortante, si te quieres dar una ducha.

—Nunca me canso cuando viajo —espetó Pet, y agregó furiosa—: Pero ya estoy cansada de escucharte tratar de agradar a Dave. ¿Acaso estás loca? Es lo bastante mayor para ser tu padre.

—¿Crees que eso importa? —inquirió Judi con aire de inocencia, a al vez que miraba con curiosidad por la ventanas.

La oscuridad tropical que llega con rapidez había caído mientras se bañaba, pero las luces de la cabaña eran suficientes para hacer visible claramente al objeto de su conversación, mientras colocaba el minibús en un sitio de estacionamiento conveniente.

—Tú no pareces pensar que la edad importa con Nick —dijo Judi con indiferencia.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—No seas tímida. Nick te gusta, ¿no?

¿Cómo contestaría la misma pregunta si hubiera sido dirigida a ella? Judi dudó y eludió la respuesta. Se apresuró a agregar:

—Creo que Dave es atractivo. De hecho, lo es bastante.

Si pudiera obligar a Pet a confrontar su propia ilusión por Nick podría hacerla recapacitar, pensó Judi, y se preguntó si sus propios motivos eran del todo altruistas.

Se consoló con la idea de que si podía ayudar a Dave a realizar los anhelos de su corazón, podría también resolver el problema de Pet. Pet no podría andar para siempre recorriendo el mundo; una bonita casita en algún lugar de Inglaterra, con Dave como acompañante, le daría la solución ideal.

Y sintiéndose como una casamentera universal, insistió:

—Voy con Dave ahora, mientras te bañas —y escapó del cuarto antes de que Pet pudiera contestarle.

Judi se topó con Dave cuando éste subía por los peldaños del pequeño pórtico de la cabaña. Él también se veía cansado, como si quisiera darse un baño y descansar, pero el pórtico estaba a la vista de las ventanas del dormitorio, lo que era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

Le brindó una esplendorosa sonrisa, e inclinándose sobre el barandal del pórtico señaló vagamente en dirección a las otras cabañas, y preguntó inquisitivamente:

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué?

Sin poder ver lo que ella señalaba, por fuerza Dave tuvo que situarse al lado de ella…

—Creí ver moverse algo, en las sombras de la cabaña de allá.

—Tal vez fue un pequeño animal que buscaba desperdicios. El bosque cobra vida de noche.

—Muy conveniente —murmuró Judi provocativamente, y giró sobre sus talones para mirarlo de frente—. El embrujo del Oriente —musitó—. ¿Acaso no puedes sentirlo, Dave?

Lo que Dave sentía era obvio embarazo. Judi tuvo que resistir la urgencia de reír, a la vez que deslizaba sus brazos lentamente sobre el arrugado frente de su camisa, y se ponía de puntillas para cerrarlos alrededor del cuello de él.

Judi confiaba en que Pet los estuviera observando tras las cortinas de bambú de la alcoba. Dave tomó con sus manos los brazos de Judi, refunfuñando:

—Judi, no hagas esto. Soy casi lo bastante mayor para ser tu padre —hizo un inefectivo esfuerzo para convertir su embarazo en broma—. Mi signo zodiacal no es bueno para ti. Nos pelearíamos.

—¿Y qué me dices del signo de Pet?

—Somos compatibles. Pero, ¿por qué este repentino interés en la astrología? Creí que no confiabas en ella.

—Así es. Pero si quieres llegar a algún lado con Pet, más vale que empieces a tratar de convencerla de que funciona.

—Deja a Pet fuera de esto —dijo Dave cortante.

—Lo haría con gusto, pero no puedo, si mi suposición es correcta. Estás enamorado de ella, ¿no?

¡Pobre hombre! pensó Judi. No le gusta esto nada. Bajo el exterior duro, Dave era realmente tímido.

—¿Y qué?

—¿No comprendes? —contestó Judi dándole una leve sacudida—. Estoy tratando de dar celos a Pet. Me parece que nos está observando desde la ventana de la alcoba, y si me ve haciendo progresos contigo, querrá competir.

—¡Qué lista!

—Es sólo la naturaleza humana.

Eso no la afectaba a ella, se contradijo Judi en silencio. Después de Robert, consideró que no valía la pena competir por ningún hombre. Se olvidó de Robert para volver a problemas más inmediatos.

—Anda, convéncela. Yo te ayudaré a poner los cimientos; pero a ti te corresponde hacer la construcción.

—¿Estás segura de que es a Pet a quien tratas de poner celosa? —preguntó Dave frunciendo el ceño.

—¿A quién más?

—A Nick —sugirió Dave.

—¿Nick? Debes estar bromeando —la risa estalló en los labios de Judi, risa que le sonó curiosamente aguda—. No importa lo que digas de nuestros signos zodiacales. Nick no es mi tipo. No me gustan los leones y definitivamente no quiero ser devorada por éste. En lo tocante a Nick, puedes olvidarte de él.

—Entonces, está bien.

—Te debo algo por conseguirme este trabajo —no había necesidad de dar demasiadas explicaciones y confesar a Dave que también lo estaba usando como antídoto para Nick.

—Te quiero por eso —con risa sorda, la tomó en brazos y la besó apasionadamente—. Listo. ¿Crees que eso parezca suficientemente real desde la ventana?

—Procura besar mejor a Pet —repuso Judi apartándose, con las mejillas sonrosadas—. Podría dar buen resultado.

—En caso de no ser así, no será por falta de esfuerzo.

—No digas a nadie que esto es sólo fingido, entre tú y yo —le advirtió Judi—, o todo mi trabajo se habrá desperdiciado.

—Guardaré el secreto con mi vida, aun de Nick —prometió Dave, agregando—: Espero que no hayas encontrado el trabajo demasiado pesado.

—Me ha encantado cada minuto de él —le aseguró Judi solemnemente y, estirándose de nuevo, plantó un beso en la

punta de la barbilla de él—. Ahora, adelante y buena suerte, y si Pet necesita otro empujón en la dirección adecuada, no olvides que estoy dispuesta… y deseosa —agregó con malicia.

—Lástima que no estés tan deseosa de hacer el trabajo por el que te estoy pagando —rezongó la voz de Nick desde atrás de ella. Desconcertada, Judi se volvió para encarar el furioso brillo de dos ojos leonados.

No lo había oído acercarse. Sus pisadas de gato lo habían puesto a distancia desde la que podía tocarla sin que ella lo notara, y Judi pensó, desesperada, cuánto habría visto y oído.

—En caso de que no te hayas dado cuenta —espetó Nick —, la máquina de escribir está en la mesa de la cabaña, ya conectada, y quiero que el montón de papeles que puse junto a ella esté mecanografiado antes de mañana por la mañana.

Dave protestó:

—Sin duda ya es tarde para empezar a trabajar esta noche, ¿no, Nick? Estuvimos viajando todo el día y Judi debe estar tan cansada como el resto de nosotros.

—Le advertí que no sería fácil, cuando tomó el empleo. Entonces ella dijo que no se desmoronaría.

—Y no me desmoronaré —espetó Judi, antes de que Dave pudiera salir en su defensa otra vez.

Nick no le había advertido que él podía ser cruel y sádico, y un macho fanático.

—Terminaré hasta la última palabra, antes de irme a la cama —dijo ella con voz entrecortada, mordiéndose la lengua para no agregar "aunque me muera".

—¡Bravo! —aplaudió Nick burlonamente—. De esa forma no querrás otra cosa que dormir en cuanto pongas la cabeza en la almohada.

Judi abrió muchos los ojos al encontrarse con la pila de papeles escritos a mano, arrojados al lado de la máquina de escribir, de forma inusitadamente descuidada. Por lo general, Nick le entregaba el trabajo limpiamente arreglado, mas ahora estaba disperso sobre la mesa, y dos hojas habían caído al suelo.

Judi se inclinó a recoger las hojas, y quedó congelada al quedar dos sandalias en su línea de visión a través de la puerta. Estas se detuvieron en la entrada del cuarto. Con inmenso esfuerzo se apresuró a recoger la segunda hoja, con un brazo que de pronto le pareció carente de nervios.

Tras unos intentos fallidos pudo agarrar el papel, mientras mantenía todo el tiempo sus ojos mirando abajo.

¿Se dirigirían a ella las sandalias, o se irían de nuevo?

No podía permanecer arrodillada en el suelo. La postura servil hería su orgullo ya lastimado, pero el esfuerzo para levantarse resultó demasiado grande para los músculos de sus piernas, repentinamente débiles, así que decidió sentarse sobre los talones, fingiendo estar absorta en la revisión de las dos hojas para determinar cuál iba en primer lugar, como la única excusa que le quedaba para no mirar hacia arriba.

El silencio en el cuarto se hizo total. Aun los ruidos provenientes de la selva de afuera se interrumpieron, como si ellos también hubieran contenido el aliento y esperaran.

¿Esperaran qué?

Judi ya no podía continuar fingiendo que revisaba los papeles. Arriesgó una ojeada alrededor del borde de ellos, y como si fueran motivadas por el leve movimiento de ella, las sandalias también se movieron. Dieron un paso hacia ella, lo que hizo que Judi pusiera delante de si los papeles a guisa de escudo; las sandalias hicieron una pausa y un interminable segundo después se alejaron con dirección a la segunda alcoba.

Al pasar Nick junto a Judi, dijo con aspereza.

—¿Por qué no enderezas los papeles que tienes de cabeza? Así podrás entender mejor lo que dicen.

El violento temblor que se apoderó de ella no tenía sentido. Los vigorosos trazos de escritura se nublaron frente a sus ojos, mientras la puerta se cerraba detrás de Nick. Se apoyó en el borde de la mesa para levantarse y se dejó caer en la silla que estaba enfrente de la máquina de escribir.

Los ruidos de la selva regresaron, como si los habitantes

de la noche hubieran exhalado un suspiro colectivo. Entonces Judi se percató de que tenía arrugadas entre sus manos las dos hojas de papel.

Nick debió notar la forma convulsiva como ella apretaba sus puños y entender que él era la causa. El orgullo de Judi sufrió por la inferencia que debió él sacar del proceder de ella. Para borrar el efecto se puso a escribir, con la esperanza de que eso lo convenciera de que no le importaba.

¿La opinión de él, o él? Dave no se había equivocado al inquirir sobre los motivos del proceder de ella.

Las preguntas sin respuesta le provocaron un frenesí que la hizo trabajar precipitadamente, sin casi darse cuenta de lo que escribía. Dos horas después puso la última hoja en la pila de papeles y se pasó una mano por la frente adolorida.

—¿Ya terminaste? —quiso saber Nick.

Estaba parado junto a ella, con una carpeta de papel manila en la mano, a la cual miró Judi incrédula.

—Traes más trabajo —se quejó. Sin duda no esperaba que se pasara escribiendo toda la noche. Aun para Nick eso era ir demasiado lejos. Una rápida mirada a su reloj le indicó que eran dos minutos pasados de las doce de la noche. Y acuciada más allá de su resistencia, exclamó—: ¡Cobro tiempo doble por trabajar después de la medianoche!

—¿Por hacer qué? —inquirió Nick con tono de burla.

Levantó la mano para parar el furioso golpe que le lanzó Judi, instantes antes de que le llegara a su mejilla.

—¡Diantre, pequeña fierecilla! —exclamó él—. Pero la selva no me asusta.

Él era parte de ella. Parte de la vida primitiva y misteriosa que acechaba, merodeaba y palpitaba fuera de las ventanas de la frágil cabaña. Un temor tan sombrío como la propia selva invadió a Judi, al juntar Nick su boca sobre los labios temblorosos de ella. Judi no pudo hablar. Su mente aturdida era incapaz de pensar. Y los brazos de Nick afianzaron los de ella contra sus costados, de modo que no podía moverse. Ella sólo podía sentir.

La furia del beso de Nick la privó de toda sensibilidad, aunque la dejó con una agonizante conciencia de él, quien pegaba el cuerpo de ella contre el suyo con tanta fuerza que Judi no podía hacer nada para impedirlo.

De esa forma él la castigaba por olvidar que la única razón por la que ella participaba en el viaje era la de efectuar su trabajo, solamente el de él, y por haber besado a Dave.

El duro borde de la mesa, que le lastimaba la espalda a Judi, era menos doloroso que los implacables brazos de acero de Nick, y como no podía moverse, Judi sacudió frenéticamente la cabeza de un lado a otro, tratando de librarse de los labios de él.

Pero sus fuerzas eran muy inferiores a las de Nick. Un débil gemido salió de sus labios al sentir Judi que empezaba a perder el conocimiento.

Aunque el sonido fue leve, el alerta oído de Nick lo captó y sus brazos aflojaron su abrazo levemente, mientras que con la lengua lamía el borde de los labios de ella, haciéndolos cobrar vida palpitante.

Judi se resistía desesperadamente, pero al mirar el rostro de Nick, duro como la piedra, se percató de que también estaba combatiéndose a sí misma.

Odió a Nick por lo que le estaba haciendo, mientras una loca, completamente irracional parte de ella anhelaba abandonarse a las indescriptibles sensaciones que estallaban en su interior, que exigían que correspondiera a Nick beso con beso, con una pasión igual a la de él. Sólo que la pasión de Nick surgía de la furia, no del deseo. Al comprenderlo, el fuego que ardía dentro de Judi recibió una cubetada de agua helada. Retorciéndose convulsivamente, logró soltar sus brazos y de inmediato empezó a golpear con ambos puños el pecho de Nick, tratando de obligarlo a soltarla. En cuanto pudo liberar sus labios, gritó furiosa:

—Suéltame o gritaré pidiendo auxilio.

—¿A quién, a Dave? —preguntó burlón Nick, quien así desencadenó una furia incontrolable dentro de Judi, furia que

ella no pensó que existiera dentro de su por lo general amable persona. Con una exclamación de ira la emprendió a golpes con puños y pies contra Nick, quien mascullando una maldición la soltó. Judi cayó de espaldas sobre el escritorio, al perder momentáneamente el equilibrio por la furia de su impulso.

Sus manos tocaron la pila de papeles que acababa de mecanografiar. Tomó algunos de ellos y se los arrojó a Nick, gritándole:

—Si quieres más trabajo esta noche, hazlo tú.

Con ágil maniobra pasó bajo el brazo que él había extendido para detenerla, y huyó por la puerta de la alcoba. Sofocada, la cerró de golpe tras ella, sacudiéndose de pies a cabeza, mientras daba gracias al cielo de que Pet estuviera ruidosamente dormida en la cama de junto, tendida de espaldas y roncando con la boca entreabierta, sin haberse dado cuenta del drama ocurrido.

La reacción dejó a Judi débil. Sentía como si todas las articulaciones de su cuerpo hubieran cedido de pronto, dejándola como un títere al que le hubieran cortado todas sus cuerdas. Tambaleándose, como si estuviera ebria, recorrió la corta distancia que había entre la puerta y su cama.

Al llegar a la cama se desplomó sobre las mantas. No podía decir cuánto tiempo estuvo tendida allí, tiritando a pesar del calor húmedo que hacía, mientras en vano trataba de asimilar el conocimiento de que mientras los besos de Nick habían sido provocados por la furia y no el deseo, los sentimientos que huían despertado dentro de ella iban más allá del deseo. ¿De qué?

Violentos sollozos estremecían su cuerpo. Puso su rostro sobre las almohadas, tanto para esconderlo de la inevitable respuesta, como para ahogar la angustia que sentía, y para que Pet no despertara y presenciara su humillación.

Capítulo 6

Cuando Judi despertó la mañana siguiente, pensó que su reloj se había parado. Lo agitó. ¿Las diez y media? No era posible. Luego recordó que lo había revisado a medianoche, cuando Nick le llevó la carpeta, y las manecillas habían mostrado entonces la hora correcta.

Angustiada saltó de la cama. Observó que la cama de Pet estaba ya hecha y su compañera no andaba por ahí. Judi se bañó y vistió a toda prisa, y reflexionó, mientras se pasaba el cepillo por el pelo frente al espejo del tocador, que tal vez era mejor que Pet se hubiera ya marchado.

A la luz que entraba por la ventana, el espejo reflejaba clara evidencia de la tormenta de la noche anterior, y frunció el ceño. El orgullo no le permitiría enfrentarse a Nick con los ojos enrojecidos. Él no se perdía ningún detalle y ella se negaba a darle la satisfacción de saber que la había hecho llorar.

Cómo cubrir los daños planteaba un problema. Judi no usaba maquillaje, y frunció la nariz con disgusto al ver el polvo que Pet había dejado sobre el tocador. Si tomaba un poco de él se echaría de ver y atraería la atención sobre lo que estaba tratando de cubrir.

Sus ojos la miraban desde el espejo, cual pozos sombreados en su rostro blanco, teniendo aún rastros del llanto desenfrenado de la noche anterior. Suspiró con desgano. Se sentía agotada y se preguntó cómo podría reunir suficiente energía para satisfacer las incesantes demandas de Nick durante el día. Los anteojos oscuros le sugirieron una más aceptable forma e disfraz para el estado de sus ojos, así que los puso en el bolsillo superior de su blusa, listos para usarlos.

Reinaba el silencio en la cabaña. Abrió la puerta de la alcoba y, con cautela, revisó la estancia vacía. Probablemente Nick se había marchado airado cuando ella no se presentó a desayunar, lo qué significaba que probablemente le quitaría el

empleo cuando regresara. Encogiéndose de hombros, murmuró:

—No me importa si me despide —aunque sabía que sí le importaba. Deprimida, se aventuró en busca de una taza de café, que mucho necesitaba.

La cocina estaba tan vacía como la estancia y, luego de escuchar atentamente, Judi no pudo oír algún sonido que indicara que los otros estuvieran todavía por ahí. Pet se había salido con la suya y sin duda acompañaba ahora a Nick en sus excursiones fotográficas.

Inexplicablemente le dolía imaginar que estaban juntos. Judi sirvió café adicional en su taza para contrarrestar la pena, mientras la olla con agua empezaba a hervir en la estufa.

—Prepara dos tazas de una vez —ordenó una voz desde la puerta—. También me caería bien un poco de café.

¡Nick! Judi saltó violentamente derramando el agua en la mesa.

—Pensé que te habías ido —balbuceó, sin saber qué tomar primero: un trapo para limpiar o el control de la situación.

—Me encargaré de esto, antes de que te quemes.

Nick tomó la olla de los dedos inseguros de ella mientras Judi limpiaba la mesa. Sirvió el agua en la taza de Judi y preparó otro café para él. Su mirada alerta observó que la taza de Judi contenía un exceso de café, a la vez que la empujaba hacia ella. Tomando la suya se reclinó negligentemente en una esquina de la mesa para anunciarle:

—Estaba esperando que despertaras para que vengas conmigo.

—Fue tu culpa que durmiera demasiado —contestó Judi con tono defensivo—. No debiste haberme hecho trabajar así después de medianoche.

—Por eso te dejé dormir más —explicó él.

Nick no había olvidado el incidente de la noche anterior. Para eludir el tema, Judi preguntó:

—¿Dónde están Pet y Dave?

—Fueron a jugar golf.

—No tienes que ser sarcástico —ella era vulnerable todavía, y a pesar de su resolución, las agudezas de él la lastimaban. Parpadeó con precipitación para cubrir la comezón detrás de sus ojos.

—No es un sarcasmo, sino la simple verdad. El golf es un gran negocio aquí —explicó él.

—¿Un campo de golf, aquí en las montañas?

—Es sorprendente, ¿verdad? Yo tampoco lo creía cuando lo supe por primera vez, pero es la realidad. Hay un campo de dieciocho hoyos, no lejos de aquí. Dave quería probarlo en beneficio de los clientes de su empresa. Como sea, esa fue la excusa que esgrimió.

Nick pareció titubear antes de agregar con tono inexpresivo:

—Puedes ir a reunirte con ellos, si quieres.

—No, gracias. No juego al golf. Siempre lo he considerado como la mejor manera de estropear una buena caminata.

Le vendría bien a Judi que Nick quisiera jugar. De esa forma dispondría de una o dos horas para recuperarse, y cuando regresara tendría mejor controlados sus excitados nervios.

Nick asintió, y destruyó sus esperanzas diciendo:

—Yo opino exactamente lo mismo. Por eso decidí que nos tomáramos el día libre y exploráramos a gusto, para variar.

—¿Y qué me dices de los papeles que traías en la carpeta de papel manila anoche? Tendrán que ser mecanografiados —Judi se aferraba a la única ruta de escape que se le presentaba.

—No había nada en la carpeta. La traje para guardar los papeles que habías puesto sobre la mesa.

Los mismos papeles que ella le había arrojado a él. Después de todo la carpeta había estado vacía, ¡y su pleito con Nick no tenía por qué haber ocurrido! Judi lo miró con asombro; por un lado con ganas de reír por la amarga ironía del caso, y por otro lado, con deseos de llorar por la inutilidad

de todo lo ocurrido. Puso su taza con cuidado en la mesa y empezó a decir con dificultad:

—Nick, yo…

Nick se puso en pie y dio un paso hacia ella.

—Judi, yo…

Ambos callaron y les ganó la risa; con pasos rápidos Nick rodeó la mesa y Judi quedó en sus brazos, con la cabeza echada hacia atrás, de modo que pudo ver claramente la hendidura en el mentón de él durante un breve segundo, antes de que sus labios reclamaran la boca de ella. Él farfullaba entre besos:

—Judi, eres bella. Hermosa. Y yo te amo. Te hice llorar. ¿Me llegarás a perdonar?

Suavemente le quitó él los anteojos oscuros y besó los párpados hinchados de ella. El contacto de sus labios fue una poción mágica que hizo que la frase que murmuró, "no importa eso ahora", fuera totalmente cierta.

Una creciente felicidad la invadió como una marejada, llevándosela en su cresta y dejando atrás toda la oscuridad, las lágrimas y la incertidumbre que la habían aquejado.

Fue a Tailandia a saber qué era lo que quería de la vida, y ahora ya lo sabía, Quería a Nick. Y, milagrosamente, él la quería a ella. Judi estiró los brazos todo lo que pudo y rodeó con ellos el cuello de Nick; luego, dulcemente, devolvió beso por beso.

—Judi… —su voz estaba ronca al apretarla contra él, con toda la pasión, pero nada de la ira, de la noche anterior, y ahora no deseaba luchar para liberarse— Judi…

—Aquí están las llaves de su automóvil, profesor —gritó alguien—. Estacioné el Jeep que usted ordenó, afuera. Me alegrará mucho que me lleve usted de vuelta al garaje, si va por ese camino.

Nick murmuró algo mientras se enderezaba. Judi rió levemente, al ver la frustración de él. En silencio le hizo entender: "No importa. Después".

Nada importaba ahora. Ella amaba a Nick y él la amaba a

ella, y tenían todo el resto de sus vidas para que creciera su amor, así que no importaba esperar algunas horas más.

—Estamos en la cocina —gritó Nick. Un hombre delgado, de piel aceitunada y luciendo la simpática sonrisa tailandesa, apareció por la puerta para entregar un juego de llaves de automóvil.

—Uno de los camiones se ha estropeado y el otro Jeep que me debió seguir aquí tuvo que ir por repuestos —así explicó su petición para que lo llevaran—. Claro está que si es inconveniente… —miró comprensivamente a Judi.

—Es conveniente —le aseguró Nick—. Aunque pensaba convencer a Judi de que comiera algo antes de que saliéramos. No ha desayunado nada.

—No es bueno ir de paseo con el estómago vacío —advirtió el visitante. Luego confesó apenado—: Aunque yo tampoco me detuve a comer algo esta mañana, al estropearse el motor y volar el generador.

Se encogió de hombros filosóficamente; pero Judi lo invitó:

—Come algo, conmigo. ¿Y tú, Nick, ya desayunaste?

—No, pero lo haré ahora.

Una hora después de desayunar dejaron a su aún sonriente compañero en su lugar de trabajo. Entonces, Nick prometió:

—Haré arreglos para que el guía te devuelva el Jeep tan pronto como regresemos del safari mañana por la mañana.

—¿Qué safari? —inquirió Judi con curiosidad, luego que volvieron a partir, conduciendo Nick esta vez.

—Se trata de un safari nocturno. Por eso tomamos este día de asueto. Saldremos esta noche, después de oscurecer, y viajaremos por el bosque a diversos abrevaderos, con la esperanza de ver a los animales cuando van a beber. Es un atractivo popular entre los turistas.

Dave había dicho que la selva cobraba vida por la noche, así que Judi experimentó una oleada de expectación ante la perspectiva de ser parte de eso al lado de Nick. Él continuó:

—Exploraremos esta mañana y dormiremos por la tarde,

luego trabajaremos del oscurecer hasta el amanecer. No olvidaré pagarte tiempo doble después de medianoche —anunció él con seriedad, y ella rió.

—Permitiré que no me pagues, si el espectáculo vale la pena —dijo y luego preguntó tardíamente—. ¿Vendrán Pet y Dave también? —y cruzó sus dedos, metidos en sus bolsillos, esperando la contestación de Nick.

—No; luego de jugar al golf todo el día no tendrán ganas de pasar la noche despiertos. ¿Te preocupa eso?

Los ojos de él denotaron satisfacción, porque ella no tendría acompañante que la cuidara. Por su parte, Judi descruzó los dedos, echó atrás la cabeza y contestó con viveza:

—No, si eso no te preocupa a ti —y se emocionó nuevamente por el aspecto atezado de él, lo cual hacía superfluos a Pet y a Dave, lo mismo que al guía y a la obligada comitiva, de los que hubiera preferido deshacerse.

Con el pequeño Jeep iban de un sitio a otro sin esfuerzo, convirtiéndose cada mágico momento de la mañana en una brillante experiencia nueva para Judi.

Descendieron del vehículo para subir a pie los trescientos escalones que conducían a un templo erigido en las alturas. Judi compadeció a los monjes, al descansar junto a una de las serpientes de siete cabezas que flanqueaban la escalinata, en tanto que Nick blandía su cámara.

Él intentó animarla a abandonar el ascenso a la mitad del camino, temeroso de que se fuera a cansar demasiado, pero Judi insistió en continuar con él hasta la cumbre. Sus energías parecían inagotables y de la forma en que se sentía ahora era invulnerable a incomodidades físicas menores, como el cansancio y el hambre.

Ni siquiera el calor parecía afectarla hoy, pero tal vez eso se debía a que Nick le había comprado una sombrilla de papel, con brillantes mariposas pintadas que hacían juego con su abanico, la cual sostenía sobre ella para resguardarla del sol. Los parasoles pintados y abiertos para que se secaran convertían la calle en un caleidoscopio de color. Nick colocó a

Judi entre ellos y tomó más fotos. Cuando ella preguntó:

—¿Y los pies que acompañan a las fotos? —él contestó firmemente:

—Hoy estás de descanso. Yo recordaré todo lo qué es necesario y te lo dictaré cuando regresemos a casa.

De nuevo se emocionó Judi, porque casa, para Nick, un día podría significar lo mismo que para ella.

Frunció los labios con disgusto al ver la boca manchada de rojo de un hombre que vendía tazones labrados. Nick le informó *sotto voce*:

—Está masticando nuez de betel. Un hábito reprobable, pero no es peor que fumar.

El rítmico martilleo de los plateros los hizo acudir a ver a estos artesanos, que trabajaban en cuclillas bajo la sombra de las cortinas de sus tiendas. Se detuvieron a admirar las piezas laqueadas y lamentaron que las restricciones de equipaje no les permitieran llevar a casa muestras del trabajo de los alfareros, para adornar una terraza en la lejana Shropshire.

Después de comer, Nick regresó a la cabaña, sin hacer caso de las protestas de Judi de que ella podía seguir excursionando eternamente.

—Ahora puedes sentirte así. Pero si no duermes esta tarde, estarás demasiado cansada para entender lo que verás en el safari de esta noche.

La prudencia de su consejo quedaría demostrada antes de que terminara el safari. Judi supo que esa noche viviría para siempre en su memoria.

Para su sorpresa, durmió profundamente toda la tarde, aunque el beso que le dio Nick, y su comentario: "Vete, mientras tengo aún fuerzas para dejarte ir sola", la enviaron a la cama con el corazón dando brincos en el pecho, lo que ella estaba convencida de que no le permitiría conciliar el sueño.

El guía conversaba animadamente con Nick cuando Judi entró en la estancia, bostezando. La presencia del empleado impidió que hubiera conversación personal entre ella y Nick, mientras comían brevemente, y en tanto que ambos hombres

planeaban su ruta en un mapa extendido sobre la mesa.

Pet y Dave regresaron cuando se disponían a partir. Judi deseaba preguntar a Dave cómo le había ido. Pet se veía cansada, pensó Judi, pero la reanimó el alegre guiño que le hizo Dave al pasar junto a ella para entrar en la cabaña.

Luego se olvidó de Dave y Pet y se acomodó junto a Nick en el asiento trasero del Jeep.

—Si te arrimas demasiado, puedo olvidar para qué estoy aquí y sentarte en mis rodillas, haciendo a un lado mi cámara —le advirtió Nick.

—Si te distraigo tanto, ¿por qué no te sientas enfrente, junto al conductor? —sugirió Judi con recato.

—Tú distraerías a un bloque de mármol —refunfuñó él, pero no hizo intento de seguir el consejo, y continuó, en respuesta a la pregunta de ella—: Observa, por si ves elefantes salvajes, venados, jabalíes salvajes… si tenemos suerte podríamos ver un tigre. Pero no, me temo que ya no los hay.

—Si hay que creer a Dave, hay un león en el automóvil conmigo —comentó Judi con ligera risita.

—¡Dave y su astrología! —refunfuñó Nick—. Tal vez hay algo en lo que dice, después de todo —agregó haciendo de eso algo personal que los unía más.

El sendero subía y la selva se cerraba en su derredor, formando el ramaje un denso techo protector que impedía el paso de la luz del firmamento; la oscuridad los envolvió en preciosa privacía en el asiento trasero del vehículo, separándolos del conductor y de los haces de luz de los faros del vehículo, los que convertían los grandes troncos de los árboles de teca en fantasmales centinelas, que cuidaban quién sabe qué secretos en la maleza de cada lado del camino.

Unos ojos relucían fluorescentemente en las sombras, vigilando en silencio su avance, y cuando el Jeep disminuyó la velocidad hasta ir a vuelta de rueda, Judi se volvió a mirar inquisitivamente a Nick. Él inclinó la cabeza y puso sus labios en la oreja de ella, quien sintió el leve céfiro de su aliento contra su mejilla cuando murmuró:

—Hay un elefante salvaje. No hables. Sólo mira en la dirección que señalo.

Su brazo la envolvió tranquilizadoramente y la apretó contra él, mientras con su dedo señalaba las formas oscuras que permanecían inmóviles entre los árboles, a sólo metros de distancia de ellos, las que los ojos no acostumbrados de Judi no habrían notado de otra manera.

Poco después un destello de agua reflejó la débil luz que pasó por un hueco entre los árboles. El conductor detuvo el Jeep. Una oscuridad más sólida adelante demostró ser una cabaña construida sobre pilotes que daba frente al agua, la cual al verla Judi con más detenimiento resultó ser un estanque formado por el amplio recodo de una corriente.

El guía los dejó y sin demora empezó a subir por la escalera que llevaba a la cabaña. Nick le explicó, con voz baja:

—Va a cerciorarse de que no haya allí visitantes de cuatro patas antes de que lleguemos nosotros.

Judi se estremeció. No sabía si Nick bromeaba o no, pues estaba demasiado oscuro para poder ver su expresión. El guía les hizo una señal y ella subió por la escalera, confiadamente, al lado de él.

—Esta vez la escalera no es tan grande como la del templo de esta mañana —comentó ella sonriente.

—Shh. Si hablas no vendrán los animales —le advirtió Nick.

Él sacudió el polvo de un banco para que ella se sentara y viera bien el estanque, y luego fue a apoyarse en el barandal del pórtico, con su cámara lista mientras esperaba sin moverse. Judi trataba de identificar los débiles chillidos, gruñidos y ruidos en general provenientes de sitios que no podía ver; una tarea imposible estando Nick tan cerca, pues él atraía toda su atención.

Pronto, los causantes del ruido empezaron a identificarse tras salir de sus escondites para saciar su sed en la orilla del agua. Judi miró, electrizada, cómo un enorme tigre rayado se deslizó entre la maleza para unirse a los demás animales, y la

maravilló que éstos no echaran a correr para salvar la vida, limitándose a apartarse a una distancia segura y a mantener los ojos alerta sobre el gran tigre macho, que bebió hasta quedar satisfecho. Luego, el felino se marchó sin lastimar a nadie.

"Clics" apagados le indicaban que Nick estaba tomando las fotos que quería; desde alguna parte un pájaro gritó. Impresionada, Judi olvidó la necesidad de silencio, y exclamó:

—¡Eso sonó como un gallo!

—Eso es exactamente lo que es —confirmó Nick, enderezándose—. Hay una aldea cerca, junto a un campo maderero. Ya es hora de que partamos, si quieres ver a los elefantes de trabajo darse su baño matinal.

Hicieron una pausa para ver primero el despuntar del alba.

El sendero los llevó fuera de la selva, a través de un alto acantilado. A petición de Nick, el conductor detuvo el Jeep, y Nick instó a Judi:

—Ven, vamos a ver el amanecer. Es algo digno de mirarse.

Habría otros días, otros amaneceres, pero sin duda ninguno como éste. Nick la ayudó a pararse junto a él y ambos treparon a una saliente rocosa que pareció a Judi como el fin del mundo.

Un amplio valle se extendía a sus pies y una interminable expansión del cielo yacía delante de ellos, como un lienzo vacío que esperara las pinceladas maestras del Supremo Artista, que llegaron en tonos pálidos de oro y plata para luego calentar al mundo que esperaba, con un final y esplendoroso color rosado.

—Es magia —susurró Judi azorada.

Nick la volvió en sus brazos e inclinando la cabeza le plantó un beso ardiente, que fue como los acordes finales de una bella obertura cuando él murmuró:

—Estoy hechizado. Te amo, Judi.

—Y yo te amo también.

Sus labios se juntaron y fundieron mientras el sol se

levantaba, como una bendición, en el cielo azul. Largos minutos después bajaron por la colina a pie y el guía los llevó a la parte del río, donde los *mahouts* de los campos madereros daban sus baños matinales a sus elefantes entrenados para trabajar.

Judi rió al ver cómo los paquidermos disfrutaban del diario ritual. A invitación de uno de los *mahouts* ella ayudó a cepillar al elefante más cercano, mientras Nick tomaba fotos de sus esfuerzos. Entonces su corazón supo por fin lo que era estar contento.

Los días siguientes pasaron sumidos en una niebla rosada para Judi. Nick la llevó a la tienda de Jim Thompson, donde pudo elegir entre el deslumbrante surtido de telas de seda.

Nick deambuló entre los mostradores mientras ella titubeaba entre comprar esto o aquello, pero regresó a tiempo para convertir *bahts* en libras esterlinas y darle una idea del valor de sus compras, bromeando indulgentemente cuando ella insistió en llevarse su paquete en vez de dejar que lo entregaran en el hotel.

El amor le infundía un fulgor interior, y cada nueva vista y sonido adquiría una dimensión extra porque Nick la amaba. Él nunca se cansaba de decírselo. Y cuando Pet y Dave estaban con ellos, y tenía que refrenar su ardor, sus ojos denotaban sus sentimientos. Judi estaba muy contenta, y lo estuvo aún más cuando Dave le confió, mientras Pet estaba lo suficientemente lejos para no escuchar:

—Creo que estoy ganando, Judi. Te lo debo a ti.

—Fue un placer —dijo ella sonriendo.

Conservó su propio secreto un poco más. Era aún demasiado nuevo, demasiado precioso para compartirlo con todo el mundo, y estaba todavía intacto en su último día, antes de abordar el vuelo nocturno que habría de llevarlos de regreso a Inglaterra.

—Ya hemos hecho todo lo que podemos. Pasemos el resto del día en la playa.

Si a Judi no le agradó que la invitación de Nick incluyera

a Pet y a Dave, no lo reveló: tomó su traje de baño y se sentó al lado de Nick en el automóvil rentado, mientras éste conducía hacia el sur en busca de un buen lugar en el cual meterse al agua.

Dave ayudó a Pet a acomodarse en el asiento trasero, junto a él; Judi notó con asombro que el vestido no le quedaba tan apretado a Pet como cuando la había conocido.

Pese a su corpulencia, aún considerable, Pet mostró que era buena nadadora, y los cuatro pasaron una horas dichosas explorando despreocupadamente lagunas escondidas entre pequeñas isletas frente a la costa, en las transparentes profundidades tachonadas de coral y pobladas de peces de colores brillantes.

Corretearon por la playa y se secaron sobre la arena, y después Nick los llevó a Pattaya a almorzar, agasajándose con langosta y pescados exóticos que aunque desconocidos para Judi, le supieron deliciosos.

Pet comía frugalmente, y por primera vez desde que la conoció ésta se abstuvo de encender un cigarrillo tan pronto como terminó sus alimentos. Dave debía estarse poniendo enérgico con Pet finalmente, reflexionó Judi. ¿Qué otra cosa que no fuera el amor, podía influir tanto en una persona?

Cuando Nick se levantó a pagar la cuenta, dijo:

—Es todo amigos. Fin del viaje —ella no lo lamentó, porque su viaje al lado de Nick apenas estaba comenzando.

De regreso al hotel, vaciló sobre si telegrafiaba a sus padres para avisarles de su regreso, y decidió no hacerlo.

Era mejor no darles tiempo para preparar la lucha que sabía era inevitable cuando rompiera con Robert.

Era mejor llegar sin anunciarse y tomarlos a todos por sorpresa. Luego, cuando hubiera devuelto a Robert su anillo, Nick acudiría a llevársela con él a Shropshire, al día siguiente, lejos de todas las intrigas y escándalo.

Nick no sabía todavía de Robert, pero eso no era importante. Judi se rehusaba a estropear el tiempo que estuvieran juntos en Tailandia. Le hablaría de Robert en el

avión, y su apoyo le daría valor para pasar la prueba venidera que ahora ya no parecía tan pesada como cuando salió de su casa.

Todo estaba ya dispuesto, y comenzó el período de animación suspendida que es la *bête noire* de todos los viajeros, el tiempo interminable entre la preparación de todo y la partida.

Habían terminado la comida, el taxi que los llevaría al aeropuerto llegaría en hora y media, Dave y Pet estaban sentados juntos en uno de los salones, y Judi, después de verlos, decidió no reunirse con ellos. Parecían totalmente absortos en su conversación, y habiendo dado a Dave el impulso para cortejar a su amada, no quería interrumpirlos ahora.

Las puertas se abrieron en la antesala. Apareció un mozo con una maleta de ella, y las otras tres que llevaba probablemente pertenecían a los otros miembros del equipo. El empleado las puso en el área de espera, junto a la puerta principal.

Judi acudió a la recepción a entregar la llave de su cuarto. Ya no la necesitaría, ahora que habían recogido su equipaje. Cuando llegó al escritorio Nick estaba allí. Al acercarse ella él le sonrió, luego se volvió a contestar una pregunta que le hizo la recepcionista.

—Aquí tiene su anillo de compromiso, señorita Bartlett —dijo sonriente la empleada—. No estaría bien olvidarse de eso, ¿verdad?

Judi frunció el ceño. Le habría gustado mucho dejar el anillo, que le recordaba los conflictos que la esperaban cuando regresara a su casa, y lo tomó con reticencia de manos de la recepcionista, la que le pidió amablemente:

—Firme aquí de recibido, por favor.

Judi no quería volver a usar el anillo, pero supuso que estaría más seguro en su dedo que en su bolso de mano. Se presentaría una grave complicación si lo perdiera y no tuviera nada qué devolver a Robert cuando regresara a casa.

Robert no creería nunca que no lo había vendido. Iba a ser difícil convencer a ese hombre tan engreído de que no quería casarse con él y su riqueza.

Luego de dar las gracias, deslizó la alhaja en su dedo, firmó el recibo y se enderezó del escritorio para encontrarse con que Nick la miraba como si no la hubiera visto antes.

El rostro de él tenía un tinte curiosamente blanco bajo su bronceado, pero tal vez se debía a un efecto de la iluminación fluorescente que ahuyentaba la densa oscuridad de la noche oriental.

—¿Dijo la recepcionista anillo de compromiso?

Nick la tomó del brazo con tanta fuerza que sus dedos hundían la carne suave de Judi, lastimándola mientras la empujaba ásperamente a una pequeña antesala fuera del salón principal, donde no lo oyera el personal del hotel.

—¡Suéltame, Nick! —gritó ella—. ¡Me estás lastimando!

—Respóndeme —dijo él entre dientes, aún apretándole el brazo—. ¿Dijo ella anillo de compromiso?

—Sí, lo es. Aunque, de cierta forma, no lo es… —en su confusión Judi balbuceaba incoherentemente—. Te lo iba a explicar cuando estuviéramos en el avión.

—Los anillos de compromiso no necesitan explicación. Son evidentes por sí mismos.

La voz de Nick era un gruñido. Le soltó el brazo para tomar sus dedos y levantarlos, como una acusación, entre ambos.

—El anillo de otro hombre —gruñó—. Todo el tiempo me has estado engañando. Debiste pensar que soy un gran tonto.

—No es eso, Nick. Te dije que te lo iba a explicar.

—Esta es toda la explicación que necesito —arrojó lejos de él la mano, como si le repugnara su contacto, cuando apenas unas pocas horas antes parecía no poderse despegar de ella—. Debí entenderlo mejor, después de ver tu actuación con Dave en la cabaña.

—Eso es todo lo que fue, sólo una actuación —la conmoción y el asombro habían reducido la voz de Judi a un

murmullo.

—¡Si lo fue, entonces eres una actriz de primera clase!

—Nick, escúchame. Hay una explicación.

—Hay muchas cosas que necesitan explicación. Probablemente pensaste que no lo averiguaría. Bueno, ahora lo sé todo y no quiero escuchar tus mentiras. Dave lo dijo todo el otro día, cuando te aseguró que te lo debía a ti, a lo que contestaste que había sido un placer —hablaba con voz ronca, y Judi se asustó al ver el brillo de sus ojos—. ¿Le cobraste tiempo doble también? ¿O disfrutaste tanto que no cobraste nada?

—¡Eres una bestia!

La furia invadió a Judi, equiparándose con la ira de Nick, y su voz denotaba la rabia que le habían causado sus insultos.

—¿Cómo te atreves? —gritó ella.

—Me atrevo a decirlo porque es cierto. No intentes negarlo. Oí a Dave decirte esas mismísimas palabras. Supongo que pensaste que estaba yo lejos y no podía escuchar, lo mismo que Pet. ¡Qué bien me manipulaste! Pero todo se acabó, aunque supongo que encontrarás otro juguete con el cual jugar, en poco tiempo. Para las muchachas como tú, todo es *snuk*.

La palabra tailandesa que denota placer inocente salió disparada de los labios de él, con la fuerza de una bala. El tono de su voz le imprimió un significado muy diferente, que hizo enrojecer las mejillas de Judi. Pero antes de que pudiera recobrar el aliento para contestarle, Nick agregó:

—En lo que a mí concierne, ha terminado el viaje para ti y para mí. No cabe duda que reirás de buena gana cuando le muestres tus recuerdos a tu prometido. Sería interesante saber cuánto le vas decir de tus actividades en Tailandia.

—Si eso piensas de mí, te puedes quedar con todos tus regalos: los palillos, el abanico y el parasol.

—Las mariposas pintadas en ellos describen exactamente lo que eres —dijo Nick riendo amargamente—. Una mariposa, que vuela de un hombre a otro. Primero tu prometido, luego

Dave y después yo. ¿Cuántos otros, además? ¿Cómo se siente ser la mujer de cualquiera?

Judi sintió deseos de golpearlo en su dura cara burlona. Quiso gritar, patear y arañar, pero en vez de eso sintió que se apoderaba de ella un humillante desvanecimiento. En medio de una creciente oscuridad escuchó su propia voz gritar roncamente:

—En el instante mismo en que llegue a casa, te los enviaré por correo. Entonces podrás reírte por haberte salvado de mí.

—Vendrás conmigo a mi casa; de modo que puedes traerlos contigo.

—Después de lo que me has dicho, debes estar loco si crees…

—Cumplirás tu promesa de terminar el trabajo que comenzaste, aunque tenga que arrastrarte hasta Shropshire.

—No me puedes obligar a hacer tu trabajo.

—Si te niegas, te costará muy caro. A los periódicos siempre les interesa publicar uno o dos artículos de mis viajes al extranjero, y estoy seguro de que a los tabloides dominicales les encantará lo que tenga que decirles acerca de ti. Imagino lo que tu prometido o tu familia dirá al enterarse de las actividades de mi secretaria sustituta.

—No te atreverías.

—Haz la prueba. Tienes mucho tiempo para decidir qué hacer. Llegaremos al aeropuerto de Heathrow alrededor del mediodía de mañana, y, por si lo has olvidado, habíamos convenido en que yo pasaría a tu casa a las dos de la tarde del día siguiente para llevarte a Shropshire. Eso daría toda la noche a tu prometido para consolarse por tu continuada ausencia.

El aliento de Judi zumbaba entre sus dientes apretados, como el sonido de un gato furioso.

—No tengo por qué estar aquí escuchando tus insultos. Estás completamente loco. En cuanto a que tu avión llegue mañana a Heathrow, tal vez eso es lo que haga tu vuelo, pero el mío no. Después de lo que ha ocurrido, me niego a volar a

ninguna parte contigo.

La ira la ayudó a salir por la puerta del hotel a un paso que no habría alcanzado de otra manera. Oyó a Nick gritar "Judi..." detrás de ella, pero ignoró su orden y siguió huyendo, cuidando de dar a la puerta giratoria un fuerte empujón al salir para que la velocidad de la misma impidiera a Nick usarla unos vitales segundos que necesitaba para poder escapar de él.

Una vez afuera, dio vuelta en la primera calle que encontró y corrió ciegamente, alegrándose de que la obscuridad ocultara su cuerpo que huía.

Sabía que las tiendas permanecían abiertas hasta bastante tarde, y había visto varias agencias de viajes en sus recorridos por la ciudad con Nick. Entraría en la primera que encontrara y haría que cambiaran su vuelo de regreso, no importaba para qué fecha, siempre que no tuviera que soportar otro minuto en la compañía de Nick.

Luego de dar vuelta en varias calles para asegurarse de que Nick no la localizara, si trataba de seguirla, una dolorosa punzada en su costado la hizo disminuir la velocidad, con lo que tuvo más tiempo para darse cuenta del lugar por donde andaba.

Al mirar en su derredor, experimentó cierta zozobra. No había tiendas ni agencias de viaje ni nada a la vista. Por primera vez notó que no había anuncios luminosos de comercios.

Parecía hallarse en algún callejón, oscuro y estrecho. En su prisa para alejarse de Nick, no se había fijado en la dirección en que corría.

Ahora se percataba, con espanto, de que estaba perdida sin remedio.

Su presencia, sola, en el callejón, hacía que los pocos transeúntes que encontraba la miraran con extrañeza; pero ella no se volvía a ver a nadie y apretaba el paso. No tendría objeto pedir a nadie alguna orientación porque no hablaba tailandés y recordaba que Nick le había dicho que no se

hablaba mucho el inglés allí. También recordó con un estremecimiento que si una mujer sola se acercaba a alguien, su actitud podía interpretarse mal.

Entonces recobró un poco el ánimo al recordar la tarjeta del hotel. Era el pequeño trozo de cartón que Nick insistió en que guardara en su bolso. Podría ser su salvación ahora.

Un cruce de calles estaba adelante. La calle a la que salía él callejón por donde andaba, era más ancha. Y circulaban taxis por ella. Uno de ellos venía en su dirección.

Frenéticamente Judi trató de abrir el cierre de cremallera de su bolso. En su apresuramiento, atascó el delicado mecanismo, que zarandeaba de un lado a otro furiosamente, por su afán de que funcionara. Tenía que sacar la tarjeta y parar al conductor del vehículo antes de que se alejara. Precisamente cuando estaba a punto de ser presa de la desesperación, el cierre se abrió y ella tomó el precioso cartón y lo agitó enfrente del taxi.

Judi tuvo deseos de llorar de alivio al reducir el vehículo la velocidad. Sentía débiles sus piernas, pero las forzó a sostenerla y llevarla hacia la ventanilla abierta del chofer, para mostrarle la tarjeta. El conductor estaba apunto de leerla cuando la puerta trasera del taxi se abrió y dos manos salieron para apresarla y empujarla violentamente al interior.

Abrió la boca para gritar, pero una mano fuerte se la tapó, impidiéndole emitir ningún sonido.

—Estáte quieta y deja de luchar —le ordenó con aspereza la voz de Nick.

El terror que sentía Judi se esfumó. Una abrumadora sensación de alivio la invadió, amenazando momentáneamente con hacerle perder el conocimiento, pero el mareo pasó cuando Nick la acomodó en el asiento junto a él, reteniéndola con gran fuerza.

—Me aseguro de que no seas tan loca de intentar marcharte otra vez —rezongó él—. Gracias a ti, es probable que todos perdamos el vuelo. Nos quedan diez minutos para llegar al aeropuerto.

La dolorosa opresión de Nick hizo que Judi volviera a la vida.

—No volaré contigo —balbuceó.

—¿Cómo te propones regresar a tu casa, si no lo haces?

—Hay otros vuelos.

—No hasta dentro de tres semanas. La conferencia que se celebraba en Bangkok terminó hoy, y cientos de delegados quieren regresar en el primer avión disponible.

—Prefiero esperar tres semanas a…

Nick cortó sus objeciones diciendo:

—A mí no me importaría que esperaras tres meses, o para siempre. Pero o vuelas de regreso con el equipo o empiezas a dar explicaciones a las autoridades tailandesas. Por si lo has olvidado, te recuerdo que tu visa expira mañana. De modo que mantén los dedos cruzados para que podamos llegar a tiempo al aeropuerto.

Capítulo 7

Al cabo de catorce de las más lamentables horas que había vivido Judi, el avión tocó tierra en Heathrow. Habían abordado el aparato apenas a tiempo. Nick empujó a Judi a su asiento y le puso el cinturón de seguridad, como si no confiara en que ésta no volvería a echar a correr. Después de esto, finalmente le soltó el brazo, Judi se frotó las manchas rojas que dejaron en sus carnes los dedos de él y dijo resentida:

—Me voy a sentar en otro lugar.

Metida entre Nick y Pet se sentía rodeada de hostilidad por ambos lados, y la perspectiva de sufrir ese ambiente en las siguientes catorce horas era más de lo que podía soportar.

—Te sentarás en el asiento asignado a ti y dejarás de discutir —espetó Nick—. El avión va lleno a toda su capacidad, de modo que no hay asientos vacíos a los que pudieras pasarte. Además, ya causaste suficientes problemas, para seguir provocándolos.

Era ella, Judi, la que debía sentirse agraviada, después de la forma en que Nick le había hablado, pero de pronto se sintió demasiado cansada para seguir combatiendo, así que se relajó en su asiento. El ruido de los motores pareció arrullarla y supo, con resignación, que dentro de pocos minutos empezaría a sufrir un fuerte dolor de cabeza.

Su anillo de compromiso le pasaba mucho en la mano. Se percató de que Pet miraba la alhaja y a Nick, pero la expresión austera de él no la animó a hacer preguntas al respecto, y antes de ser blanco de la curiosidad de la mujer mayor, Judi cerró los ojos y fingió dormir, dejando que Pet imaginara lo que quisiera sobre la presencia del anillo en su dedo.

Sin darse cuenta se durmió y al hacerlo olvidó los sucesos de las últimas horas. Un par de horas más tarde despertó reanimada, como si hubiera dejado detrás de ella una pesadilla.

Bostezó y se estiró, preguntándose de dónde venía el ronronear mecánico que escuchaba. Para averiguarlo volvió la cabeza y miró hacia arriba, para encontrarse directamente con los ojos de Nick que la miraban.

Abrió mucho los ojos y se enderezó bruscamente. Se percató de que la pesadilla era real y seguiría con ella muchas horas aún, según su reloj. Para sus tensos nervios el tiempo pareció prolongarse una eternidad, hasta que la anhelada petición de ponerse los cinturones de seguridad apareció iluminada arriba de ellos. Poco después descendió en suelo patrio, con la sensación de que estaba siendo liberada de la cárcel.

Desde el momento en que salieron del edificio de la terminal, se dio cuenta, para su desaliento, de que la sentencia apenas estaba comenzando.

Pasó sin contratiempos la aduana, y se apresuró a alejarse sin volver la cara. Con suerte, Nick podría ser detenido mientras sometían su equipaje a registro, lo que lo retrasaría lo suficiente para permitirle abordar un taxi y alejarse del aeropuerto antes que él saliera.

Ya se había despedido de Dave y Pet. Dave le susurró:

—Te enviaré una invitación a la boda, cuando se celebre.

La despedida de Pet fue menos entusiasta, naturalmente. Una vez que éstos se dirigieron a su taxi, Judi se separó de ellos para buscar su propio vehículo.

Nick y un reportero de periódico la alcanzaron cuando Judi estaba apenas a la mitad de lograr su objetivo. Dejó un momento su maleta en el suelo para descansar el brazo, y casi de inmediato una mano morena la volvió a recoger. Nick dijo:

—Yo tomaré esto.

—Ponía en el suelo. No iré contigo. Voy a tomar un taxi — dijo Judi.

—*Vamos* a tomar un taxi —la contradijo él y llamó a uno —. Te dejaré en tu casa. Así podré ir por ti mañana, pero antes debo saber dónde vives.

Él estaba firme en su determinación de hacer que ella

terminara el trabajo que había iniciado. Una combinación de desaliento y temor, ante la prueba que la esperaba cuando llegara a su casa, hizo presa de Judi como una ola negra. Miró a Nick, desesperada:

—Nick, yo…

—Bien, señorita Bartlett, qué coincidencia encontrarla aquí. ¿Dónde estuvo escondida todas estas semanas? —inquirió el periodista alegremente.

—No he estado escondida. Estuve… de vacaciones.

Judi miró con desagrado al hombre de la prensa. Trabajaba para uno de los tabloides más amarillistas y había asistido a su fiesta de compromiso, por lo que no tenía objeto pretender que la había tomado por otra persona. Susurró furiosamente a Nick:

—¿Es esto obra tuya?

Él la había amenazado con hablar a los periódicos, y no podía haber escogido a nadie mejor para difundir chismes maliciosos que al antipático reportero parado a treinta centímetros de ella ahora.

—No soy culpable —contestó Nick con tono igualmente bajo—. Como dice el hombre, es pura coincidencia.

—¡Vaya, vacaciones! —comentó riendo el periodista, cuyos ojos no dejaban de mirar especulativamente a Judi y a Nick—. ¡Y qué recuerdos trajo usted a casa! —su sonrisa se amplió al agregar—: Me pregunto si a su prometido le gustarán tanto como a usted.

—¡Es usted!… —exclamó Judi furiosa, pero no pudo decir más porque las manos de Nick la tomaron férreamente por los hombros, la hicieron girar en redondo y la impulsaron por la puerta del taxi, antes de que ella pudiera añadir otras palabras que fluían a la punta de su lengua.

Nick la siguió al interior del vehículo y cerró con fuerza la puerta, en las narices del periodista. El chofer puso de inmediato en marcha el taxi, pero no sin que antes el reportero hubiera pegado su cámara a la ventanilla. Un vivido destello advirtió a Judi que su cara, junto con la de Nick,

ilustraría los titulares del día siguiente.

Como el periodista estaba fuera de su alcance, descargó todo su enojo en Nick.

—Te odio por esto —dijo furiosa, deseando golpearlo cuando él contestó, sin inmutarse:

—Ódiame. Reconozco que necesitarás todas las energías que puedas reunir cuando llegues a tu casa.

Inesperadamente agregó, cuando el taxi se detuvo frente a la casa que era sólida evidencia de la prosperidad de las tiendas de su padre:

—¿Quieres que entre contigo?

Judi lo miró muy asombrada.

—Por mí, no te volvería a ver nunca —dijo.

El rostro de él se ensombreció. Un pequeño músculo se encogió con un tic en la esquina de su mandíbula, y su voz sonó forzada cuando replicó:

—En ese caso, cierra los ojos cuando venga por ti mañana a las dos de la tarde.

Y se marchó.

Judi se quedó en el caminillo, con su maleta al lado. Se sentía más sola de lo que había estado nunca en su vida. Incluso el consuelo de descargar su pecho con Louise le estaba negado, ya que su amiga seguía fuera de la ciudad, ayudando a su esposo a realizar su ambición de caminar hasta las fronteras escocesas durante sus vacaciones.

Judi se sentía abandonada e indefensa, e irracionalmente deseó que Nick estuviera a su lado, sin importar cuan cruel éste hubiera sido con ella.

Impulsivamente giró sobre sus talones y corrió por el caminillo hasta la reja, pero el chofer había partido de inmediato y sólo pudo ver la parte trasera del vehículo desaparecer en la curva del camino.

Agotada, tomó su maleta y caminó de regreso a la casa. Insertó la llave en la puerta del frente.

Alertados al ver el taxi, sus padres se presentaron al punto

en el vestíbulo del frente. Judi se aprestó a capear la tormenta.

—¿Dónde diantres has estado? —gritó su madre sin mayor preámbulo.

—Mejor dicho, ¿con quién has estado? —tronó su padre. Judi esperaba una disputa, mas esto auguraba una guerra en gran escala. Intentó aplacarlos diciendo:

—Llevé a los niños a su hogar. Lo expliqué en la nota que les dejé.

—No tarda uno semanas en llevar a niños con sus padres.

—Lo sé. Expliqué en la nota que estaría ausente un tiempo, después, y que me tomaría unas vacaciones. Ya lo he hecho antes, y nunca les ha molestado.

—Antes no estabas comprometida con Robert. Te buscamos por todas partes. La escuela de lenguas estaba cerrada por las vacaciones y Louise se había marchado Dios sabe a dónde con su esposo; y el portero no sabía dónde localizarlos a ellos, mucho menos a ti.

—¿Qué urgencia había de establecer contacto conmigo? ¿Acaso está enfermo alguien aquí? —Judi tuvo un remordimiento de conciencia. No había considerado la posibilidad de que alguien enfermara, cuando decidió escapar.

—¿Enfermos? Claro que nadie. ¿Por qué había que estar alguien enfermo?

—Entonces, ¿por qué tanta urgencia de localizarme? Nunca antes, cuando extendí mis vacaciones, tuvieron ustedes esa necesidad.

La voz de Judi reflejaba amargura, aunque ella hubiera deseado que no fuera así; pero el reproche no hizo mella en sus padres. Su madre apresuró a decir, acusadoramente:

—¿No se te ocurrió pensar en Robert, cuando te marchaste sin más ni más, sola? ¿Qué pudo pensar él, en vista de que se acababan de comprometer en matrimonio? Tu desaparición, sin él, ha suscitado una gran cantidad de rumores. La prensa se ha mostrado inquisitiva.

En ese caso, uno de los miembros de ella había logrado

hoy una buena información, pero Judi tuvo cuidado de no mencionarlo. El escándalo que ocasionaría su foto en el periódico a la mañana siguiente sería bastante lamentable.

—El que esté comprometida con Robert, no significa que sea dueño de mí —replicó Judi airada.

—Trata de darle una explicación —terció su padre, y tomó el teléfono con la evidente intención de darle a Judi esa oportunidad.

Robert llegó poco después, junto con sus padres. Ahora eran cinco contra una. Judi se arrepintió entonces de haber ahuyentado a Nick. Él solo, habría igualado las fuerzas.

Su padre espetó:

—Las acciones han bajado un penique.

—¿Qué tienen que ver las acciones con Robert y conmigo?

—Sabes que los precios subieron ante la perspectiva de la fusión de las compañías, cuando tú y Robert se casen.

Siempre fue lo mismo. La empresa estaba antes que su propia hija. El flaqueante control de Judi cedió finalmente, y lanzó, amargamente, la bomba.

—Robert y yo no nos casaremos.

El impresionante silencio que siguió fue abrumador, pero no duró mucho. La tormenta estalló sobre su cabeza con renovado ímpetu.

—Lo sabía. Sabía que acompañar a los niños era sólo una excusa. Admítelo. Has estado con un hombre —gritó Robert.

Hostigada de esa forma, Judi replicó a gritos:

—No, no estuve con uno. Estuve con dos.

Y arrancándose del dedo el odiado anillo, hizo lo que debía haber hecho hacía muchos meses, y se lo lanzó a él. En seguida se retiró a su alcoba, donde se encerró, y desoyó las peticiones para que bajara y "procediera con cordura".

Acababa de actuar con cordura. Debió haber sido fuerte y haber roto su compromiso con Robert cuando regresaron de la India. Pero entonces estaba insegura. Entonces no había sabido lo que era realmente el amor, y ahora lo sabía; y

aunque era demasiado tarde, todavía era lo bastante fuerte para negarse a aceptar un sustituto.

Tenía que ser Nick o nada, para ella. Y sombríamente contempló un futuro lleno de nada, y la perspectiva triunfó cuando todas las recientes recriminaciones fallaron en hacerla mojar de lágrimas su almohada.

La llegada del periódico la mañana siguiente, con una excelente foto de ella y Nick juntos en el asiento trasero del taxi, reavivó la tormenta. Lily, el ama de llaves, leía de costumbre el pasquín, y Judi sospechaba que su madre lo tomaba prestado ocasionalmente para leerlo, aunque preferiría morir a admitir que le interesaba esa publicación tan vulgar.

Sin percatarse de la consternación que causaba, Lily trajo la noticia con la tostada del desayuno.

—¡Cáspita! ¡Qué bonita foto de usted, señorita Judi! —anunció triunfante.

El pie de la foto decía: "La prometida extraviada regresó acompañada de otro hombre. ¿Empieza a desmoronarse el edificio de los dos gigantes de High Street?"

Para su crédito, sus padres esperaron hasta que la puerta quedó cerrada detrás del ama de llaves, antes de prorrumpir.

—¡Conque éste es el hombre! —gritó su padre.

Poco después llegó Robert, quien balbuceó:

—Espera a que le ponga las manos encima.

—Tendrás la oportunidad de hacerlo exactamente a las dos de la tarde —repuso Judi—. Vendrá por mí a esa hora, a llevarme a Shropshire.

Antes de poder empezar a explicar el propósito de su visita a ese lugar, su madre tuvo un calculado ataque de histeria, Robert salió de la casa dando un portazo y gritando "de la que me salvé", y, típicamente, su padre descubrió una reunión urgente de negocios que reclamaba su presencia.

Judi exhaló un suspiro. Mas a esas alturas casi no le importaba lo que cualquiera de ellos pensara de ella. Era irónico que Nick compartiera su punto de vista. Sólo Lily

parecía entender la actitud de ella. La maternal mujer, que fue nana de Judi, y de quien recibió un conjunto de valores muy diferente a los de sus padres, le puso el periódico en la mano cuando nadie la veía, y le susurró para reanimarla.

—Haga lo que usted quiera, señorita Judi. No se preocupe. Se conformarán cuando se percaten de que no la pueden usar para sus propósitos. Este señor parece bueno.

La forma en que miraba con aprobación la cara de Nick en el periódico, no dejaba duda de parte de quién estaba. Judi subió a su alcoba y recortó con cuidado la foto, que guardó en su bolso de mano.

Sería la única foto que tendría de ellos juntos. Siempre salía sola en las fotos que Nick le había tomado para el folleto. Así era como estaría durante el resto de su vida, se lamentó.

En punto de las dos de la tarde, Nick llamó a la puerta de la casa.

Judi acudió en persona. Su maleta estaba recién hecha y lista, junto a la puerta del vestíbulo. Mientras se dirigía a la entrada, se prometió que si también Nick le hablaba fuerte, ella gritaría.

Nick no le gritó. Miró las mejillas pálidas, irritadas por las lágrimas de ella, y su mano izquierda sin anillo. Judi se tensó ante la pregunta implícita en su mirada.

Sus labios apretados rehusaron explicarle algo que no tenía nada que ver con él, y el rostro de él se endureció en respuesta a su resistencia silenciosa.

—¿Estás lista? —le preguntó él con brusquedad.

Judi asintió con la cabeza, demasiado emocionada para contestarle; él se inclinó para tomar la maleta de ella. Judi lo siguió hasta su llamativo Jaguar descapotable, reconociéndolo como el vehículo contra el que había chocado apenas unos pocos meses antes.

—Entra —ordenó lacónicamente Nick. Esta vez Judi lo obedeció de buena gana, acomodándose en el asiento del pasajero, mientras el espacioso portaequipajes se tragaba su maleta.

Luego Nick la rodeó con su brazo, para asegurarse de que el cinturón de seguridad estuviera bien colocado; el roce accidental del brazo de él con el de ella trajo recuerdos y dolor, y una sensación de desolación barrió con todos los sentimientos, dejando sólo el dolor.

El sufrimiento no le permitía apreciar la silenciosa potencia del gran automóvil, en el cual hubiera disfrutado mucho en otras circunstancias. La estimación de Nick de su destreza como conductor no había sido jactancia vana. La manera fácil con que controlaba la poderosa máquina, recordaba a Judi el dominio de un caballista hábil sobre su montura. La habilidad con que manejaba el volante los llevó entre el tránsito con suma facilidad, en tanto que la lujosa tapicería brindaba a Judi satisfactoria comodidad.

Nick tocó un botón y música suave se unió al susurro del viento. ¿Tal vez prefería él oír música que hablar con ella? No dudaba que Nick sería más exigente con ella hasta que estuviera terminado el trabajo. Pero no importaba cuan dictatorialmente reclamara él sus servicios, pues de esa manera se distraería mejor de sus pensamientos.

Al mismo tiempo tendría un lugar donde vivir, aunque fuera temporalmente. Después de la disputa con sus padres, Judi no tenía deseos de regresar a su casa, donde seguirían presionándola sin misericordia para que se reconciliara con Robert.

Aun vivir en un hotel sería preferible a eso. Mientras tanto, su estancia en Shropshire le daría un tiempo de respiro para decidir sobre su futuro, tanto acerca de su instalación permanente como de un empleo.

Sería tan inconveniente volver a la escuela de lenguas como regresar al hogar de sus padres. Esto hacía que hallar algo que hacer fuera tan importante como encontrar un sitio donde vivir.

Después de su experiencia en Tailandia, tal vez buscara trabajo en agencias de viaje. Dave podría aconsejarla sobre sus posibilidades en esa dirección. Su orgullo le impedía

preguntárselo a Nick.

Cavilando sobre estas cosas se quedó dormida. Despertó alarmada cuando Nick la sacudió levemente por los hombros para decirle:

—Es hora de comer y estirar las piernas un rato, antes de dejar la carretera.

—¿Adonde?… —Judi se enderezó frotándose los ojos.

—Llegaremos a casa en otro par de horas, pero podrías no querer comer si dejas de probar alimento durante demasiado tiempo.

—Ahora no tengo apetito.

—Sin embargo, comerás algo. No quiero presentar a mi tía y mi tío una invitada que se desmaya de hambre. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Sus escrutadores ojos examinaban el rostro de Judi, obteniendo su propia respuesta mientras Judi mentía:

—Hace un rato. No recuerdo.

La noche anterior no había cenado, y sus intentos de desayunar y almorzar resultaron infructuosos después de que Lily le mostró la fotografía del periódico. Judi se dio cuenta, asombrada, de que su última comida la había hecho en el hotel en Bangkok, hacía dos días.

Restauró su orgullo un poco creer que al hambre podría deberse, por lo menos, parte de la desolación que la agobiaba, en cuyo caso podría remediar algo de sus males si pudiera obligarse a ingerir un poco de alimento.

Inhaló profundamente y salió del automóvil, disfrutando del vasto escenario bucólico que reemplazaba ahora las zonas edificadas en que estaba cuando cerró los ojos. Refrescada tras asearse y cepillarse, se reunió con Nick en el restaurante unos minutos después, para encontrarse con que él ya había ordenado sus alimentos.

—No te preocupes, es comida inglesa, no tailandesa —él cortó así los inicios de una protesta de ella. La camarera a su vez interrumpió la respuesta de Judi al traer a la mesa lo que había pedido Nick. Nada podía ser más inglés que el rosbif y

el budín de Yorkshire, que despertaban en ella un apetito que poco antes no creyó poder tener.

Al observar que Nick comía de buena gana, consideró que a lo mejor había estado muy activo desde que descendieron del avión. Encogiéndose de hombros, Judi olvidó el asunto. Fortalecida por el alimento sintió que recobraba el vigor, y con él su capacidad, para contraatacar cuando Nick observó, mientras tomaba el café:

—Veo que no usas tu anillo de compromiso.

Resentida, Judi se puso tensa. Lo que ella usara no tenía nada que ver con Nick. Replicó cortante:

—No lo uso porque ya no es mío. Se lo devolví a mi prometido. Ex prometido, ahora.

—¿Se lo regresaste por tu propia voluntad o te lo pidió él?

La rápida respuesta de él lastimó a Judi.

—Es una crueldad decir eso.

—Noté que tus padres no salieron a despedirte. ¿Les dijiste que venías conmigo o te has dado otra escapada como lo hiciste antes?

—Empecé a decírselo, pero nada más —replicó airada Judi.

—¿No les explicaste a dónde ibas, y por qué? —inquirió él.

—¿A qué se debe tu repentino interés en mi bienestar? Ellos no mostraron ninguno. Cuando les dije que te iba a acompañar a Shropshire, no me dieron oportunidad de aclararles la situación. Simplemente se negaron a escucharme. Se limitaron a sacar conclusiones equivocadas, y ahora piensan lo peor de mí. Y probablemente tú también piensas así —no pudo resistirse a agregar—. Así que únete a la Campaña de Odio a Judi. Parece estarse extendiendo. Por si te hace sentir mejor, te diré que mis padres están de acuerdo con todas esas cosas que tú piensas de mí, y todos ustedes no pueden estar equivocados, ¿o sí?

Pese al nuevo vigor de Judi, su voz mostró una extraña debilidad, y temerosa de que Nick la notara, decidió impedir

más preguntas añadiendo con patética dignidad:

—Me niego a discutir mis asuntos personales contigo. No son de tu incumbencia.

Nick empezaba a interrogarla, temía perder el control y comportarse tontamente, pero a causa de un asunto personal muy diferente, que no tenía nada que ver con Robert o sus padres, y sí mucho con su presente compañero.

Comer sola con Nick despertaba recuerdos de las otras comidas que habían tenido juntos, cuando su amor había convertido al alimento y el vino en ambrosía y néctar, recuerdos que se mezclaban confusamente con las tensiones y estropeaban dolorosamente la que hacían ahora. Un hecho inevitable salió a la superficie de la pasmosa mezcla de sentimientos que la atormentaban. Odiar a Nick no le impedía amarlo también. Este descubrimiento planteó la amenaza de que volviera a llorar. Para no hacerlo miró a Nick directamente a la cara y le suplicó con titubeante desesperación:

—Hablemos de algo más interesante.

Nick la miró durante un largo minutos silencioso, con una mirada que pareció extenderse hasta la eternidad, antes de encogerse de hombros y replicar:

—Está bien —y aumentó su dolor porque él también estaba dispuesto a condenarla sin escucharla.

Para contrarrestar el sufrimiento, Judi fingió un interés que no sentía en el paisaje por el que pasaban.

Nick señalaba los diversos lugares de interés, mientras los kilómetros quedaban a su zaga. Judi descubrió que él sabía tanto de su terruño como del Lejano Oriente, algo no común entre los afectos a viajar, y atrajo su interés con la misma facilidad que cuando estuvieron en Tailandia.

Shropshire se anunció con un letrero en la carretera. Largas y verdes colinas proporcionaban rica pastura a ovejas que pastaban tranquilamente, y brindaban refugio a valles profundos, donde los tractores ya araban en el rastrojo de la cosecha recién recogida.

Tenues sombras empezaron a suavizar los perfiles de los bosques y los campos, fundiendo unos en los otros al caer la oscuridad. Puntos de luz muy espaciados entre sí aparecieron pronto donde había granjas y casas de campo.

Una luz más grande atrajo la atención de Judi. Iluminaba una casa solariega rodeada de árboles y anidada a un lado de la plateada curva de un río; ella supo, sin que se lo dijeran, que ese era su destino.

No era una granja ni un vicariato, como había imaginado previamente.

Confirmando su corazonada, el automóvil disminuyó la velocidad y pasó entre altos pilares de piedra que sostenían leones heráldicos. El signo del nacimiento de Nick. Judi los miró asombrada. ¿Eran una exhibición de "ego" de parte de él?

—No soy culpable —anunció él con seriedad, adivinando los pensamientos de ella sin dificultad—. Han vigilado la entrada de la Casa Compton durante más tiempo del que yo he vivido. Son parte del timbre de la familia. Los verás cuando entremos. Mi tío no puede resistir el deseo de mostrarlos a todos los visitantes.

—¿Sus visitantes? —repitió Judi. Hasta ahora no había pensando en cuál sería su alojamiento. Había supuesto vagamente que Nick le buscaría dónde quedarse, considerando que la presencia de sus parientes bajo el mismo techo sería adecuada vigilancia. ¿Quizá la mala opinión que tenía de ella hacía que no considerara necesaria la vigilancia de personas mayores para su buen nombre?

—Sí, mi tía y mi tío esperan recibirte.

Sin poderse contener, Judi comentó sarcásticamente:

—Es difícil de creer, en vista de mi dudosa reputación.

—Ellos sólo saben que eres un miembro del equipo que regresa a ayudarme a terminar el trabajo, a causa de la proximidad de la fecha de entrega.

—Terminaremos a tiempo, no te preocupes —prometió Judi con amargura—. Yo me alegraré tanto como tú de dejar

en el olvido el malhadado episodio, y de continuar con mi propia vida.

Judi no tenía idea de cómo sería esa vida suya, y la angustia de no saberlo la asustó. Lo que empeoraba la situación era que Nick no le dijera "no seas tonta", u otra cosa reanimadora que otra persona podría haber dicho. En cambio, él espetó:

—Antes de que eso suceda, tenemos mucho trabajo que hacer. Y sólo tardaremos más si insistes en combatirme, así que envaina tu espada y concentrémonos en cosas importantes.

Esto demostraba claramente dónde se encontraba Judi en el plan de acción de Nick. Lo único que le importaba era el trabajo, pensó furiosa. Era tan malo como los padres de ella, y como Robert. Su trabajo estaba antes que nada o nadie. Era frío, duro y sin sentimientos; lo odiaba, lo que mostró al replicar:

—Está bien —devolviéndole sus palabras.

Su fría mirada le hizo ver a Judi que él se había percatado de su intención, pero no tuvo tiempo de contraatacar porque el vehículo se detuvo en la amplia explanada de grava frente a la casa. Una pareja de personas de edad salió a la luz de la lámpara para recibirlos.

En contraste, su acogida fue cordial y amistosa. Hugh Compton tomó de la mano a Judi diciéndole:

—Bienvenida, estimada señorita —como si en verdad lo sintiera.

Judi experimentó al instante simpatía por esta versión mayor de Nick, y por su amable esposa, de hablar suave.

Lamentó que después de terminar aquí su trabajo probablemente no volvería a ver a estas personas. Unos minutos después Mary Compton la condujo a su cuarto, donde Nick puso su maleta sobre un viejo cofre de marinero al pie de la cama, desapareciendo de inmediato.

Mary le explicó por qué se había marchado Nick, diciéndole:

—Mi esposo quiere que Nick revise algunas obras de renovación en los establos. Regresarán más tarde, para cenar. Esto nos dará tiempo para conocernos, y para que te instales.

La cálida sonrisa de la señora Compton había hecho ya que Judi se sintiera como en su casa. Contemplaba con genuino placer el techo con vigas y las paredes cubiertas de paneles del cuarto donde viviría en las próximas semanas, y la larga ventana con su cómodo asiento que dominaba pacífica tierra arbolada.

Sin poder resistir el impulso, Judi cruzó el cuarto para mirar al exterior, disculpando su proceder con el alegato de querer ver el paisaje. Le remordió la conciencia que la verdadera razón de asomarse a la ventana, era la de echar un vistazo a Nick cuando pasara hacia los establos.

Deliberadamente, le dio la espalda cuando vio la leonada cabeza de él dar vuelta a una esquina de un edificio, y dijo cortésmente a su anfitriona:

—Espero no causarle mucha molestia al ser traída aquí.

—Ninguna en absoluto —replicó de inmediato Mary—. Nos encanta tener visitantes. Extrañamos a Nick cuando se marcha el extranjero, aunque esta vez tuvimos un par de huéspedes durante uno o dos días, lo cual fue muy placentero. Pero nos alegra que Nick haya regresado. A Hugh le gusta que él tome las decisiones estos días, ya que, eventualmente, él se quedará con la casa.

—¿Pasa Nick mucho tiempo fuera?

—Últimamente sale menos que antes. Cada vez se encarga más del manejo de la finca, porque a mi esposo le es difícil moverse por aquí a causa de la artritis en una vieja herida de guerra.

Esto explicaba que Hugh Compton cojeara y necesitara auxiliarse con una muleta.

—A Nick le gusta la casa familiar tanto como a nosotros —continuó Mary pausadamente—, de modo que sabemos que está en manos seguras para el futuro. La finca es demasiado grande para Hugh y yo, y no sentiremos mudarnos a la casa

chica cuando llegue el momento.

—¿No echará de menos su esposo su interés en la finca?

—Lo retendrá en cierto grado. Su afición es regenerar razas raras de ovejas y caballos, que van desapareciendo a medida que surgen razas más adecuadas a las necesidades modernas. Quiere que Nick se interese también en esta afición.

—Un deseo muy loable —asintió Judi, sonriente.

—No tardará mucho en realizarlo. Planeamos mudarnos tan pronto como se case Nick.

Capítulo 8

Tan pronto como se case Nick… ¿Qué tan pronto era pronto? ¿Y quién era la muchacha con quien se iba a casar? Estas preguntas la hicieron levantarse de la cama y pasear de un lado a otro del cuarto incansablemente, hasta que finalmente, agotada, se dejó caer en el asiento de la ventana, donde miró las hectáreas de tierra arbolada que se extendían en la distancia.

A través de un hueco en los árboles distinguió el perfil de una torre cuadrada, que debía ser la iglesia de la aldea, donde Nick se casaría.

¿Cuan pronto? ¿Y con quién?

La ira hizo presa de Judi. Nick la había acusado de ser una mariposa que volaba de un hombre a otro, mientras que todo el tiempo hacía él exactamente lo mismo.

Él era la mariposa que iba de una chica a otra, jurándole amor a ella mientras que, al mismo tiempo, planeaba secretamente casarse con otra chica cuando regresara a casa.

Para él fue una excusa perfecta usar su anillo de compromiso para reñir con ella y hacerla a un lado, echándole a ella toda la culpa. Como siempre, había aprovechado la situación para sus propios fines.

Así transcurrieron largas horas hasta que, al clarear el alba, se pudieron ver algunas masas de niebla en el río y los troncos de los árboles se envolvieron con fantasmales rebozos.

Un golpe en la puerta la puso alerta. Al enderezarse notó que la luz del día penetraba por la ventana. Levantó una mano cansada para atenuar el brillo, agradecida de que por lo menos hoy, sus ojos no revelarían indicios de su pena. Se repitió la llamada y una voz dijo:

—Soy Violet, señorita; le traigo su té.

Judi se puso en pie con esfuerzo y abrió la puerta. Una chica de fresco semblante puso la bandeja con el té en su

mesita diciéndole:

—El señor y la señora Compton se levantan a las ocho, pero el señor Nick dijo que usted querría presentarse temprano a trabajar. El desayuno estará en el aparador cuando baje usted, señorita.

Nick no cedía un centímetro. Eso ya lo había pensado antes Judi, tomando la tetera tan pronto como volvió a estar sola.

Su reloj le hizo ver que apenas eran las siete y cinco. ¿A qué hora esperaba él que ella comenzara a trabajar? ¿A las ocho? Generalmente las horas de oficina empezaban a las nueve.

A esa hora iniciaría sus labores y no un segundo antes, decidió Judi con espíritu rebelde. Nick la había obligado a ir con él a Shropshire, a terminar el trabajo sobre el folleto, pero estaba determinada a no dejar que se saliera con la suya en todo.

Se sintió lista para batallar otra vez, luego de tomar su vivificante taza de té, y enderezó sus esbeltos hombros mientras bajaba por la escalera media hora más tarde, lista para el enfrentamiento.

Un tentador conjunto de bandejas yacía en el aparador para que se sirviera, pero, por otra parte, el comedor estaba vacío. Tras prepararse para discutir con Nick, no estaba allí para hacerle frente. Permaneció insegura en medio del comedor, sintiéndose extrañamente abandonada.

Nick le dijo en el oído:

—Buenos días.

Judi exhaló un leve grito y giró sobre sus talones.

—No te me acerques de esa manera —gritó con voz aguda, y vio con disgusto cómo el semblante de él se veía divertido por el susto que le había dado.

—¿Qué pasa? —inquirió él con tono de burla—. ¿Tu conciencia te molesta?

—Tú… —le dieron ganas de pegarle, pero ya estaba fuera de su alcance, sirviéndose calmadamente sus alimentos en el

aparador. Al llevar su modesto desayuno a la mesa, preguntó sobre su hombro:

—¿Tú no vas a comer nada?

Con un esfuerzo, Judi recobró su control y recordó la misión que había emprendido al bajar de su habitación. Con calculada calma llenó una taza del aromático líquido que estaba en la cafetera, así que cuando se dio media vuelta estaba ya razonablemente tranquila.

—Hay mucho tiempo para comer entre ahora y las nueve de la mañana —contestó fríamente.

Esperó tensa su reacción, que llegó con la velocidad de un latigazo:

—Para las nueve estarás demasiado ocupada para tener tiempo de comer.

—Las horas de oficina comienzan a… —insistió Judi.

—Las horas de oficina comienzan cuando yo comienzo, y acaban cuando yo tengo ganas de dejar de trabajar. Tenemos una fecha límite que cumplir, recuerdas. Cuando hayamos terminado el trabajo, puedes continuar con tu propia vida, y trabajar a las horas que te plazca.

No tuvo que agregar: "mientras tanto, trabajarás a las horas que yo quiera, te guste o no".

Su dura mirada fue la que expresó esa idea. Arrinconada, Judi se mordió un labio.

Ceder a su declarada intención de dejar a Nick y su trabajo tan pronto como fuera humanamente posible, era intolerable para su orgullo, y ceder a tus demandas, también lo era.

Sus miradas se encontraron por encima de la mesa, como espadas que se cruzaran desafiantes. Judi replicó con los dientes apretados:

—No me puedes obligar a trabajar. Me declararé en huelga.

—A los reporteros de periódicos les encantan las huelgas. Igual que al reportero que encontraron en el aeropuerto le gustaban los chismes lascivos para publicarlos en su pasquín.

No era otra cosa que chantaje.

—Eres un monstruo —mascullό ella impotente.

—Tengo mucha prisa. Hoy tenemos mucho que hacer. Así que empecemos, ¿no? Cuanto antes comencemos, más pronto terminaremos.

Nick la hizo trabajar incansablemente toda la mañana. Todas las leyendas que había mecanografiado Judi tan laboriosamente en Tailandia habían sido editadas, y tenían que ser escritas de nuevo para acomodarse en un espacio determinado, reduciendo el texto donde era necesario.

Cada alteración debía contar con la aprobación previa de Nick antes de ser mecanografiada, y a fin de acelerar el trabajo él fue a trabajar a la mesa junto a Judi. El corazón se contraía cuando él se inclinaba junto a ella para ver bien una página, y sus manos se tocaban cuando buscaban las palabras correctas con el apropiado número de letras.

No hay palabras adecuadas para describir los sentimientos de Judi cuando el eléctrico contacto la hacía soltar la pluma, dejando en blanco su mente, lo que la hacía pisar mal las teclas de la máquina, y tenía que borrar y volver a escribir hasta que Nick le dijo, impaciente:

—De este modo no avanzaremos nada. Ve a tomarte un café mientras selecciono el texto de esta leyenda; después tal vez puedas escribir una frase sin hacerte un embrollo, cuando regreses.

La tarde estuvo peor todavía. Terminaron el primer lote de pies de foto y luego tuvieron que juntarlos con las fotografías apropiadas. Nick había impreso ampliaciones de cada foto. Los detalles de las magníficas instantáneas hacían que el recuerdo de esas escenas fuera más vivido. El corazón de Judi se acongojaba cuando él pasaba, una tras otra, las fotos, describiéndolas lacónicamente como: "Foto número uno… foto número dos…" ¿Acaso era él insensible del todo?, se preguntó desesperada, ¿Cómo podía ver él las fotos con indiferencia tan absoluta? Al mirarlas, ella olía los olores, sentía otra vez el enervante calor y escuchaba las felices palabras de amor

susurradas entre ellos, cuando caminaban juntos por las calles iluminadas por el sol.

A duras penas lograba ella mirarlas, recordando el éxtasis y sintiendo la agonía. Las yemas de sus dedos se pusieron húmedas por el esfuerzo y dejaban huellas en las esquinas de las fotos… Al verlas, Nick la criticó con aspereza:

—Ten cuidado o las echarás a perder. Sostenlas por los bordes, así. No quiero tener que hacer un segundo lote de impresiones.

—Ya hay dos lotes de ellas.

—El más chico es para el folleto de viaje. Primero trabajaremos con él, para cumplir con la fecha. El otro es para mi libro. Luego nos ocuparemos de esas.

—¿Tu libro? —repitió Judi—. No vine aquí a ayudarte con tu libro.

Podría tomarle a Nick todo el invierno terminar su libro, y ella no podría sobrevivir viéndolo todos los días tanto tiempo, amándolo y odiándolo y sabiendo que pronto se casaría. Si tenía que presenciar ese evento, pensó Judi sombríamente, podría desear no querer seguir viviendo.

—Mi contrato con la empresa de viajes era para ayudar a producir su folleto, y nada más —objetó desesperadamente.

Sólo haría eso y nada más que eso, se prometió con rebeldía. Nick no podía mantenerla prisionera para siempre, usándola como mano de obra barata. Esperaría una oportunidad en que no estuviera él por ahí y llamaría a Dave, para decidir su futuro.

Su mirada adivinaba los pensamientos de ella, así que Judi puso su mente en blanco para que no dedujera demasiado de su expresión, mientras él replicaba:

—No es así. Yo te pago tu salario, por lo que tu contrato es conmigo.

Así era como ella deseaba que fuera. Pero Nick hablaba de una clase de contrato mientras que ella pensaba en otro, y la diferencia entre ambos de pronto hizo borrosas las fotos para Judi, de modo que no pudo ver claramente cuál correspondía

a cierta leyenda, y al adivinar al azar, las cambió, lo que le mereció otro reproche de Nick.

—Es tu culpa —replicó ella, airada—, por hostilizarme. No puedo hacer nada. Si te fueras y dejaras que hiciera yo el trabajo en paz, lo haría mucho mejor sin ti.

Ella jamás podría arreglárselas sin él, pero de alguna forma tendría que hacerlo, perspectiva que la hizo sentirse nuevamente desolada, sensación que se agravó cuando él refunfuñó:

—Se cumplirá tu deseo mañana temprano. Partiré antes del amanecer, y no regresaré sino hasta después del almuerzo. Así que puedes dejar el trabajo por hoy, si crees que puedes hacerlo mejor sin que esté yo aquí.

El tono de su voz la lastimaba, y Judi se preguntó qué era tan importante que hacía que Nick dejara su trabajo, con riesgo de no hacer la entrega en la fecha fijada.

¿Debería ser su pregunta "quién" y no “qué”?

¿Iba a pasar la mañana con su futura esposa? ¿Qué era lo que consideraba él tan importante para apartarlo de su trabajo?

Aquella tarde Hugh y Mary la llevaron a ver los corrales de las ovejas y los establos. Nick caminaba al lado de Mary, mientras Hugh se ubicó junto a Judi, encantado de tener una escucha que no había oído nada antes.

Hablaba con entusiasmo de las cosas que le agradaban; pero la distraída Judi sólo captaba la mitad de lo que le decía. Por la mirada sorprendida de Hugh, Judi dedujo que probablemente había dicho sí cuando debió decir no, o viceversa. Hugh declaró:

—Mi sobrino te está haciendo trabajar demasiado. Te ves cansada, ¡pobrecita! Debes aprender a decirle que no cuando estés fatigada, y sostenerte en tu dicho.

¿Qué diría Hugh si supiera lo mucho que ella añoraba decir sí en vez de no, y que toda su vida no sería suficiente para trabajar al lado de Nick? Al notar Hugh el efecto de sus palabras interpretó mal la causa y le ordenó con austeridad:

—Retírate temprano esta noche, querida. Regresemos ahora. Otro día te mostraré lo que falta, cuando estés menos fatigada. Probablemente mañana, después de que regresemos todos de la conferencia de Nick en Shrewsbury por la tarde. Estoy seguro de que eso te agradará.

—Yo no podré ir —objetó Judi—. Tengo que terminar las leyendas para el folleto.

No quería ir. La palabra "todos", dicha por Hugh, sin duda incluía a la futura esposa de Nick, y su corazón se encogía ante la perspectiva de conocer a la otra chica. Ya era suficiente tormento amar a Nick y saber que se iba a casar con otra, para empeorar la situación teniendo que encontrarse cara a cara con su prometida. Eso equivaldría a firmar su propia sentencia de muerte, y el valor de Judi flaqueó ante la perspectiva de ir a su perdición.

—Como avanzarás tanto al no estar yo ahí para distraerte por la mañana, estoy seguro de que podrás disponer de una o dos horas para asistir a la conferencia —la ironía de Nick la hirió. Judi apretó los labios para reprimir la airada respuesta que pugnaba por salir.

Una vez en la casa aprovechó el diagnóstico equivocado de Hugh como excusa para escapar a su dormitorio, sólo para ver su sueño perturbado por pesadillas en las que aparecía un velo nupcial flotante, que ella en vano trataba de levantar para descubrir cómo era la cara que estaba abajo de él. Despertó temprano y sin haber descansado, para iniciar su labor solitaria. Nick ya se había marchado cuando bajó al comedor, y no había nadie que la criticara por el tiempo que se tomaba para comer su tostada; lo que pasaba era que no quería comer, cosa que originó que la robusta Violet la reprendiera de esta guisa:

—Está usted muy delgada, señorita Judi, para privarse de alimento. Media taza de café negro no sirve a nadie como desayuno.

—Haré apetito para el almuerzo —le prometió Judi con más esperanza que convicción, y escapó al cuarto de trabajo,

en el ala de la casa correspondiente a Nick, para dedicarse a la labor inconclusa de ayer.

Cuando, más tarde, Violet se presentó con una bandeja con café y bizcochos, Judi se preguntó dónde estaría desayunando Nick esa mañana. Se lo imaginó reclinado en su silla, relajado y sonriente, charlando con su prometida acerca de sus viajes recientes. Tal vez planeaban ir de luna de miel a los mismos lugares donde él le había declarado recientemente su amor. La visión se metía entre sus ojos y las fotografías, y en un esfuerzo desesperado para ahuyentarla, Judi tomó el teléfono y marcó el número de la empresa de viajes y preguntó por Dave.

No pudo eliminar del todo el dolor de su voz, cuando el tono cordial de la voz de Dave se escuchó en el otro extremo de la línea. En vez del entusiasta saludo que había planeado, Judi se encontró conteniendo las lágrimas y comunicando sin reserva sus problemas a los comprensivos oídos de él.

—No te preocupes, Judi. Sé que pronto habrá un empleo vacante —la consoló Dave—. Con el puesto se proporciona también un departamento. Pero no lo necesitarás durante una o dos semanas todavía. Me pondré en contacto contigo cuando se acerque el momento. Nick está apenas a la mitad del trabajo del folleto.

Sintiéndose reconfortada con sólo volver a oír la voz de Dave, Judi reanudó su trabajo, revisando lo que había hecho para asegurarse de que no había errores que provocaran la ira de Nick cuando regresara.

El resto de la mañana transcurrió lenta, interminablemente. Judi se sentía como si hubiera estado trabajando una semana cuando, finalmente, las campanadas del reloj del vestíbulo le anunciaron la hora de la comida con sus anfitriones.

Nick no había regresado. Probablemente estaba comiendo con su prometida. Los celos le quitaron el hambre, lo que le mereció la desaprobación de Violet otra vez, de modo que Judi se alegró de poder escapar al final de la comida para

prepararse para el viaje a Shrewsbury.

Nick ya estaba en el salón de conferencias cuando llegaron. Conversaba con dos hombres que lo ayudaban a instalar el equipo de cine en un sitio apropiado, apuntando a una gran pantalla sobre un escenario elevado, en un extremo del recinto.

Él levantó la vista al presentarse Judi, con Mary y Hugh. El corazón le dio un vuelco a Judi, pero él no se dirigió a ella especialmente al saludarlos diciendo: "Hola". Uno de los electricistas dejó lo que hacía para acompañarlos a tres asientos en la fila de enfrente.

Judi buscó con los ojos entre la concurrencia a la chica que un día sería la esposa de Nick, pero ninguna de las presentes le pareció una candidata posible. La mayoría eran parejas, así que Judi tomó su asiento junto a Mary y Hugh sin haber satisfecho su curiosidad.

Con temor decidió que pronto lo averiguaría, en tanto que el salón se llenaba a toda su capacidad. Nick fue anunciado al auditorio como el profesor Compton, que amablemente había accedido a dar su conferencia debido a que el profesor Broadbent había quedado imposibilitado de hacerlo por un asunto urgente.

Las luces se apagaron para beneplácito de Judi, ya que la oscuridad le permitía ocultar su expresión. La película cintiló y luego apareció la imagen diáfana y cruel en la pantalla.

Ahora sabía exactamente cómo era la futura esposa de Nick.

La cara de la chica aparecía en casi todas las escenas, así como la de Judi salía en las fotos que Nick había tomado en Tailandia. Era extraordinariamente hermosa. Entonces Judi supo, con firme certeza, que esa era la muchacha con quien Nick se iba a casar.

Se sintió furiosa mirando la pantalla. ¿Cómo era Nick capaz de engañar a una muchacha que se veía tan bien? Sintió compasión por ella al mirar su rostro en cada sucesiva transparencia. ¿Cuánto tiempo conservaría esa dulce

serenidad? ¿Hasta que se enterara de cómo era realmente Nick? Inevitablemente tendría que saberlo un día, cuando se revelara cómo era él realmente.

Judi nunca supo cómo soportó las siguientes dos horas. Apenas escuchó una palabra de la conferencia, oyendo sólo el sonido de la voz grave de Nick.

Una que otra palabra llamó su atención, como, "dinastía Sung, 960 DC a 1279 DC…" y entonces se percató de que él hablaba de China, no de Tailandia. Luego calló él y la agonía de ella terminó cuando el auditorio se puso en pie para aplaudir con mucho entusiasmo.

Aturdida, Judi los imitó, manteniéndose cerca de Mary y Hugh cuando éstos salieron del salón poco después, listos para regresar a la Casa Compton.

El fresco aire de la noche la reanimó un poco mientras caminaban al estacionamiento de vehículos. Accedió de inmediato a la sugerencia de Mary:

—¿Llevamos a Heather y Llew a su casa? No te importará ir un poco apretada en el asiento de atrás, ¿verdad, Judi?

Judi pensó que se habría sentado en el techo del automóvil si hubiera sido necesario. La presencia de otras personas significaba que habría conversación general sobre los eventos de la tarde, y nadie notaría si permanecía inusitadamente callada.

Nick dijo atrás de ella:

—No es necesario que viajen apretados. Judi puede ir conmigo.

Judi giró sobre sus talones, sin poder controlar el desaliento que mostraba su rostro.

—No tendrás espacio. Tu equipo…

—Broadbent recogerá el equipo más tarde. Es suyo, no mío —contestó Nick, y tomándola por el codo, la impulsó hacia el Jaguar.

El centro de un estacionamiento de vehículos muy concurrido no era un lugar apropiado para discutir, lo que hizo ver a Judi que Nick haría su voluntad. Al acercarse al

automóvil, ella lo miró con detenimiento, con la intención de distraerse de las emociones que provocaba en ella el contacto de sus dedos bien afianzados en su brazo.

Al advertir Nick que Judi inspeccionaba, interpretó mal la revisión y comentó con frialdad:

—Tu mini no dejó ninguna huella.

Su automóvil no había sufrido abolladuras, pero el choque subsecuente de ella con el dueño del Jaguar le había dejado cicatrices que durarían toda la vida. Nick arrancó el auto y salió del estacionamiento, para situarse detrás de Hugh.

Él no se mostró comunicativo mientras conducía, contentándose al parecer con mantenerse detrás del sedán de su tío. El viaje, que debió ser tranquilo y pacífico, se convirtió en tortura para Judi.

Judi también permaneció silenciosa, pensando en la chica de cabello negro, la que parecía viajar fantasmalmente en el auto, siendo su presencia invisible una barrera tangible entre ellos.

Finalmente cruzaron las rejas de la Casa Compton, para ser recibidos por Violet con el anuncio de:

—Vinieron el señor Martin y su esposa. Los llevé al estudio.

—¡Qué bien! —exclamó Mary—. Dijeron que vendrían si tenían tiempo. Son las visitas que se alojaron con nosotros mientras Nick estuvo en el extranjero —explicó a Judi y se volvió a hablar al fotógrafo—: Aún no conoces a la esposa de Martin, Nick. Recordarás que él se casó mientras estabas en Ceilán. Ven a saludarla.

Mary se les adelantó, dirigiéndose al estudio. Al abrir la puerta exclamó:

—¡Cuánto me alegro de que hayan venido!

Judi se quedó rezagada, sintiéndose claramente de más. La tensión que le causó el viaje silencioso con Nick empezaba a dejarse sentir en sus agotadas reservas de autocontrol. Si tenía que soportar su compañía más tiempo, su ira se desbordaría y le diría exactamente qué pensaba de él, en bien de la

muchacha que iba a ser su esposa.

Tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer callada, cuando Hugh fue por ella para presentarla a las visitas.

—Ven a conocer a mi sobrino ausente. Martin, te presento a Judi. Y esta es la esposa de Martin…

—¡Louise! —exclamó Judi, tendiéndole ciegamente sus brazos.

La única persona en quien podía descargar sus cuitas había salido de la nada, en el único lugar de la tierra donde menos podía aprovechar la atención de su amiga.

—¿Qué estás haciendo aquí? —balbuceó Judi con voz ahogada. Louise le contestó, extrañada también:

—Yo te puedo preguntar lo mismo —mantuvo a Judi a la distancia del largo de su brazo y observó con mirada escrutadora su rostro, antes de agregar—: Debes hablarme de tus vacaciones en Tailandia.

Qué gran alivio sería para Judi poder desahogarse con alguien que escuchara su punto de vista. La posibilidad de poder hacerlo la hacía sentirse mejor. Mas primero tenía que estar sola con Louise. Esa oportunidad podría llegar después de la comida.

Durante la cena la charla versó inevitablemente sobre los viajes. El esposo de Louise estaba contentísimo de haber conseguido llegar a Escocia a pie durante sus vacaciones.

—¿Tú no te alegras de haber ido a Tailandia? —inquirió Nick a Judi *sotto voce* cuando se dirigían al estudio a tomar el café. Judi levantó los ojos para mirarlo intrigada, y se encontró con un inesperado guiño en el ojo de él.

Él podría recordar el viaje a Tailandia y reírse. Pero ella quería golpearlo, cosa que no pudo hacer por estar en compañía de personas decentes, por lo que tuvo que contentarse con lanzarle una mirada furiosa.

Su insensible diversión a expensas de ella hizo que Judi tomara una decisión. Cuando Louise abandonara la Casa Compton, ella la acompañaría. Los chismes de la prensa no podían lastimarla más que la permanencia con Nick. Ella

podía evitar comprar un periódico, pero no podía evitar a Nick mientras permaneciera bajo el mismo techo con él.

Intentó deliberadamente sentarse en el otro extremo del recinto, cuando Violet trajo el café, pero Nick escogió un asiento directamente frente a ella. Su fría mirada la transfiguró como a una mariposa clavada en un alfiler.

Hugh sugirió a Martin y Louise:

—Vengan a ver mis últimas adquisiciones. Compré un par de sementales de ovejas manchadas. Son unos ejemplares magníficos. Es criminal dejar que la raza se extinga.

Judi quiso aprovechar la oportunidad de ir con ellos. Posiblemente pudiera hablar con Louise mientras Hugh llamaba la atención de los hombres. Se puso en pie ansiosa, pero Mary advirtió a su esposo:

—No hagas caminar mucho a Louise, Hugh. Recuerda que tiene su talón ampollado.

—Ella puede venir conmigo en el carrito de la finca —ofreció Nick de inmediato, destruyendo así las esperanzas de Judi de hablar con su amiga en privado.

Un rato más tarde, el carrito se alejó del grupo que iba a pie. Nick explicó que quería revisar la cerca al final del terreno. Les pidió que regresaran, agregando que él los seguiría.

Cuando finalmente regresaron conversaban como si ya fueran grandes amigos. Nick monopolizó cínicamente a Louise el resto de la velada.

Parecía que él presentía la urgencia de Judi de conversar con su amiga y quisiera frustrar sus deseos. Por fin, Louise se puso de pie bostezando y dijo, disculpándose:

—Tendrán que perdonarme, pero me estoy cayendo de sueño.

¿Era ésta una insinuación para conversar? Judi miró expectante a su amiga, pero sufrió un desengaño al eludir Louise mirarla, para ver en cambio a su esposo y pedirle:

—Vamos, Martin. No tengas a Hugh hablando toda la noche. En el campo las personas se retiran a horas razonables,

no como nosotros, los desvelados londinenses.

Judi se puso de pie cuando Mary y Hugh se aprestaron a seguir el ejemplo de sus invitados, y ya casi había llegado a la puerta cuando Nick estiró una mano y le cerró el paso.

—Tenemos algo que aclarar antes de retirarnos —dijo él. Judi se volvió con disgusto al cerrarse la puerta tras sus anfitriones, dejándola sola en el cuarto con Nick.

—Lo que sea, puede esperar hasta mañana —contestó Judi disgustada. Una vez la había forzado a trabajar hasta medianoche, y ahora estaba determinada a no permitir que lo hiciera de nuevo. Era fácil desafiar a Nick, descubrió, ahora que había decidido irse con Louise sin importar cuáles fueran las consecuencias.

—No me refiero al trabajo. Hay algo que aclarar entre tú y yo.

—Todo está claro como el cristal entre tú y yo. Tú dices que soy mujer de todos.

—Judi, ¿me perdonas haber dicho eso? —tendió los brazos y la tomó por los hombros, atrayéndola hacia él; pero Judi lo rechazó con todas sus fuerzas, que no bastaron para contrarrestar las de Nick y él pudo apretarla contra su cuerpo.

—No me importa lo que pienses de mí —le echó en cara Judi—. Cuando Louise regrese a casa, me iré con ella, y puedes decirle a ese miserable reportero lo que quieras. Me importa un bledo. Inventa las historias que quieras. Sobreviviré.

—Lo siento. No quise hacerlo.

—Yo sí quiero hacerlo. Y tú serás el que lo lamente a la larga. No seré yo quien tenga que perdonarte. Será la muchacha de pelo negro que apareció en las transparencias que exhibiste esta tarde. La chica con quien te vas a casar. Es de suponer que ella también lee los periódicos. Cualquier historia que le cuentes de mí te incluirá a ti también. Me pregunto qué dirá ella de eso.

—¿La joven de cabello negro de las transparencias? ¿Qué tiene ella que ver con esto? No me voy a casar con ella.

—¿Por qué no? ¿La hiciste a un lado también, por alguna otra mujer?

—No he hecho a un lado a nadie. Caroline es la esposa de Broadbent. Tuvo que ir al hospital de pronto porque su hijo se propuso nacer antes de lo esperado. Por eso me pidió Broadbent que diera la conferencia en su lugar. No salgo con mujeres casadas, lo mismo que no lo hago con las comprometidas.

—Yo había decidido terminar con mi compromiso antes de ir a Tailandia. Por esa razón Louise me envió allá, para reflexionar sobre el asunto… ¿Dijiste la esposa del profesor Brodbent?

Al tomar conciencia de las palabras de él, Judi se sintió aturdida.

—¿Su esposa? —repitió, débilmente—. No lo entiendo.

—Tampoco yo —contestó él austeramente—. Hay muchas cosas que no entiendo. O por lo menos, no las entendía, hasta que llamaste a Dave por teléfono esta mañana.

—¿Cómo sabes que llamé a Dave?

—Yo estaba en ese momento en su oficina. Me contó por qué te había besado en el pórtico de Chiang Mai.

—Me prometió no decir nada a nadie.

—Hay momentos de guardar silencio, y momentos en que se debe hablar —parafraseó Nick—. Dave me contó muchas cosas, que aclararon la situación.

—¿Qué otras cosas? —Judi palideció.

—Suficientes para hacerme comprender que había sido yo muy tonto. Aunque yo ya había llegado a esa conclusión antes de que Dave me lo hiciera ver. Oh, Judi, amor mío —dijo con voz ronca y, con una fuerza desesperada que suprimió la resistencia de ella, la oprimió contra él y cubrió su rostro y cabello de besos—. Perdóname —suplicó—. Te amo.

—¿Cómo puedes decir que me amas si piensas tan mal de mí?

—No pienso nada de eso de ti. Nunca lo hice. Sólo lo dije porque estaba despechado y quería lastimarte. Dime que me

perdonas. Y cuando Dave me explicó, y luego Louise…

—Diste oídos a Dave y Louise, pero no a mí. Tampoco mis padres quisieron escucharme.

—Fui a ver a tus padres antes que Dave.

—¿Tú qué? —Judi lo miró incrédula—. ¿Cómo te recibieron? —ella quería saberlo. Nick la miró apesadumbrado, de soslayo.

—Al principio, agresivamente. Luego les expliqué quién era yo y por qué estabas conmigo. Después de hablar con ellos, se sintieron avergonzados de haberte tratado mal. Entonces estuvieron más dispuestos a escuchar cuando les dije que me quería casar contigo, si tú me aceptabas.

Nick le había hecho una pregunta. Sus ojos denotaban la incertidumbre que lo atormentaba mientras esperaba la respuesta de Judi.

—Les dijiste eso antes de ver a Dave. Antes de saber…

Una sensación de alivio empezó a invadir a Judi, y deshizo su frenética resistencia a su abrazo.

—Siempre quise casarme contigo, desde el primer momento en que te vi. Anduve por el estacionamiento de automóviles durante semanas, después de que chocaste contra mi automóvil, con la esperanza de volverte a ver, pero no te presentaste. Me entristeció tanto no poderte encontrar que acepté ir a Tailandia para tratar de olvidarte. Pero no resultó. Cuando te vi entrar en el hotel ese día, pensé que estaba sufriendo alucinaciones.

Tras explicarse, Nick agregó:

—Te tengo noticias. Dave y Pet se van a casar y van a establecer su propia agencia de viajes. Me pidieron que te lo dijera. Estamos invitados a su boda.

—Ese debe ser el empleo del que me habló, y el departamento.

—No aceptes ninguno de ambos, Judi, por favor —le suplicó Nick—. Cásate conmigo y permanece en la Casa Compton, a donde perteneces.

La Casa Compton… Mary recordó las palabras de Mary y

sintió como un baño helado. El cariño se desvaneció y un glacial aturdimiento lo reemplazó. Judi balbuceó entre dientes.

—Tú no sales con mujeres comprometidas, y yo tampoco salgo con hombres comprometidos.

—Yo no estoy comprometido con nadie. Ya te lo dije, la chica de las transparencias es la esposa de Broadbent. Pregúntaselo a Mary, si no me crees.

—Mary me dijo que ella y Hugh intentan mudarse de la casa e instalarse en la casa chica cuando ustedes se casen. ¿Por qué habría de decirme eso, si no tienes un compromiso con alguien más?

—Oh, Judi, en qué enredo nos hemos metido —Nick la estrechó en sus brazos, y por increíble que parezca, había risa en sus labios—. Cuando te dejé en tu casa el día que llegamos, vine directamente aquí, a decir a Mary y a Hugh que te iba a traer aquí y por qué.

—Para terminar el trabajo del folleto.

—El trabajo no me importaba nada. Les dije que te había traído presionada, porque te amaba tanto que no podía soportar volver a dejar de verte. Estaba loco de miedo de que salieras de mi vida una segunda vez, como lo hiciste antes, y no podía permitirlo. Después de que Mary te conoció y habló contigo, me dijo que estaba convencida de que también me amabas, aunque no lo admitieras. Eso era todo lo que tenía para mantener mi esperanza viva. Eso, y la foto que te tomé soltando al pájaro en la tienda de Bangkok.

Su voz estaba ronca al agregar:

—¿Qué deseaste ese día, Judi, cuando pusiste en libertad a la pequeña ave? ¡Dímelo!

Estuvo él pendiente del tembloroso perfil de la boca de ella, demandando una respuesta. Pero Judi guardó silencio, temerosa aún de revelar los secretos más preciosos de su corazón.

—No recuerdo haber deseado algo —mintió ella, pero Nick movió la cabeza negativamente, sin creerlo.

—La foto que te tomé indica que sí lo hiciste. Las fotografías no pueden mentir. ¿Deseaste lo mismo que yo, me pregunto? Tengo razón, Judi. Mi deseo fue que fueras mía —agregó él simplemente—. Ya te amaba entonces y quería que fueras mi esposa. Te amo ahora y siempre te amaré, hasta el fin de mis días. Nunca habrá otra mujer para mí, Judi. ¿Te quieres casar conmigo? —le suplicó humildemente.

Sus brazos la estrecharon más apretadamente. Sus ojos leonados la auscultaban, encendiéndose al percibir la respuesta que deseaba en el feliz fulgor que ella irradiaba.

—Dime lo que deseaste —la exhortó él, necesitando aún escuchar la respuesta de labios de ella.

—Deseé lo mismo que tú. Te amo, Nick. No creí que se fuera a cumplir el deseo, pero ha sido así.

Con un feliz suspiro él puso sus labios en los de ella, y sólo el suave ruido de los leños al desmoronarse en las cenizas de la chimenea rompió el largo silencio, mientras se fundían sus labios al contestar Judi beso con beso.

—¿Te casarás conmigo pronto?

—Tan pronto como tú quieras.

—¿Mañana?

—¡Caramba! —rió Judi. Ahora le era increíblemente fácil reír—. No puede ser tan pronto.

—Te dije que yo era un nombre con una urgencia. La urgencia de casarme contigo.

—Las novias tiene que hacer algunos arreglos —Judi suspiró otra vez al recordar el reciente escándalo en su casa. Nick observó pasar la nube por el rostro de ella, y adivinó su causa.

—Louise me contó lo mucho que te disgustaba el escándalo en tu casa antes de que partieras a Tailandia.

Judi dijo con sobriedad:

—Una boda, para mí, significa los votos. La parte que dice "hasta que la muerte nos separe". No la exhibición exterior, como los vestidos, las doncellas de honor y una iglesia elegante.

—También para mí significa eso. De modo que si no quieres damas de honor, una gran recepción y todo ese teatro, fuguémonos.

—Quiero una boda blanca. Todas las novias la quieren. Y quiero que Louise sea mi dama de honor.

—¿Y la iglesia elegante? —al ver que Judi fruncía el ceño, Nick se apresuró a agregar—: Casémonos aquí, en la iglesia de la aldea. La que puedes ver entre los árboles desde tu dormitorio. De esa forma, cada vez que vayamos a misa allí, o miremos a través del parque a la torre, equivaldrá a renovar nuestros votos matrimoniales. Mary hará todos los arreglos por ti. De hecho, ya se ha ofrecido a hacerlos.

—¿Ya lo hizo? Pero todavía no sabe…

—Mary es lista, pese a su aspecto apacible. Estaba convencida de que todo saldría bien al final.

—Mis padres también querrán participar —al decir esto la expresión de Judi reflejó ansiedad—. No quisiera lastimarlos.

—¡Qué tierna eres! —dijo Nick dándole a Judi un beso ardiente—. No te preocupes por eso. Mary hallará la manera de que nadie quede resentido. Es genial para hacer feliz a la gente.

—En tal caso, la iglesia de la aldea será estupenda.

—Igual que tú —repuso Nick sonriente, con la feliz sonrisa de un hombre que ha visto realizarse su deseo más anhelado —. Ya tengo la seda para tu traje de novia.

Ante la mirada de asombro de Judi, explicó:

—Compré metros de seda blanca a Jim Thompson, en Bangkok, el día en que compraste la tuya, con la esperanza de que algún día sirviera para nacerte tu traje de novia cuando te casaras conmigo.

—Ahora lo haré —murmuró Judi feliz en los brazos de él, sabiendo que pronto repetiría esas palabras parada al lado de Nick en la iglesia de la aldea.

Fin